

Capítulo XXV

Otras aplicaciones psicosociales

Introducción

Existen aún múltiples campos de aplicación de la psicología social aquí no vistos como la psicología social de los procesos migratorios, de tanto interés actual (Bergere, 1996), donde temas como el racismo, la xenofobia o la tolerancia hacia las personas de culturas diferentes ocupan un lugar realmente central; muy relacionado con el anterior, la psicología social de los prejuicios (véase Rodríguez González, 1996); la aportación de la psicología social a la hora de decidir las políticas públicas a llevar a cabo (véase Rodríguez Fernández, 1995; Rodríguez González y Ardid, 1996); la intervención social y comunitaria (Levine y cols., 1993; Martínez, 1993; Sánchez, 1993; Sánchez y Musitu, 1995; León, 1995; Musitu y Arango, 1995; San Juan, 1996a; etc.); la psicología de algo hoy día tan interesante y útil como la negociación y la mediación (Carnevale y Pruitt, 1992; Serrano, 1996; Serrano y Rodríguez, 1993) así como la formación de coaliciones (Komorita y Parks, 1995), o el ámbito del *marketing* donde tampoco escasean los aspectos psicosociales de interés. Son tantos los ámbitos de aplicación de la psicología social que se hace absolutamente imposible dedicarles un capítulo a cada uno de ellos.

Psicología social del ocio y del turismo

Por una serie de razones (disminución de la jornada laboral, aumento de los días de vacaciones, prejubilaciones, incremento de la esperanza de vida, etc.), el *tiempo libre* y el *tiempo de ocio* de las personas es cada vez mayor. Y una de las formas actuales de emplear el tiempo libre consiste

justamente en *hacer turismo*. Más en concreto, el concepto opuesto al de trabajo no es el de ocio, sino el de tiempo libre. Y dentro del tiempo libre está el tiempo de ocio, junto al tiempo dedicado a las necesidades básicas, a los desplazamientos o el dedicado a ciertas obligaciones. Y entre las actividades que dedicamos al ocio, el turismo destaca últimamente tanto por su importancia psicológica como cultural y económica. Así, por no mencionar sino esta última, el turismo constituye actualmente una de las actividades económicas más importantes, por encima incluso del petróleo, de tal forma que constituye más del 8 por 100 de la economía mundial, pasando ya de 600 millones las visitas turísticas anuales, lo que genera, a nivel mundial, más de 3,5 billones de dólares, dan empleo a más de 250 millones de personas. Tal estado de cosas por fuerza tenía que llevar a los psicólogos sociales a estudiar este tema y sus repercusiones psicosociales, sobre todo en aquellos países que, como España, son eminentemente turísticos. Como dice Gómez Jacinto (1995, pág. 247), «como psicólogos sociales es difícil escapar a la sugerente idea de analizar un fenómeno que mueve a millones de personas, que les pone en contacto durante cortos períodos de tiempo, que tiene tantos efectos sobre su calidad de vida, sobre su cultura y entorno». En todo caso, estamos ante un fenómeno, el del turismo, enormemente complejo, que consta de múltiples dimensiones: económica, psicológica, social, cultural, etc. (Przeclawski, 1993), por lo que es objeto de diferentes disciplinas. «El turismo es un fenómeno multidimensional que puede ser observado desde numerosos puntos de vista» (Dann, Nash y Pearce, 1988, pág. 3), entre los que destaca el psicosocial. Sin embargo, hasta los años 80 no se hizo el primer intento de sistematizar el estudio del turismo dentro de la psicología social, intento que fue realizado por Pearce (1982) en un libro titulado justamente *The social psychology of tourist behavior*. Dos años después apareció el segundo texto de la disciplina: la compilación realizada por Peter Stringer en 1984, *The Social Psychology of Tourism*. Después ya no volvieron a publicarse más textos hasta hace poco.

En síntesis, a medida que la progresiva tecnologización del trabajo así como otras variables como las anteriormente apuntadas (prejubilaciones, etcétera), van dejando más tiempo libre a las personas, la «industria» del ocio y del turismo va ganando terreno a las actividades tradicionales en los sectores agrícolas o industrial, hasta el punto de que si hace un siglo la sociedad industrial sustituyó a la agrícola, podemos decir que hoy día ya hemos entrado plenamente en una sociedad *postindustrial y posmoderna*, caracterizada justamente, entre otras cosas, por ser una *sociedad del ocio y del tiempo libre*, en la que el turismo está desempeñando un papel económico y hasta cultural de primer orden. De ahí que los psicólogos sociales, tanto en sus análisis teóricos como en sus aplicaciones, estén obligados a estar al tanto de estos cambios que se van produciendo en nuestra sociedad y que se ocupen de ámbitos tan en boga y en expansión actualmente como son los del ocio y el turismo. Y sin embargo aún no son temas centrales en los intereses de los psicólogos sociales, ni en nuestro país ni fuera. A pesar de ello, a lo largo de los últimos años sí van apareciendo, aunque sin nin-Otras aplicaciones psicosociales 357

guna abundancia, algunos trabajos en este campo, como los de Argyle (1996), Casas y Codina (1997), Codina (1996), Fonta (1995), Gómez Jacinto (1995), Munné y Codina (1996) o San Martín (1997).

Por otra parte, entre los contenidos más estudiados por la psicología social del turismo están estos tres: *a)* Las motivaciones que llevan a las conductas turísticas: Ryan (1991) señala los siguientes motivos principales para realizar un viaje turístico: 1) Motivación de huida (con frecuencia se intenta huir de la rutina cotidiana, del ruido, de los problemas laborales, etc.); 2) Relax (relacionado con el anterior punto, a menudo se viaja como una necesidad de recuperación psicológica); 3) Juego (durante las vacaciones están permitidos ciertos juegos que suponen una especie de vuelta a la infancia); 4) Estrechamiento de los lazos familiares (cada vez es más frecuente que sea durante las vacaciones cuando se incrementa la interacción familiar, ya que fuera de ellas los miembros de la familia apenas se ven); 5) Prestigio (muchas personas se creen superiores por el mero hecho de viajar o de viajar a lugares más exóticos); 6) Interacción social (las vacaciones suelen ser un buen contexto para romper la rutina y las convenciones sociales, aumentando la interacción con personas diferentes e incluso desconocidas. A veces incluso las vacaciones se diseñan para que personas con problemas de aislamiento puedan aprender a integrarse socialmente); 7) Oportunidad sexual (además de aumentar las relaciones sociales, las vacaciones pueden favorecer los encuentros sexuales, existiendo operadores turísticos que colocan esta motivación en el centro de su oferta para viajar a ciertos países exóticos); 8) Oportunidad educativa (muchas personas viajan con fines eminentemente educativos, como visitar museos o lugares históricos, conocer otras culturas, aprender idiomas, etc.); 9) Autorrealización (los viajes pueden también ayudar a conocernos a nosotros mismos, pues el tiempo de ocio es especialmente apto para la liberación emocional, para indagar en los propios sentimientos, para reflexionar, desde una cierta distancia, sobre su vida cotidiana); 10) Satisfacción de deseos (en ocasiones el viaje turístico satisface un largo sueño, un anhelo largamente esperado); y 11) Compras (aunque nos pueda parecer extraño, el deseo de comprar es el principal determinante de muchos viajes turísticos); *b)* También hay que destacar el estudio de la relación entre el ocio y la mejora de la calidad de vida (véase San Martín, 1997, capítulo V), y las consecuencias positivas que el ocio tiene para una serie de variables como la salud mental, la salud física, el autoconcepto, etc.; *c)* En tercer lugar, también quisiera subrayar las consecuencias sociales y psicosociales del turismo (véase San Martín, 1997), sobre todo una de ellas: la influencia del turismo sobre el cambio de actitudes, de cara, por ejemplo, a la reducción de los prejuicios; y *d)* Por último, habría que tener en cuenta igualmente otros contenidos de esta subdisciplina como los siguientes: impacto del turismo sobre las personas residentes, repercusiones del turismo sobre el medio ambiente, etc.

Psicología social de las relaciones internacionales

Como escribe Arenal (1994, pág. 464), «las relaciones internacionales se configuran como una disciplina de integración y síntesis de los datos aportados por otras disciplinas, si bien el objetivo de su investigación aporta un contenido superior que la confiere su especial carácter en el seno de las Ciencias Sociales», dado que «en las relaciones internacionales concurren factores históricos, políticos, sociales, económicos, culturales y psicológicos. La participación de la psicología social en este contexto interdisciplinar no sólo está plenamente justificada, sino que cada vez más se revela como necesaria» (Garrido y Torregrosa, 1996, pág. 200). Es más, añaden estos mismos autores,

las relaciones internacionales son, por último, el resultado de un complejo entramado de interacciones sociales en las que están presentes estrategias de negociación, cooperación e influencia sobre las que es posible la intervención. De hecho, para los científicos sociales el campo de las relaciones internacionales se revela como un área de estudios cuya potencial dimensión aplicada es paradigmática. En el caso particular de la psicología social, la parcela de intervención se centra en los procesos psicológicos presentes en los distintos ámbitos de interacción social implicados tales como actitudes, percepciones y opiniones en relación con la propia nación y las demás (pág. 201).

Todo esto se está haciendo cada vez más complejo a causa de los procesos de supranacionalización y de mundialización que están poniendo de manifiesto muchas paradojas que no sólo se plasman en los problemas de integración supraestatal (véase Mlinar, 1992; Swaan, 1995, etc.). Hoy día es imposible separar el ámbito nacional del internacional, lo que exige cada vez más la adopción de perspectivas analíticas de las relaciones internacionales al margen del tradicional marco de los Estados-Naciones. Al fenómeno de la globalización hay que añadir una creciente pluralidad etnocultural en el seno de los Estados nacionales occidentales. Este reto, si se realiza exitosamente, añaden Garrido y Torregrosa, podría cuestionar seriamente la pervivencia del nacionalismo cultural que sirve de soporte simbólico a los Estados, con consecuencias inmediatas en los contenidos subjetivos tradicionales de las relaciones internacionales.

Ahora bien, ¿qué puede aportar la psicología social al análisis de las relaciones internacionales? Mientras que la sociología acabó incorporándose formalmente a este campo, hasta entonces acaparado por el derecho, la ciencia política y la historia, en cambio la psicología social ha permanecido en general desvinculada de este contexto. Esta desvinculación no ha sido ajena en absoluto a su autodefinición como ciencia natural, al lado de las ciencias biológicas y de espaldas a las sociales, aunque el vacío de la psicología social en las relaciones internacionales fue en cierta medida ocupado por la sociología. Sin embargo, estoy de acuerdo con Ramírez y

Otras aplicaciones psicosociales 359

Torregrosa, en que es justo señalar aquí que la psicología social ha abordado, desde sus inicios, cuestiones estrechamente vinculadas a las relaciones internacionales y que a menudo lo ha hecho desde una doble dimensión, teórica y aplicada (prejuicios, estereotipos, etc.). No hace mucho, Jiménez Burillo analizó dos interesantes temas en este ámbito: la guerra (1992a) y los conflictos internacionales (1992b). Es decir, aunque no podemos afirmar que la psicología social de las relaciones internacionales sea una subdisciplina desarrollada y bien asentada, sí tenemos que subrayar no sólo la pertinencia de un análisis psicosocial en este ámbito, sino incluso el hecho de que muchos estudios clásicos de nuestra disciplina son directamente aplicables aquí (los prejuicios, los conflictos intergrupales, la cooperación, la negociación, la formación de coaliciones, etc.). Con ello la psicología social haría una aportación inestimable a este campo.

La psicología social debe formar parte de las relaciones internacionales como área de estudios interdisciplinar, del mismo modo que procesos psicológicos como las actitudes y las percepciones intervienen en las relaciones internacionales como hecho. Tanto el creciente interés por lo subjetivo de otros científicos sociales especializados en esta materia como la capacidad de la psicología social para satisfacer, teórica y metodológicamente, esta demanda justifican la incorporación de pleno derecho de nuestra disciplina a esta área de estudios (Ramírez y Torregrosa, 1996, pág. 213).

Conclusión

Como hemos visto, el ámbito de aplicación de nuestra disciplina es amplísimo: desde el trabajo a la educación, y desde el mundo judicial al turismo, pocos aspectos de la vida social han dejado de estar en el punto de mira del psicólogo social. Pero no basta con aplicar, hay también que *aplicar bien*, es decir, estar seguros de que las aplicaciones que estamos llevando a cabo son útiles, van por buen camino, en definitiva, que están consiguiendo lo que realmente pretendemos y ello exige la puesta en marcha de alguna forma de evaluación de los programas llevados a cabo (véase Reboloso y Morales, 1996).

This page intentionally left blank

Quinta Parte

ASPECTOS HISTÓRICOS, TEÓRICOS
Y METODOLÓGICOS
DE LA PSICOLOGÍA SOCIAL

This page intentionally left blank

Capítulo XXVI

La construcción histórica de la psicología social

Introducción

Creo que fue Valle Inclán quien dijo que las cosas no son como son, sino como se recuerdan. Pero tanto las cosas como los acontecimientos pasados son recordados de muy diferentes maneras por personas distintas. Por consiguiente, existen muchas historias diferentes. Lo mismo ocurre con la psicología social. De ahí que considere imprescindible que cualquier texto de psicología social incluya al menos un capítulo sobre la historia de nuestra disciplina, y ello por varias razones, pero sobre todo porque para entender su actual desarrollo y la variedad de métodos que utiliza, para entender sus problemas actuales y sus contenidos, es necesario conocer sus raíces históricas así como su trayectoria. Sin embargo, aunque las relaciones de la psicología social con la historia son más estrechas de lo que normalmente suele creerse (véase Gergen y Gergen, 1984), aquí sólo nos ocuparemos de la trayectoria histórica o, mejor dicho, de la problemática que conlleva dicha trayectoria. Si queremos entender la psicología social actual debemos estudiar no sólo su historia interna, con su estructura, sus *élites* de poder, etc., sino también los factores extracientíficos que en ella influyeron, es decir, su historia contextual, que comprendería las condiciones sociales, políticas, económicas, etc. Como dice Morawski (1979, pág. 48), «el análisis histórico de la psicología social, cuando se enfoca dentro de un marco contextual, servirá no sólo para clarificar las dimensiones extracientíficas del desarrollo de la disciplina, sino también para entender las condiciones contemporáneas» (sobre la historia de la psicología social véase Allport, 1968; Blanch, 1983; Blanco, 1993; Buceta, 1979; Collier y cols., 1996; Curtis, 1962; Farr, 1996; Graumann, 1990, 1995; Ibáñez, 1990a; Munné, 1989; Sabucedo y cols., 1997). Parece que la preocupación de una disci-

plina científica por su propia historia es un síntoma de madurez. Si ello es así, entonces la psicología social está empezando a madurar, pues tal preocupación es, sin duda, creciente, aunque aún escaso.

Por otra parte, suele decirse frecuentemente que la psicología social tiene un largo pasado y una corta historia. El pasado se retrotrae, como mínimo, hasta los griegos, e incluso antes (por ejemplo el Código de Hamurabi ya contenía muchos aspectos psicosociales) mientras que la historia prácticamente comienza a primeros de siglo e incluso, si queremos ser más rigurosos, con la II Guerra Mundial. Por otra parte, como decía, en célebre frase, Alfred Whitehead, *una ciencia que titubea en olvidar a sus fundadores, está perdida*, sobre todo en el caso de las ciencias sociales como es el caso de la psicología social. De ahí que veamos primero, con cierta brevedad, el largo pasado de nuestra disciplina, es decir, los antecedentes.

Antecedentes de la psicología social

Desde una perspectiva histórica la primera pregunta que podríamos hacernos es, ¿quién fue el fundador de la psicología social? Y podríamos responder de muy diferentes maneras (Platón, Aristóteles, Maquiavelo, Hobbes, Herder, Comte, Hegel, Wundt, Tarde, Ross, Mead, Lewin, etc.), dependiendo del criterio y de la perspectiva temporal que adoptemos (véase a este respecto, Munné, 1986, págs. 15-19). En todo caso, como veremos, tal pregunta no tiene ni sentido ni respuesta, pues la constitución de nuestra disciplina fue más un largo proceso que algo que comenzara alguien en un momento determinado. De alguna manera podemos decir, aunque diríamos con poca propiedad, que la psicología social existe ya desde hace siglos, aunque aún no diferenciada como disciplina científica. Además, la psicología social de nuestros antepasados, a pesar de sus limitaciones y errores, tiene, aún hoy, algo de instructivo. Y me refiero a la psicología social que se encuentra en el pensamiento primitivo, en el folclore, en el refranero, etc., y sobre todo a la que está dentro de la filosofía:

A) *Antecedentes filosóficos*: si queremos profundizar en los antecedentes de nuestra disciplina por fuerza tenemos que retrotraernos, como mínimo, a la Grecia Clásica, donde tanto Platón como Aristóteles están más cerca, en muchos aspectos, de la moderna teoría de la psicología social que otros filósofos posteriores, ya que en ambos existen suficientes elementos socio-psicológicos para justificar nuestro interés. Así, creo que *La República*, de Platón, puede, en cierto modo, ser considerada como un tratado de psicología social. Se refiere Platón en esta obra a la integración de la personalidad y a sus relaciones y consecuencias para la participación social, sosteniendo que una personalidad bien equilibrada es como una sociedad bien equilibrada, destacando tanto los aspectos individuales como los sociales, de los que nos interesa subrayar éstos. En efecto, Platón desarrolla también un concepto de estratificación social que refleja estos tiposLa construcción histórica de la psicología social 365

de personalidad o las clases sociales en las que lógicamente participarían: 1) los de nivel sensitivo serían productores o artesanos, y su función sería sostener a los otros dos; 2) los del nivel volitivo serían atletas y soldados; y 3) los de nivel intelectual serían los filósofos del Estado, es decir, los intelectuales y los gobernantes, pues para él, como es bien conocido, los mejores gobernantes serán siempre los filósofos. Y éste es realmente el principal hallazgo psicosocial de Platón: dibuja de un modo figurativo los paralelismos entre sociedad y personalidad, paralelismos que todavía hoy día se exploran en la investigación psicosocial actual. Es más, Platón anticipa también el moderno concepto de socialización del adolescente. En cuanto a Aristóteles, posee muchos escritos que resultan muy útiles para la psicología social, destacando tanto *La Política* como, sobre todo, *La Retórica*. De hecho, Aristóteles puede ser considerado un importante precursor de la moderna ciencia social, estudiando la organización social de las ciudades-estados de su tiempo y reuniendo 158 constituciones políticas diferentes con propósitos de análisis. Además, su concepción del hombre también le califica como un importante científico social: para él el hombre es esencialmente un *animal social* (*ζῷον πολιτικόν*). Y no olvidemos a los sofistas (Protágoras, etc.), quienes, antes que Platón y con su énfasis en la *retórica*, poseen una enorme relevancia para algunas de las más actuales escuelas de psicología social. Sin embargo, la influencia del epicureísmo sobre la psicología social fue muy negativa: su exagerado individualismo y su materialismo hedonista tuvieron gran influencia en el pensamiento europeo posterior, lo que retrasó el desarrollo de una verdadera psicología social. Por su parte, el estoicismo, fundado por Zenón (340-260 a.C.), coetáneo de Epicuro (341-270), no produjo ninguna clase de filosofía social y tampoco se puede hallar nada provechoso para nuestra disciplina.

Por otra parte, dadas las pocas o casi nulas aportaciones psicosociales de las concepciones filosóficas romana y cristiana, tendríamos que saltar al Renacimiento y el Barroco, y a autores como Maquiavelo, Montaigne, Bacon, y a los teóricos del contrato social (Hobbes, 1588-1679; Locke, 1632-1704; y Rousseau, 1712-1778), que son precisamente quienes pueden ser considerados como los auténticos precursores de la psicología social moderna, puesto que se dedicaron a estudiar el problema de las relaciones entre la sociedad y el individuo. Estos autores desarrollaron unas teorías que tienen tres elementos en común: *a)* una exposición de lo que sería la naturaleza del hombre aislado de sus semejantes, o aparte del estado civil; *b)* un motivo o una serie de motivos sobre el porqué se ponen a sí mismos en asociación con otros; y *c)* una serie de reglas morales que se «sigue» de las dos primeras consideraciones. Así, para Hobbes el hombre es esencialmente egoísta y brutal y en su estado natural estaría en perpetua guerra con los otros hombres, por lo que necesita, por su propio interés, hacer un contrato con sus semejantes, quienes a su vez contraen también obligaciones que en su totalidad constituyen lo que llamamos la sociedad civil. En cambio Locke, que no cree que pueda existir un estado presocial, ni siquiera concebirse, sostiene que el hombre ha vivido siempre en sociedad

y que el Estado aparece como medio de corregir los errores y proteger los derechos naturales del hombre a la vida, a la libertad y a la propiedad. Esta teoría se halla más cerca de la moderna psicología social que la de Hobbes. Finalmente, como sabemos, para Rousseau, adelantándose a las posteriores corrientes anarquistas, la naturaleza humana es completamente buena y es la sociedad la que degrada al hombre.

B) *Antecedentes sociológicos*: a medida que la sociología fue desgajándose de la filosofía, a lo largo del siglo XIX, fue surgiendo un pensamiento sociológico que adelanta ya gran parte de la problemática psicosocial que luego será la propia de nuestra disciplina. Y así, la principal aportación de los primeros sociólogos a la psicología social es una mejor comprensión de la influencia que la organización social ejerce sobre la personalidad individual, destacando los franceses Comte y Durkheim o los alemanes Schleiermacher, Tönnies y Weber.

a) *La tradición franco-británica*:

El empiricismo inglés, constituido durante la Ilustración, sigue plenamente vigente a lo largo del siglo XIX y buena parte del XX, ejerciendo su influencia sobre el desarrollo de las ciencias sociales. Pero fue sobre todo la aparición del positivismo francés quien marcaría más profundamente la evolución de estas ciencias durante el siglo XIX. Fue un hombre de la Ilustración, Henri de Saint-Simon, quien realizó las primeras contribuciones sistemáticas al planteamiento positivista... Pero, como es bien sabido, fue Auguste Comte quien elaboró la expresión formal del positivismo, legitimando con ello una determinada concepción de las ciencias sociales (Comte, 1830). En efecto, la «filosofía positivista» de Comte no sólo ejerció un impacto decisivo sobre la conceptualización general de la ciencia hasta mediados del siglo XX, sino que marcó profundamente a pensadores tan importantes en la historia de las ciencias sociales como son John Stuart Mill, Karl Marx, Vilfredo Pareto, Emile Durkheim, y a través de ellos a una infinidad de investigadores de la realidad social (Ibáñez, 1990, págs. 34-35).

Así, Comte (1798-1857) pensaba que la verdadera ciencia final debía ser la psicología social, que él llamó *moral positiva*, y no psicología porque tal término era en aquella época demasiado introspectivo y mentalista para su gusto. Esta ciencia se ocuparía del lugar del individuo en un contexto social y cultural, y constituiría, en consecuencia, una auténtica *psicología social*. También Durkheim (1843-1904), al igual que Comte, protestó contra la psicología individualista de su tiempo. Y como él, elaboró una *psicología social* como sistema de determinismo social que no deja apenas lugar para la psicología individual. De hecho, Durkheim parece tratar al grupo como a una entidad que cuenta con un motor propio distinto de los individuos que la componen.

La filosofía de Comte está en absoluta consonancia con el proceso de

la vez que anuncia ya el matrimonio entre ciencia y tecnología que se celebrará en las últimas décadas de ese siglo. Sus alegatos en favor de la sociología, situada en las cimas de la jerarquía de las ciencias, también están en sintonía con la «emergencia de la *cuestión social*» propiciada por la industrialización. En efecto, los disturbios sociales engendrados por el desarrollo del capitalismo hacen aún más imprescindible una rigurosa ciencia de la sociedad. No es de extrañar que tras un barniz que hoy día llamaríamos progresista, Comte, al igual que Durkheim, sean esencialmente reaccionarios en su visible preocupación por salvaguardar un orden social que legitima las desigualdades establecidas (Ibáñez, 1990a, pág. 36).

b) *La tradición alemana*: como escribe Tomás Ibáñez, frente a la concepción empirista y positivista franco-británica, que desembocará en una sociología donde el peso de las «estructuras» y de las «leyes» deja escaso lugar tanto para la consideración de las dimensiones simbólicas, como para el estudio de la acción humana y para los planteamientos genuinamente históricos, se alza una tradición bien diferente que reacciona contra el positivismo y el empirismo, y que se cultivó sobre todo en Alemania, donde pronto Herder (1744-1803), oponiéndose a algunos aspectos absolutizadores de la razón ilustrada, puede ser considerado, a mi entender, como el principal antecedente del actual pensamiento posmoderno. Por su parte Schleiermacher (1768-1834) habló ya de «acción recíproca» y de «interacción social», haciendo una clara distinción entre *comunidad* y *sociedad*, que más tarde desarrollaría Ferdinand Tönnies (1887), sobresaliendo particularmente su contribución a la *perspectiva hermenéutica*, a través sobre todo de su influencia sobre Dilthey, quien contribuyó en gran medida a acentuar el «anti-naturalismo» del pensamiento alemán. En efecto, para Dilthey (1883), por decirlo con palabras de Ibáñez, resulta imprescindible que las ciencias humanas se emancipen del paradigma naturalista de la misma forma que las ciencias naturales supieron separarse de la metafísica, pues existe una diferencia de principio entre las «ciencias del espíritu» y las «ciencias de la naturaleza»: las primeras nos permiten acceder a la «comprensión» de los fenómenos analizados, mientras que las segundas conducen a la «explicación» de sus objetos de análisis. Y ello es así porque la realidad sociohistórica, al contrario de la realidad «natural», no es una realidad que nos venga dada de una forma externa, sino que somos nosotros mismos quienes la construimos.

c) *Antecedentes psicológicos*: dado que la psicología apareció tardíamente, es lógico que sea menos relevante a la hora de analizar los antecedentes de la psicología social, aunque no deberíamos olvidar la influencia que en nuestra disciplina tuvieron tanto el asociacionismo inglés, que tanto peso tuvo en el conductismo norteamericano, como el funcionalismo de William James (1842-1911) y Dewey (1859-1952). Respecto al empirismo inglés, hay que destacar tanto la psicología de Hobbes como la de Locke, que eran, ambas, profundamente individualistas, por lo que su fuerte

influjo en la psicología social, a través sobre todo de F. Allport, fue enormemente negativo. Más útil fue la influencia de Dewey, para quien «el pro-368

Anastasio Ovejero Bernal

blema de la psicología social no es saber cómo actúan las mentes individuales o colectivas para formar grupos sociales y costumbres, sino ver cómo las diferentes costumbres, los arreglos interactuantes establecidos, forman y fomentan mentes diferentes».

En síntesis, la psicología social, pues, hunde sus raíces en la larga tradición del pensamiento occidental, pero surge a lo largo de la segunda mitad del siglo xix y lo hace como una psicología colectiva preocupada sobre todo por la *predicción* de la conducta humana y, en consecuencia, por el *control* de las personas. «La consolidación de los Estados modernos demanda, a la vez, una *ciencia social* de corte positivista que proporcione herramientas para la *intervención social*, y una *investigación social* que permita conocer y controlar la situación de la sociedad en cada momento» (Ibáñez, 1990a, pág. 45). Es más, a lo largo de los siglos xvii, xviii y sobre todo del xix, se van perfilando una serie de rupturas cruciales que marcarán profundamente las ciencias sociales del siglo xx, incluyendo la psicología social, lo que conllevó unas consecuencias abiertamente negativas para el conocimiento de lo social (Ibáñez, 1990a, pág. 44): *a*) la ruptura entre ciencia y filosofía, que tanto denostó Ortega y Gasset; y *b*) ruptura de la ciencia social en un mosaico de disciplinas específicas y separadas, quedando la historia como una disciplina exterior a las demás ciencias sociales. Pues bien, sobre estas rupturas se construyó la psicología social en los Estados Unidos, aunque, como en seguida veremos, su origen fue, sin lugar a dudas, europeo.

Actual psicología social: origen europeo y desarrollo norteamericano

Como ya hemos dicho, la psicología social nació en Europa y lo hizo, como psicología colectiva, sobre todo en tres países: 1) Alemania, donde debemos destacar la Psicología de los Pueblos de Lazarus y Steinthal primero y de Wundt, más tarde, autor que podemos considerar incluso de *antiexperimental*. De ahí la aberración de considerarle, como durante tanto tiempo se ha hecho, nada menos que el *padre de la psicología experimental* (véase Ovejero, 1997a, capítulo 4). Aunque esta línea de investigación pudo haber, sido tremendamente útil para la psicología social posterior, sin embargo, no lo fue ya que no tuvo la más mínima influencia sobre ella; 2) Francia, donde debemos destacar la orientación colectiva y reaccionaria de Gustavo Le Bon y el estudio de las leyes de la imitación de Gabriel Tarde; y 3) Italia, destacando una serie de autores como Cattaneo, Rossi o Sighele. De Europa pasó a Estados Unidos a primeros de siglo, a manos de autores norteamericanos que habían estudiado en Europa, especialmente con Wundt. En este país existieron ya desde el principio dos psicologías sociales: *una psicología social psicológica*, que con antecedentes como Tri-

plett o McDougall, surge realmente con F. Allport (1924); y *una psicología social sociológica*, que con antecedentes como Ross y sobre todo Cooley, surge realmente con G. H. Mead y el Interaccionismo Simbólico. La exis-La construcción histórica de la psicología social 369

tencia de estas dos disciplinas, diferentes desde el punto de vista teórico, metodológico y sustantivo, parece haberse mantenido hasta nuestros días (Jiménez Burillo y cols., 1992), de tal forma que en los años 70 son muchos los que, tras reconocer la existencia de las dos psicologías sociales, critican duramente a la dominante, la psicológica, por su carácter individualista, ateórico, ahistórico, socialmente irrelevante y políticamente al servicio del poder, fundamentalmente de la industria y del ejército norteamericanos (Stryker, 1977; Semin y Manstead, 1979; etc.). Y la discusión, que continuó en los años 80 no parece estar llevando a ninguna convergencia. Así, por ejemplo, mientras que Stryker (1991) incluso valora positivamente las divergencias entre ambos «bandos», Stephan y Stephan (1991) hablan de los difíciles y casi insuperables obstáculos que los dividen, como si realmente se tratara de dos bandos incluso hostiles (estereotipos negativos, incomunicación, etnocentrismo disciplinar, etc.). De hecho, estudios recientes (Cappel y Guterbock, 1992; Ennis, 1992; Guterbock, 1992, y Páez y cols., 1992) siguen encontrando que aún existe muy poca relación entre los sociólogos y los psicólogos que se dedican a la psicología social y que los temas en que trabajan unos y otros se solapan muy poco. «De todas formas, las diferencias entre ambas tradiciones deben buscarse más allá de los contenidos concretos o de los manuales académicos. La psicología social psicológica tiene sus raíces en la admiración y devoción de la psicología por la razón y el conocimiento humano (racionalismo ilustrado), mientras que la sociológica tiene su origen en una especial sensibilidad hacia los problemas sociales, hacia la reforma social y el progreso» (Seoane, 1996, págs. 35-36).

Por su parte House (1977), aunque no ha sido el único, habla incluso de una tercera psicología social, la *sociología psicológica*, que intentaría estudiar la influencia que sobre el individuo tienen los grandes procesos macrosociales (urbanización, industrialización, etc.).

Inspirándose en el lema del gran Mills —combinar biografía e historia—, esta perspectiva es, en realidad, la única que incorpora verdaderamente a la «sociedad» en sus desarrollos, analizando las implicaciones psicológicas y comportamentales de las estructuras sociales. Siendo ciertamente lamentable la marginación académica de esta sólida alternativa a la psicología social dominante, parece detectarse en estos últimos años un resurgimiento de esta tercera vía con hallazgos de innegable relevancia social en las áreas, por ejemplo, del trabajo, la salud, o la afectividad (Jiménez Burillo y cols., 1992, pág. 17).

Recapitulando, diremos que el inicio de la psicología social no está ni en Triplett (1898), que ni siquiera realizó el primer experimento, ni en Ross (1908), ni en McDougall (1908), que no publicaron los primeros manuales de psicología social, ni tampoco empieza con Wundt, pues casi cin-

cuenta años antes de que publicase sus primeros escritos sobre la *Psicología de los Pueblos* habían aparecido ya en Rusia los primeros ensayos sobre una psicología de carácter etnográfico que, de acuerdo con Budilova (1984), constituyen los comienzos de la psicología social en Rusia, y que ya estu-370

Anastasio Ovejero Bernal

dian los procesos mentales como un producto cultural e histórico, concediendo una gran importancia al lenguaje en la construcción de un pensamiento compartido sobre el que se asienta la idea de nación, siguiendo en esto la estela de Vico y sobre todo de Herder. De ahí que no podamos elegir ninguna fecha como el momento en que surge nuestra disciplina. Por el contrario, su gestación fue preparándose durante varios siglos, hasta desembocar en una disciplina un tanto amorfa en la Europa de la segunda mitad del siglo xix, que es cuando podemos decir que «nace» la psicología social, y lo hace como psicología colectiva. Ahora bien, esa psicología social, desapareció con la Primera Guerra Mundial y el traslado del dominio mundial (tanto a nivel militar, como económico, político o cultural) de Europa a Estados Unidos, de tal forma que la psicología social, tal como la conocemos ahora, nace en los Estados Unidos en los años 30 y se desarrolla, tras la Segunda Guerra Mundial, con la inestimable colaboración de los psicólogos europeos, sobre todo alemanes, huidos de Hitler. Por consiguiente, no son de ninguna manera ciertas algunas de las principales afirmaciones de Gordon Allport (1968), quien en su «historiografía oficial» de la disciplina dice que el primer experimento en psicología social fue el Triplett (1898) o que la psicología social nace en 1908. Respecto a lo primero, son varios los autores (Farr, 1991, etc.) que muestran cómo el experimento de Triplett no tuvo el significado que luego se le dio, hasta el punto de que ni siquiera era de psicología social. En efecto, para Allport el estudio de Triplett fue la primera respuesta propiamente experimental a un problema psicosocial, que después se definiría como «facilitación social», pues para él los problemas psicosociales a los que sus contemporáneos se dedican parecían estar ya definidos desde un principio. La psicología social habría nacido, según eso, como señala Crespo, con unos intereses y unas preocupaciones muy concretos y hasta ya con un objeto y con un método definidos, que además no se habrían modificado sustancialmente con el paso de los años. Así, aunque el experimento de Triplett no se consideró psicosociológico cuando se realizó, sin embargo, una vez que Allport lo recupera como mito de origen, fue reproducido acríticamente como tal. De hecho, la mayoría de los manuales posteriores reproducen la versión de Allport. Pero tal tergiversación de la historia por parte de Allport cumplió una función concreta que fue la de «mantener un punto de vista inductivo de la ciencia que hace que el progreso de la psicología social parezca acumulativo», mostrando con ello que existe un sentido de continuidad histórica «que lleve al lector a la convicción de que la psicología social ha progresado de forma consistente desde su concepción», cosa absolutamente falsa. En cuanto a la datación por parte de Allport de 1908 como la fecha en que nace la psicología social, «no parece adecuado mantener tal cosa. Si

atendemos al planteamiento de problemas psicosociales, éstos surgen sobre un trasfondo de preocupaciones sociales, y se plasman en obras muy diversas, algunas anteriores a 1908. Si, por el contrario, lo que nos interesa es la existencia de enfoques que abran nuevas vías de investigación, los manuales de Ross y McDougall son más bien el final de una etapa que el inicioLa construcción histórica de la psicología social 371

de otra, expresión de modos caducos de explicar (la sugestión, el instinto) que posteriormente tuvieron poca acogida» (Crespo, 1995, pág. 64).

En definitiva, aunque la psicología social tiene sus raíces en las ciencias sociales europeas de la segunda mitad del siglo XIX, fue en los Estados Unidos donde realmente se desarrolló como disciplina científica, sobresaliendo cuatro hechos, de diferente tipo, en la conformación de tal desarrollo:

1) *La influencia de F. Allport y de su manual de 1924*: lo que hizo este autor fue llevar a la psicología social el individualismo metodológico del positivismo que él había aprendido de su maestro, el conductista Holt. Con ello, la psicología será a partir de entonces predominantemente psicologista, individualista y experimentalista.

2) *Llegada del nacionalsocialismo al poder en Alemania*: este hecho fue tan influyente en la psicología social norteamericana que le hizo decir a Cartwright (1979) que ha sido Hitler el personaje más influyente de todos los tiempos en la psicología social. De hecho, fue la represión nazi contra los judíos y contra los progresistas lo que obligó a muchos psicólogos alemanes a emigrar a Estados Unidos, de tal forma que muchos de los grandes nombres de la psicología social americana de los años 50 y 60 son europeos, principalmente alemanes: Lewin, Heider, Asch, Adorno, Jahoda, Fromm, Reich, etc., o discípulos suyos: Festinger, Back, etc. Además, sin los fenómenos provocados por Hitler (la propia Guerra Mundial, la irracionalidad de su sistema, el holocausto judío, el racismo como antisemitismo, etc.) la psicología social hubiera sido bien distinta.

3) *La entrada de Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial*: como consecuencia de la participación de los psicólogos sociales en la Guerra Mundial, recibieron en recompensa sus títulos de nobleza y unos presupuestos ilimitados de investigación. Y fue importante también, relacionado con lo anterior, el hecho de que la *American Psychological Association* (APA) crease dos secciones (la 8 y la 9) de psicología social que consagró su reconocimiento institucional. «Pero lo que la disciplina gana en autonomía institucional lo pierde en el plano de la independencia teórica y de los problemas. Aceptada en el seno de la APA, debe plegarse a sus normas de funcionamiento y presentarse de una forma compatible con las opciones epistemológicas, teóricas y metodológicas que han tenido su origen a espaldas de la especificidad de los objetos de la psicología social» (Apfelbaum, 1985b, pág. 9). Así, la psicología institucional es consciente de que la psicología social puede poner en tela de juicio incluso su propia identidad y desde la APA se pondrán trabas para ello. A esto se unió un factor externo de enorme importancia que veremos después: la guerra fría. Por consi-

guiente, como bien puntualiza Crespo, tras la Segunda Guerra Mundial la psicología social se institucionaliza de modo definitivo, particularmente en Estados Unidos, convirtiéndose en una disciplina académica reconocida como tal. El objetivo de la investigación se desplaza progresivamente del exterior, de las demandas y preocupaciones sociales, hacia el interior de los centros universitarios. Y es que, como resultado de la guerra, en muy

Anastasio Ovejero Bernal

pocos años se produjo una expansión notabilísima de la psicología social, hasta el punto de que si la entidad de una ciencia se midiese por el número de sus miembros, no sería desacertado afirmar que la psicología social nace en los Estados Unidos después de la Segunda Guerra Mundial. Cartwright (1979, pág. 85) manifiesta que «como un resultado de la explosión de población en la disciplina en los últimos treinta años, algo así como el 90 por 100 de los psicólogos sociales que han existido están vivos en el momento presente». Además, esta población de psicólogos sociales, añade Cartwright, «es el producto de una sola generación de personas que fueron entrenados por un número muy reducido de profesores con unos antecedentes comunes y un punto de vista bastante homogéneo», que eran europeos y judíos en su mayor parte (Lewin, Asch, Heider, etc.). Por consiguiente, la psicología social norteamericana es, en algún sentido, europea. Más en concreto, tal vez «el grupo más influyente en la historia de la psicología social sea el de aquellos que trabajaron con Kurt Lewin y que, de un modo más o menos directo, se inspiraron en las ideas de éste» (Crespo, 1995, pág. 86). Según Perlman (1984), ocho de los diez psicólogos sociales más citados son descendientes directos de esta línea de investigación.

4) *La llegada de la «guerra fría»:* tras la Segunda Guerra Mundial comenzó una guerra no declarada («guerra fría») entre los dos grandes vencedores, los Estados Unidos y la Unión Soviética. En este contexto, en Estados Unidos el general McCarthy impuso una «semidictadura» caracterizada por una fuerte censura a todos los niveles conocida con el nombre de «caza de brujas» (recuérdese la película que con este mismo título y protagonizado por Robert de Niro, denuncia la política del macartismo en el mundo de Hollywood). Pues bien, si la psicología social venía siendo muy poco social, esta política de caza de brujas del macartismo impidió definitivamente que la psicología social fuese realmente social, cortando de raíz los intentos que en esta dirección habían comenzado en los años 30, con autores como J. E. Brown, y David Krech y el SPSSI. Desde entonces fue ya más fácil la adopción de un enfoque conductista en los más diversos campos psicossociológicos. La adopción masiva del experimento de laboratorio se encargó, de una forma «científica», o sea, de una forma «neutra», de impedir que la psicología social tratase temas realmente psicossociológicos que tuviesen algo que ver con la pretensión de *cambiar* la realidad, puesto que tales análisis no cabían en las paredes frías y asépticas del laboratorio, de tal forma que siguió siendo absolutamente predominante en psicología social el enfoque positivista, cuyo excesivo experimentalismo y psicologismo por fuerza tenía que entrar en crisis, como así ocurrió, tal como veremos en el próximo apartado.

Sin embargo, aunque totalmente dominante en la psicología social norteamericana, la corriente experimentalista y psicologista no fue la única. Hubo, como mínimo, otras dos corrientes de las que sólo la primera ha tenido continuidad:

a) El enfoque interaccionista de Cooley (1863-1929) y Mead (1863-1931), que reaccionó contra la psicología social del instinto, tan de modaLa construcción histórica de la psicología social 373

en aquellos años (Mc Dougall, etc.). De hecho, más de un tercio de los capítulos incluidos en el conocido y primer *Handbook of Social Psychology*, de Carl Murchison (1935), versaban sobre la psicología social de las bacterias, plantas y animales inferiores. Pues bien, la tesis fundamental de Cooley es la unidad de sociedad e individuo, ya que ni éste puede darse sin la sociedad, ni ésta sin aquél. Lo dice explícitamente al afirmar que «un individuo sólo es una abstracción desconocida por la experiencia; también sucede lo mismo con la sociedad cuando se la considera aparte de los individuos». Como dice Buceta (1979, pág. 18), «la concepción de Cooley representa un intento de superar las posturas antagónicas de Tarde y Durkheim al señalar la interdependencia e inseparabilidad del binomio individuo-sociedad, siendo éste, precisamente, el punto de partida y el objetivo fundamental de la psicología social. Por ello, su obra más que un antecedente representa el nacimiento de la psicología social, siendo autor obligado en cualquier estudio sobre la aparición de esta disciplina». También G. H. Mead reaccionó fuertemente contra la corriente biologicista e instintivista que entonces tan de moda estaba en los Estados Unidos. Como señala Torregrosa (1974, pág. XXIV), «aunque Mead estaba más próximo de los medios psicológicos y filosóficos, su herencia intelectual ha sido asumida casi totalmente por la sociología y la psicología social de corte sociológico. Publicaciones bien recientes en estos dos campos reconocen su inspiración y su deuda intelectual con G. H. Mead», sobre todo, como ya hemos dicho, el Interaccionismo Simbólico.

b) En los años 30, tras la radicalización a que llevó la profunda crisis económica y el generalizado desempleo que la acompañó, surgió incluso una interesante corriente de psicología social marxista, corriente que fue iniciada por J. F. Brown (1936) con un gran éxito inicial, aunque después no tuvo continuidad ninguna. En efecto, en su *Psychology and Social Order*, Brown analiza los diferentes tópicos psicosociales desde una perspectiva lewiniana, pero integrando también el marxismo y el psicoanálisis, de tal forma que, por ejemplo, Brown creía que la teoría del campo de Lewin y el materialismo dialéctico de Marx tenían muchos puntos en común: el énfasis que ambos ponen en el papel que la teoría desempeña en el proceso científico; la función de la teoría para cambiar la realidad; el interés por el cambio, más que por explicar lo ya dado; y un interés por los procesos y leyes dinámicos más que por las condiciones estáticas. Sin embargo, y por razones principalmente ideológicas y políticas, el nombre de Brown así como su importantísimo e influyente manual, fueron marginados total-

mente por parte de la psicología social estadounidense de posguerra.

Crisis de la psicología social

Los años 70 fueron abiertamente años de crisis en nuestra disciplina, aunque no sólo en ella sino también en otras como la sociología, la antropología o la ciencia política. Esta crisis, que se hizo patente con la publica-374

Anastasio Ovejero Bernal

ción de una serie de trabajos que cuestionaban, básicamente, el modo dominante de hacer psicología social, tuvo una serie de consecuencias sobre cuya valoración no existe unanimidad. Como dice Torregrosa (1981, pág. IX), «existen discrepancias respecto a la naturaleza de la misma, o de los posibles caminos para superarla, pero en lo que sí parece existir considerable acuerdo es en el hecho mismo de la crisis», hasta el punto de que se cuentan por cientos de libros y artículos sobre este tema. Ya Jiménez Burillo (1981a) hablaba de más de doscientas publicaciones. También en nuestro país son relativamente abundantes los trabajos sobre esta crisis (Torregrosa, 1974; Jiménez Burillo, 1977, 1981; Rodríguez González, 1977; Blanco, 1980; Ibáñez, 1983; Garrido, 1982; Ovejero, 1984a, 1984b, 1991c; etc.). Mientras que para unos no hubo crisis o se trató de una «perturbación menor» (Jones, 1985) y para otros la crisis ya ha pasado (Festinger, 1980, Páez y cols., 1992), para algunos, en cambio, sus efectos han sido profundos, irreversibles y duraderos (Ibáñez, 1990). En todo caso, a mi modo de ver, resulta difícil comprender la psicología social actual sin tener en cuenta la crisis.

Ahora bien, ¿cuáles fueron las causas y las consecuencias de tal crisis? Las causas son varias y de diferente tipo, pero casi todas ellas relacionadas, de una u otra forma, en mi opinión, con el origen de la propia psicología social, y las consecuencias van a ser también diversas, pero positivas (una mayor relevancia social, una mayor pluralidad metodológica, una mayor aproximación entre las dos psicologías sociales, etc.). Y es que tal vez pueda decirse que la psicología social ya nació en crisis (Jiménez Burillo, 1980), al verse obligada a elegir ya desde sus comienzos entre una línea sociologista y otra psicologista y haberse inclinado mayoritariamente por la psicologista y experimentalista, a causa, entre otras razones, de la influencia en los años 20 de Floyd Allport. Tal vez por ello, el mayor problema de la psicología social, raíz de su honda crisis, haya sido, a mi modo de ver, la *falta de identidad* (Ovejero, 1984b). En este sentido afirma Munné (1986, pág. 71) que «estamos asistiendo a la lucha por un paradigma dominante. Sin embargo, lo que está en juego, en el fondo, es la identidad de la psicología social». Se trataría, pues, como dice Torregrosa (1985), de una *crisis constitucional*. Es decir, fue una crisis de identidad, provocada por la incapacidad de los paradigmas teóricos existentes para captar el concepto y el objeto de la psicología social. Desde esta perspectiva ya se entiende mejor la afirmación de Farberow de que la crisis de la psicología social es crónica,

puesto que es constitucional, o sea, está en sus propios orígenes, en la falta de definición global de la psicología social en sus momentos iniciales. En definitiva, «la psicología social, como en parte todas las otras ciencias sociales, se ha movido y desarrollado en un estado de crisis perpetua desde su fundación, como consecuencia y como excusa de su doble filiación, sociológica y psicológica» (Panyella y Rodríguez, 1984, pág. 99).

En todo caso, como defienden autores como Ibáñez (1983) o Crespo (1995), no podemos entender la crisis de la psicología social si no la enmarcamos en la crisis más global que está afectando al modelo de inteligibili-La construcción histórica de la psicología social 375

dad científica heredado de la modernidad. Estamos ante una parte de la crisis del pensamiento moderno. Y es que la crisis de la psicología social no puede verse como algo aislado, al margen de la *crisis de la modernidad*. Por el contrario, no es sino una de sus manifestaciones. En efecto,

la psicología social, al igual que las demás ciencias sociales, resulta históricamente posible en virtud no tanto de un conjunto de evidencias empíricas como de una serie de creencias y actitudes sobre la realidad humana. Estas creencias y actitudes han sido caracterizadas como *modernidad*, y es justamente esta concepción moderna del mundo la que entra en crisis en los últimos años. La crítica a la modernidad no es, en estricto sentido, una novedad. En realidad, acompaña dialécticamente al propio pensamiento moderno. Lo novedoso, en cualquier caso, es que en los últimos años la crítica a la modernidad toma una especial amplitud, caracterizando, incluso, un movimiento intelectual, la posmodernidad (Crespo, 1995, pág. 88),

que más adelante veremos mejor. Los pensadores de la Ilustración creían en la existencia de una relación intrínseca entre racionalidad, progreso y libertad, que es justamente lo que cuestiona el posmodernismo. Es más, la confianza ciega de los ilustrados en la bondad intrínseca del progreso ha sido cuestionada por la propia experiencia, tanto por el desarrollo tecnológico y económico, con sus graves secuelas para el equilibrio ecológico y para la supervivencia del planeta, como por la experiencia política, sobre todo las consecuencias nefastas de la «racionalidad socialista» de los países del Este que no llevó sino a un terrible totalitarismo.

Pero esta crisis general debida a la falta de identidad se ha concretado en un número de «crisis sectoriales» dentro de la psicología social, que yo concretaría en las siguientes:

1) *Crisis metodológica*: el primer desafío para la psicología social fue un examen crítico del experimento de laboratorio como método esencial de nuestra disciplina. Tras un artículo de Campbell (1957) en el que estudiaba varios factores que podían socavar la validez de los experimentos, Rosenthal, Orne, Riecken, y otros muchos, mostraron las conclusiones de las sugerencias de Campbell en los estudios psicosociales de laboratorio. Como dice Ibáñez (1985) el problema fundamental de la psicología social, el que sub-

yace a la crisis, ha consistido en gran parte en enfrentarse a unos objetos radicalmente distintos de los de las ciencias naturales. Y sin embargo, debe ser el método el que tiene que adaptarse al objeto, y no al revés.

2) *La psicología social como historia*: el segundo desafío fue propuesto por Gergen al afirmar en un artículo titulado justamente «Social Psychology as History» (1973), que nuestra disciplina «trata con hechos que en su mayor parte no son repetibles y fluctúan notablemente con el paso del tiempo... El conocimiento podría no acumularse en el sentido científico usual, dado que éste no trasciende generalmente sus límites históricos» (1973, pág. 310). El propio Gergen, en un trabajo posterior (Gergen y 376

Anastasio Ovejero Bernal

Gergen, 1984, págs. XII-XIII) lo explica más detalladamente: «La psicología social tradicional a menudo se ha equivocado al creer en la permanencia, ha sido un campo principalmente dedicado a la investigación de los principios permanentes de la conducta humana. Al igual que las ciencias naturales, su principal esperanza fue localizar los procesos o mecanismos fundamentales que facilitarían la predicción (o control) de la conducta humana independientemente del contexto histórico.» Y, sin embargo, no son fáciles la predicción y el control de la conducta humana, ya que ésta no es universal sino que depende del contexto histórico, social y cultural: la psicología social no es una ciencia natural sino una *ciencia histórica*. Si despojamos a los fenómenos y procesos psicosociales de su dimensión histórica, los desnaturalizamos.

3) *Crisis ideológica*: el tercer desafío para la psicología social proviene de E. Sampson (1978), quien sostiene que la psicología social tiene su origen y sirve a las necesidades de una «sociedad capitalista de clase media, liberal, predominantemente masculina y orientada a la ética protestante» (pág. 1335). Es decir, que la disciplina está constreñida por todo un conjunto de valores sociales e ideológicos, como resume perfectamente Jiménez Burillo (1985) cuando dice que «tal vez la psicología social haya servido para justificar la desigualdad social». Más explícitamente lo explica Gross (1983, pág. 42) al afirmar que «la función ideológica esencial de la psicología social positivista y de la ciencia política consiste en *despolitizar* la ciencia social y presentar una imagen de ella como de un dominio neutral y objetivo de expertos técnicos que resulta inaccesible a los mortales corrientes y que es aplicado, para beneficio de toda la sociedad, por sus representantes democráticamente elegidos y orientados en tales asuntos por asesores tecnocráticos». Y es que, como escribe Deleule (1972, pág. 47), en una línea muy foucaultiana, la propia investigación sociopsicológica se encuentra ligada a la demanda social y a una ideología dominante, a la cual aporta su aparato técnico y su armazón teórico, operando, en última instancia, como parte del aparato ideológico del Estado que tiene el *encargo social* de evitar el recurso a la violencia física de los aparatos represores. Se trata, pues, de una tecnología de control social para prevenir problemas en la estructura que sostiene a los que detentan el poder.

La psicología social se hace ideología, precisamente por esa aceptación acrítica de la visión del mundo compartida por la comunidad científica, dándole a esa visión carta de naturaleza y construyendo sobre ella el propio armazón teórico y metodológico. Lo socialmente construido se transforma sutilmente en natural y obvio, haciéndose así opacas las determinaciones sociales de nuestro objeto de estudio, contribuyendo con ello al mantenimiento de los valores y creencias dominantes y del sistema de relaciones sociales a la que éstos sirven de apoyo y cemento (Crespo, 1995, pág. 94).

4) *Crisis de relevancia*: una de las críticas más frecuentemente repetidas y más tempranas (Ring, 1967) dirigidas contra la psicología social ha sido la de una supuesta falta de relevancia de sus investigaciones, a causa, sobre todo, de la masiva utilización del experimento de laboratorio. Como dicen Panyella y Rodríguez (1984, pág. 92), «el problema de la intrascendencia social de la investigación y de sus resultados constituye, posiblemente, uno de los principales ejes dinámicos en la configuración de la crisis. Aún más, se puede aceptar que sea el factor “disparador” con que se inicia el coro de manifestaciones que acentúan su importancia». También Jiménez Burillo (1977) cree que esta irrelevancia social es uno de los determinantes causales de la crisis, e incluso para Rodríguez González (1977) más que un determinante de la crisis es su componente principal. En suma, son muchos los autores que afirman que la causa de la crisis de la psicología social está sobre todo en su escasa capacidad mostrada para solucionar problemas sociales, hasta el punto de que incluso un autor conocido precisamente por su defensa a ultranza del experimentalismo en psicología social, como es Schlenker (1976, pág. 378) afirmaba: «Es cierto que nuestras teorías actuales no han probado todavía ser de gran utilidad en sus aplicaciones a los problemas del mundo real.»

5) *Crisis teórica*: a nivel teórico, el mayor descontento provenía de la existencia de dos psicologías sociales, descontento que se hacía mayor por el hecho, como dice Stryker (1983), de que mientras la psicología social psicológica era más bien una amalgama de diferentes pequeñas teorías a escala reducida sobre fenómenos particulares (comparación social, cambio de actitudes, atribuciones causales, etc.), sin que existiera un enfoque teórico global que introdujera coherencia en esas teorías y estableciera algunas relaciones sistemáticas entre ellas, en cambio, la psicología social sociológica, que sí disponía de un enfoque global teórico, sin embargo, no contaba con teoría de alcance más reducido cuyas implicaciones empíricas pudieran ser sometidas a prueba. Todo ello dio lugar a una enorme *fragmentación* de la teoría y a grandes dificultades para la construcción de un *saber acumulativo*, tan necesario en psicología social. Como dice Moscovici (1970), necesitamos rehabilitar una psicología social teórica que debería existir con el mismo estatus que una psicología social experimental. Sólo esta investigación teórica podrá liberar las energías cubiertas por la experimentación y reducir la dis-

persión, el fraccionamiento y la heterogeneidad que reina en este terreno.

6) *Aspectos éticos de la crisis*: finalmente, una parte de las críticas lanzadas contra la psicología social afectan a cuestiones de tipo ético, relacionadas también éstas con la utilización del laboratorio (hacer daño a los sujetos, invadir su intimidad personal, el engaño experimental, etc.). Es más, como escribe Gergen (1996, pág. 55), durante la mayor parte del presente siglo se ha hecho un intenso esfuerzo —tanto por parte de los científicos como de los filósofos empiristas— para apartar a las ciencias del debate moral. La meta de las ciencias, se ha dicho en general, consiste en proporcionar unas exposiciones precisas de «cómo son las cosas». Sin embargo, las cuestiones relativas a «cómo deberían ser» no son una preocupación científica importante. Es más, suele añadirse, cuando la explicación y la descripción teórica se ven recubiertas de valores, dejan de ser

Anastasio Ovejero Bernal

fidedignas o pasan a ser directamente perjudiciales, ya que distorsionan la verdad. Ahora bien, añade Gergen, que las tecnologías científicas *deban* utilizarse para diversos propósitos (como hacer la guerra, controlar la población o la previsión política) tiene que ser una preocupación vital para los científicos, pero tal como se ha dejado claro con frecuencia, las decisiones acerca de estos temas no pueden derivarse de la ciencia en cuanto tal. Para muchos científicos sociales, el ultraje moral de la guerra de Vietnam empezó a socavar la confianza en este enfoque existente desde hacía mucho tiempo. De algún modo la neutralidad de las ciencias, como medusas en un océano, parecía ser algo moralmente corrupto. No sólo no había nada acerca del aspecto científico que diera razón al rechazo de la brutalidad imperialista, sino que el *establishment* científico a menudo entregaba sus esfuerzos a mejorar las tecnologías de la agresión. Había, por tanto, una importante razón para restaurar y revitalizar el lenguaje del «deber ser». Todo ello exigía una *perspectiva crítica*, que no era algo nuevo, sino que, como mínimo, venía ya de los años 30 (Horkheimer, Adorno, Marcuse, Benjamin, etc.), mostrando que las pretensiones de verdad científica podían ser evaluadas en términos de los sesgos ideológicos que revelaban. «Para cualquier grupo preocupado por la injusticia o la opresión, la crítica ideológica es un arma poderosa para socavar la confianza en las realidades que se dan por sentadas propias de las instituciones dominantes: la ciencia, el gobierno, lo militar, la educación, entre otras. Como forma general, la crítica ideológica intenta poner de manifiesto los sesgos valorativos que subyacen a las afirmaciones de la verdad y la razón» (Gergen, 1996, pág. 56).

El resultado de la crisis parece aún difícil de evaluar, existiendo la perspectiva pesimista de quienes dicen que no ha ejercido efecto ninguno (Kressel, 1989; Jiménez Burillo y cols., 1992; Páez y cols., 1992b), y la más optimista de quienes afirman que a partir de los años 70, y como consecuencia directa de la crisis, se ha venido gestando en nuestra disciplina un nuevo paradigma caracterizado por el énfasis en los aspectos históricos, dialécticos y simbólicos de la conducta humana, el interés por la ideología, el reconocimiento del carácter activo de las personas, la preocupación por

el cambio y la resolución de los problemas sociales, el estudio de la vida cotidiana y la utilización de métodos alternativos de investigación (Ibáñez, 1990; House, 1991; Collier y cols., 1991; Montero, 1994a; etc.). Personalmente creo que la crisis, con sus componentes constitucionales, académicos y personales, ha sido muy útil y fructífera, como suelen serlo generalmente las crisis, al convertirse, por el conflicto que producen, en un verdadero motor del cambio social. De hecho, *a*) ha fomentado la búsqueda de métodos menos obstrusivos que los utilizados habitualmente por la psicología social tradicional y, en todo caso, ha hecho posible que se acuda, sin complejo de inferioridad alguno, a métodos no experimentales; *b*) ha permitido la ampliación del marco teórico en que deben desenvolverse las investigaciones psicosociológicas, incrementándose así la presencia de perspectivas poco habituales en la psicología social tradicional como la psicología social histórica, la psicología social dialéctica, la etogenia, etc.; *c*) ha servido paraLa construcción histórica de la psicología social 379

poner de relieve el compromiso sociopolítico del psicólogo social y para mostrar que «la psicología social se hace política no por tomar partido, sino como saber o ignorancia, como desvelamiento o encubrimiento de procesos implicados en nuestra vida cotidiana» (Torregrosa y Crespo, 1984, pág. 727); y finalmente, *d*) ha ayudado poderosamente al desarrollo y fomento de las aplicaciones en psicología social, con los efectos positivos que ello tiene.

En conclusión, tras la crisis las cosas ya no volvieron a ser como antes en nuestra disciplina, pues, como dice Ibáñez (1991, pág. 43), «los planteamientos críticos más radicales fueron cuestionando, uno tras otro, los diversos supuestos sobre los que se fundamentaba la pretendida *legitimidad científica* de la experimentación psicosocial, propiciando de esta forma un intenso *debate metateórico*», del que fueron saliendo una serie de psicologías sociales alternativas cuyas principales características podrían ser las siguientes (Ovejero, 1993e):

1) *Una mayor y más estrecha interdisciplinabilidad*, no sólo entre los distintos enfoques psicosociales (Stephen y cols., 1991), sino incluso con especialistas de otros campos, pues como subraya Parker (1989), en la antropología, la sociología y la historia hay discusiones más ricas y más sofisticadas que en la propia psicología social, y en la literatura, la filosofía y los estudios culturales más interesantes descripciones de la subjetividad.

2) *Un análisis metateórico* que nos permita contemplar la psicología social, las prácticas sociales y psicosociales y nuestro propio quehacer cotidiano con cierta distancia (véase Stam y cols., 1987). Este análisis metateórico es justamente el que nos permitirá poner los fundamentos para una psicología social auténticamente crítica y no opresiva, e incluso explícitamente emancipadora (Armistead, 1974; Parker, 1989; Sampson, 1991; Wexler, 1983; Ibáñez e Íñiguez, 1997).

3) *Una perspectiva socioconstruccionista*: una tercera característica de la Nueva Psicología Social está estrechamente relacionada con la anterior,

pues «ha ido emergiendo lentamente tras la crisis de la psicología social como un intento de hallar una metateoría que pudiera representar una alternativa válida frente al modelo empiricista de la ciencia que caracteriza a la corriente dominante en la disciplina» (Ibáñez, 1990, pág. 227). De ahí que, con Gergen (1982, 1985a, 1985b, 1992, 1996) a la cabeza, esta perspectiva ya ha conseguido aglutinar a muchos psicólogos sociales provenientes de otras líneas alternativas que tenían en común tanto el estar frente al positivismo como el estar a favor de una epistemología pospositivista, como es el caso de los partidarios de la teoría crítica, de la hermenéutica o del contextualismo.

4) *Deconstruccionismo y preocupación por los análisis lingüísticos*: tal vez una de las características más relevantes de muchas de las más recientes tendencias en nuestra disciplina, como la retórica, el textualismo y la psicología social posmoderna, estriba, para bien y para mal, en considerar en el hombre más *lo que dice* y sobre todo *cómo lo dice* que lo que es o lo380

Anastasio Ovejero Bernal

que hace. De ahí que casi siempre bajo la influencia del segundo Wittgenstein, se haga un especial hincapié en el análisis lingüístico y del discurso, y de ahí también el interés por el deconstruccionismo, ya que, como afirman Parker y Shotter (1990), nuestro conocimiento del mundo exterior y de nosotros mismos no viene determinado por la naturaleza de ese mundo exterior ni por nuestra propia naturaleza, sino más bien por los medios literarios y textuales que usamos para formular nuestros intereses y argumentos.

Nos encontramos, pues, al final de una trayectoria interesante y llena de posibilidades para la psicología social, pero no exenta de preocupaciones: la psicología social posmoderna supone en algunos aspectos una real vuelta a los sofistas griegos y al excepticismo nihilista de Gorgias, siempre a través de Nietzsche, Wittgenstein y Heidegger: si la Razón desaparece, sólo queda la voluntad, o lo que sería peor, la voluntad de poder. Y aquí es donde, nuevamente, comienzan las disputas y el debate entre las diferentes psicologías sociales alternativas, de forma que la psicología social de los primeros años del siglo XXI dependerá en buena medida, a mi modo de ver, de cómo se resuelva tal debate. De momento, son muchos los que critican el mero textualismo y la mera retórica, acusándoles de *fundamentalismo interpretativo* (Bhaskar, 1989; Crespo, 1991; etc.).

Desarrollo de la psicología social fuera de los Estados Unidos

a) *Psicología Social en Europa*: aunque ya hemos dicho que la psicología social nació en Europa, sin embargo, tal como existe hoy día es, sin duda, un producto típicamente norteamericano. Es más, a pesar de que muchos europeos contribuyeron de una forma muy importante a la psicología social estadounidense, sin embargo, hasta la década de los 60 no podemos hablar del inicio de una psicología social europea. De hecho, con su propia *Asociación Europea de Psicología Social*, fundada en 1963, con

ayuda norteamericana y auspiciada por el estadounidense John Lanzetta y con su propio órgano de expresión, el *European Journal of Social Psychology*, la psicología social europea se ha desarrollado enormemente durante los últimos años, existiendo ya algunas buenas revisiones, como la de Jaspars (1986).

Durante los primeros años 60 la psicología social europea dependía aún en un alto grado, tanto intelectual como económicamente, de la norteamericana, aunque fue paulatinamente independizándose de ella y manteniendo frecuentes relaciones con los psicólogos sociales de los países del Este, hasta el punto de que en seguida fueron conformándose sus dos principales características: estudio de la conducta social dentro de un contexto más social de lo que lo hacían los norteamericanos; y creación de una psicología social más crítica que la norteamericana e incluso en ocasiones marxista. Ambas cosas fueron reflejándose en las líneas de investigación más genuinamente europeas como la influencia de las minorías, las relaciones intergrupales, las representaciones sociales y los estudios sobre el poderLa construcción histórica de la psicología social 381

social. Con ello, los europeos intentan poner un mayor énfasis en la relevancia social de la psicología social que en sus problemas metodológicos, con lo que ya está empezando a superar muchos de los sesgos de la psicología social norteamericana. De hecho, Scherer (1993) llevó a cabo una investigación empírica para conocer el estado actual de la psicología social, en la que consultó a ochenta psicólogos sociales (cuarenta estadounidenses y cuarenta europeos), todos ellos muy conocidos en la disciplina. Les pedía que identificasen los principales desarrollos que, a su modo de ver, habían marcado el progreso de la psicología social durante los últimos veinte años. La tasa de respuesta fue del 80 por 100. Pues bien, entre la gran dispersión de respuestas obtenidas, Scherer encontró que los psicólogos sociales norteamericanos asignaban el primer lugar a la cognición social, mencionando la mayoría de ellos expresamente la teoría de la atribución. En cambio, los psicólogos sociales europeos colocaron en los primeros lugares los estudios sobre identidad social, sobre relaciones intergrupales y, algo menos, sobre representaciones sociales.

Por otra parte, sería realmente imperdonable no incluir aquí un apartado, aunque breve, sobre la psicología social en España. Pues bien, en nuestro país la psicología social, que surgió tardíamente como disciplina institucionalizada, está atravesando un período de gran desarrollo, con un gran número de publicaciones a lo largo de los últimos años, aumento de las cátedras y titularidades, etc. «El crecimiento de la psicología social en España durante los últimos años ha sido, pues, espectacular. La existencia de unos currículos propios de psicología se ha visto acompañada, como no podía ser de otro modo, por la incorporación de decenas de nuevos profesores a las labores de docencia e investigación en este campo del conocimiento» (Sabucedo y cols., 1997, pág. 177). Un reflejo claro de tal crecimiento lo constituyen las reuniones y congresos nacionales que han tenido lugar en nuestro país. Desde el Primer Encuentro de psicólogos sociales

españoles que tuvo lugar en Barcelona en septiembre de 1980, se han celebrado otros dos Encuentros, uno en Madrid (1981) y el otro, que publicó los trabajos presentados, en Las Palmas (1983), y seis Congresos Nacionales (Granada, 1985; Alicante, 1988; Santiago de Compostela, 1990; Sevilla, 1993; Salamanca, 1995; y San Sebastián, 1997). El séptimo cerrará el siglo en Oviedo, en el año 2.000. Además, la creciente participación de los psicólogos sociales en tales Congresos queda patente en el número de páginas publicadas en las respectivas Actas, desde las 716 (1 volumen) del Congreso de Granada, a las 1.670 del de Alicante (6 vols.), las 1.847 de Santiago (5 vols.), las 3.574 de Sevilla (9 vols.) o las 3.013 de Salamanca (5 vols.) (véase en Sabucedo y cols., 1997 un análisis de los trabajos presentados). Igualmente ha habido tres Encuentros de Psicología Social Hispano-Lusa: el primero en Tomar (Portugal) (1987), el segundo en El Escorial (1989) y el tercero en Lisboa (1992), de los que sólo del primero se publicaron las actas. Por último, también ha habido dos Encuentros de Psicología Social Hispano Soviética, el primero en Madrid (1988) y el segundo en Moscú (1991). Sólo del primero se publicaron las Actas encabezadas preci-382

Anastasio Ovejero Bernal

samente por un trabajo del profesor J. R. Torregrosa (1991) titulado *La Psicología Social española: Perspectivas de futuro*, que finaliza con estas palabras referidas a la psicología social en nuestro país (pág. 24): «Todo ello revela una gran eferescencia intelectual, una tensión creadora y una amplitud de perspectivas que permiten entrever un fructífero desarrollo durante los próximos años.»

Pero tampoco deberíamos olvidar nuestras raíces, que son realmente interesantes y de gran valor para nuestras actuales investigaciones, desde Juan Luis Vives, que ha sido considerado incluso el padre de la psicología moderna (véase Ovejero, en prensa), Juan Huarte (véase Pinillos, 1976), no sin méritos nombrado el patrono de los psicólogos españoles, Feijóo (véase Ovejero, 1995c) o, sobre todo, Ortega y Gasset (véase Torregrosa, 1985; Ovejero, 1992a, 1998) (pueden encontrarse sendas revisiones sobre la psicología social «precientífica» en España, en Pinillos, 1965, y sobre todo, Jiménez Burillo, 1976).

b) *Psicología social en la Unión Soviética*: como señala Munné (1985), suele creerse con frecuencia que las ciencias sociales han sido algo prácticamente inexistente en la URSS, creencia que es alimentada por ciertas fuentes occidentales, generalmente norteamericanas, claramente sesgadas, intencionada o inintencionadamente. Pues bien, tal creencia es falsa, al menos por lo que corresponde a la psicología social (véase Andreeva, 1979; Munné, 1985; Lomov, 1991), aunque los cambios profundos y bruscos que en 1991 tuvieron lugar en la antigua URSS por fuerza estarán produciendo importantes virajes en las ciencias sociales en general y en la psicología social en particular, virajes aún poco conocidos desde aquí. De ahí que en estas páginas hablemos aún de psicología social soviética, y no de la actual psicología social rusa.

Pues bien, a pesar de las grandísimas dificultades que tuvo la psicología

social para desarrollarse durante el régimen soviético, sobre todo en la época de Stalin, sin embargo, con la muerte del dictador comenzaron a cambiar las cosas, aunque muy lentamente, para nuestra disciplina, hasta el punto de que ya en 1957 Ananiev denunciaba, como un problema serio, la ausencia de una psicología social marxista. Y poco después, en 1959, Kovalév afirmaba que la psicología social, como fenómeno real, es la suma total de los sentimientos sociales, actitudes, experiencias, hábitos, ilusiones, etc., de una colectividad determinada, añadiendo que los objetivos más importantes de la psicología social son la formación y desarrollo de la personalidad a través de la colectividad, pero proponiendo que se le dé a la psicología social el estatus científico que merece dentro de la ciencia marxista-leninista. Ese cambio se acentúa y se afianza en 1963, año clave para la psicología social soviética. De tal forma que Ilitchev, presidente de la comisión ideológica del Congreso del Partido, al presentar un informe ante la Academia de las Ciencias sobre el estado de la ciencia en la URSS, afirma explícitamente que la psicología social es una rama importante de la ciencia psicológica, de gran valor, que está llamada a contribuir, según él, junto con la ideología, a la educación y formación del hombre de la socie-La construcción hist
órica de la psicología social 383

dad comunista. En consecuencia, procede realizar desde el marxismo investigaciones científicas en este campo, investigaciones que descubran las leyes objetivas del desarrollo y formación de la personalidad, las condiciones que influyen sobre dicho proceso y a veces engendran en el individuo contradicciones internas, y establecer a través de estas leyes las peculiaridades de los distintos grupos de población. Ésta era, en definitiva, la voz oficial del Partido. La psicología social no sólo dejaba de estar prohibida sino que incluso empezaba a disfrutar de un elevado estatus científico y social en la Unión Soviética. A partir de 1963 la actividad científica en psicología social se hace constante y va cada año en progresivo aumento: Kuzmin escribe en 1967 *La psicología social como ciencia*. Kolominski en 1969 la *Psicología de las relaciones interpersonales en la colectividad infantil*, etc. Este panorama optimista de los 60 continúa y se afianza en los 70. Una clara muestra de ello fue el IV Congreso de la Asociación de Psicólogos que tuvo lugar en Tbilisi en 1971 y en el que de 288 simposios realizados, casi un tercio (exactamente 87), se dedicaron a la psicología social. Ese mismo año, la Academia de las Ciencias funda el Instituto de Psicología, y en su programa se declara que la psicología social, junto con la psicoingeniería, es el campo que merece mayor atención y que hay que estimular la investigación en temas como la interacción en los grupos de trabajo, la formación de actitudes y el proceso psicológico de la opinión pública. Al año siguiente, Lomov, director del mencionado Instituto, interpretando las directrices del XXIV Congreso del PCUS, subraya que la psicología social es un componente indispensable en cualquier estudio científico de los problemas socioeconómicos, políticos, jurídicos e ideológicos. A partir de ahí, el desarrollo de la psicología social en la URSS fue imparable, publicándose ya numerosos e interesantes libros, como *La formación del concepto del otro como personali-*

dad de Bodalev, en 1970; *Qué estudia la psicología social*, de Platonov, en 1971; *Metodología y métodos en psicología social*, de Shorojova, en 1977, etc. En todo caso, existen en la psicología soviética dos tendencias claramente diferenciadas:

a) La primera, iniciada por Vygotski y representada por Luria, refleja la tendencia más social dentro del campo psicológico, aunque realmente no pasa de ser una psicología social en potencia. Para Vygotski, los fenómenos psíquicos superiores no tienen un origen natural sino social y, para explicarlos, se hace necesario ir más allá del organismo y buscar sus raíces en las relaciones interhumanas y en la historia de la sociedad. Pero no sólo es el Yo un producto de la historia sino también un producto de las relaciones sociales. Así, los procesos psíquicos superiores se desarrollan con las interacciones del individuo con sus semejantes y con la cultura de su entorno. Esta línea fue luego seguida por Luria, sobre todo en sus estudios sobre el desarrollo sociohistórico de los procesos cognitivos, en los que encontró que, por ejemplo, una revolución sociocultural provocaba profundos cambios en las estructuras psicológicas (percepción, inferencia lógica, etc.) de los sujetos que las vivían. Con ello creyó Luria que se verificaba experi-384

Anastasio Ovejero Bernal

mentalmente la tesis del marxismo-leninismo según la cual todas las formas básicas de la actividad cognoscitiva del hombre se formaron en el proceso social de la historia, es decir, que son un producto del desarrollo histórico y social. Para Marx el ser humano no se concibe como una mera resultante de su medio, como un organismo que se modifica con la experiencia, como ocurre, por ejemplo, en el conductismo. El ser humano no sólo produce la herramienta, sino que ésta también produce al ser humano. Como explícitamente dice Marx en la sexta tesis sobre Feuerbach, «la esencia humana no es algo abstracto e inmanente a cada individuo. Es, en realidad, el conjunto de sus relaciones sociales». De ahí la importancia que nuestra disciplina debería tener en una concepción marxista de la vida, como ya en su día hicieron autores como Vygotski (1973, 1979) o Bajtín (1993a, 1993b).

b) La segunda tendencia, representada sobre todo por Galina Andreeva, directora del Departamento de psicología social de la Universidad de Moscú, muestra la tendencia más reciente de la más auténtica y pura psicología social soviética. Para Andreeva (1979), la psicología social como disciplina académica debe desarrollarse en tres niveles metodológicos distintos y complementarios: *a)* el de los principios filosóficos del materialismo dialéctico; *b)* el de los principios metodológicos propios de la psicología social (entre los que cabe destacar el del condicionamiento sociocultural de los procesos psíquicos, lo que exige que éstos sean interpretados y explicados mediante el análisis de sus determinantes sociohistóricos); y *c)* el de las técnicas, especialmente la observación y la experimentación de campo de los grupos sociales. En cuanto a los contenidos, debemos comenzar diciendo que, también en la URSS, la mayoría de las investigaciones han sido suscitadas por necesidades prácticas concretas,

destacando las siguientes líneas de investigación: en primer lugar está todo lo relativo a la comunicación en sentido amplio (verbal, no verbal, etc.) (Koltzova, 1991); en segundo lugar, lo colectivo y las características psicológicas de los grupos, tanto de los macrogrupos (clases sociales, grupos étnicos, etc.) como de los grupos pequeños (véase Shijiriev, 1991); en tercer lugar, los estudios sobre la personalidad interesándose por las relaciones interpersonales, las actitudes y los procesos de socialización, principalmente; y, finalmente, las aplicaciones a la industria, a la educación, a la conducta asocial, etc.

c) *Psicología social en Latinoamérica*: los inicios académicos de la psicología social en la mayoría de los países de América Latina pueden ser ubicados, como afirman Sabucedo y colaboradores (1997), autores que seguiremos en la exposición de este apartado, a principios de la década de los 50 (Ziviani, 1978; Montero, 1989, 1993, 1994; Banchs, 1994; Lane, 1994; Rossi, 1994; etc.), a excepción de México y Chile que ya tenían antecedentes importantes, y sin olvidar las dos importantes obras de psicología social que a primeros de siglo publicó el argentino Carlos Bunge (*Nuestra América: Ensayos de psicología social*, 1903; y *Ensayos de psicología individual y social*, 1904). Y todo ello al hilo del reconocimiento social que la psicología empieza a obtener por aquellos años y de la profesionalizaciónLa construcción histórica de la psicología social 385

del rol de psicólogo. Y comenzó, también aquí, siguiendo el camino experimentalista trazado por la psicología social norteamericana. Sin embargo, ya a mediados de los 60 y sobre todo a lo largo de los 70, y por la necesidad de construir una psicología social que se acercara más a la explicación de la realidad latinoamericana, comenzó a surgir una corriente psicosocial que se fue apartando paulatinamente de la experimental, con lo que se fue perfilando una psicología social latinoamericana con características propias (crítica, aplicada y comprometida). En efecto, en esa época empezaron a producirse los cuestionamientos por la relevancia social de la disciplina así como por su validez y adecuación al contexto social e histórico de América Latina, con lo que comenzó a gestarse un enfoque psicosocial abiertamente crítico, destacando algunas obras de Gerardo Marín, J. M. Salazar, Maritza Montero, Aroldo Rodríguez, Ignacio Martín Baró, asesinado en El Salvador por los ultraderechistas, etc. Como señalan Sabucedo y colaboradores (1997, pág. 187),

la aparición de estas publicaciones van delineando cada vez con mayor nitidez un perfil propio, el cual si bien sigue coexistiendo con producciones que se enmarcan dentro de la tendencia anterior y la influencia norteamericana, va evolucionando hacia la definición de una psicología social relacionada con la problemática que estudia, que intenta adecuarse a realidades históricas y sociales específicas, que se pregunta por su potencialidad de aplicación y que se propone colaborar con la producción de cambios favorables y socialmente relevantes. Con esta óptica se trabajó desde mediados de la década de los 70 en la generación de teorías y métodos alternativos que pudieran resultar más adecuados,

constituyendo un claro ejemplo de todo ello la consolidación en diferentes países de América Latina de una psicología social comunitaria, inclinada obviamente a la intervención, que utiliza métodos no experimentales como la observación participante y que se autodefine como un instrumento para el cambio social. En esta misma línea se coloca la llamada psicología de la liberación, encabezada, sobre todo, por Martín Baró (1982, 1983, 1989). Otras líneas propias de la psicología social latinoamericana, en las que claramente se perciben estas características propias, son la psicología social de la salud, la psicología social ambiental y la psicología social política.

Conclusión

Desde tiempos inmemoriales, nuestros antepasados se han hecho las mismas preguntas que nos hacemos ahora: ¿cómo hace una generación para imponer su cultura a la siguiente?, ¿qué pasa en la vida mental del individuo cuando ese individuo se asocia con otras personas?, ¿qué es la naturaleza social del hombre?, de forma que sus respuestas pueden sernos de suma utilidad. Incluso sus errores podrán sernos útiles y hasta, en ocasiones, necesarios, al menos para no volver a tropezar en las mismas piedras. De ahí la necesidad de un enfoque histórico en nuestra disciplina,³⁸⁶

Anastasio Ovejero Bernal

principalmente porque tal enfoque puede proporcionarnos los fundamentos históricos de la psicología social actual. En este sentido, creo que puede aplicársele tanto a la psicología social como a todas las demás ciencias sociales lo que dice Jesús Ibáñez (1985, pág. 93) de la sociología cuando afirma que esta disciplina «nace de la Revolución (burguesa), de la Revolución política que transforma la estructura de las relaciones sociales y de la Revolución industrial, que transforma la estructura de las relaciones técnicas. Pero nace también contra la Revolución (proletaria): para acceder al poder, la burguesía movilizó a las (otras) clases oprimidas, y una vez que hubo accedido intentó parar su movimiento». Y si el origen de nuestra disciplina va unido a la revolución industrial, su desarrollo es inseparable del devenir del capitalismo norteamericano a lo largo del siglo xx. La psicología social no es sino el producto de unas condiciones sociales, culturales, económicas e históricas muy concretas.

Por otra parte, como afirma Crespo, la historia de la psicología social, como la del resto de las ciencias sociales, va estrechamente unida a la historia de la modernidad. De ahí que a la actual crisis de la modernidad le acompañe también una profunda crisis en la psicología social, y de ahí también que si la sociedad moderna está desapareciendo para dejar paso a una sociedad posmoderna, también la psicología social deberá cambiar y adoptar los postulados básicos del pensamiento posmoderno, como veremos en el capítulo XXVIII. En todo caso, parecen constatarse desde hace ya un par de décadas un fuerte empuje dentro de la disciplina para que ésta se abra más a la sociedad y a sus problemas, lo que a mi juicio sólo se está

notando de una forma importante en el ámbito de las aplicaciones sociales. A pesar de ello, creo que la psicología social no cambiará mucho en los próximos años, ya que resulta tremendamente difícil *reconstruirla*, pues pesan mucho las rutinas académicas, los intereses de escuela, los intereses de grupos dominantes, las dominancias ideológicas asociadas a esos intereses, etc. Sin embargo, mi escepticismo a este respecto no me impide ver las grietas que, tras la crisis de la disciplina, fueron abriéndose en el edificio de la psicología social positivista (véase Ovejero, 1993e).

capítulo XXVII

Modernidad y psicología social: orientaciones psicológicas y sociológicas

Introducción

La psicología y la psicología social son productos claramente modernos, surgen de la modernidad. Es el proceso de la modernización, con sus grandes subprocesos (la individualización, la secularización, la urbanización y la industrialización), lo que las hizo ya no sólo posibles sino hasta necesarias. Así, sin el proceso de individualización la psicología no hubiera tenido sentido; sin el proceso de secularización, los confesionarios seguirían haciendo innecesaria la psicología, que, además, como sabemos, es cosa de ciudades. Y, sobre todo, fue el proceso de industrialización el principal impulsor de los cambios sociales y de mentalidad que hizo necesaria la psicología y la psicología social a lo largo de la segunda mitad del siglo xix. De ahí que fueran surgiendo al hilo de estos procesos una serie de precursores de la psicología social (Vives, Huarte, Maquiavelo, Montaigne, Galileo, Hume, Bacon, Locke) incrementándose su importancia a medida que se desarrollaba sobre todo el proceso de industrialización, que fue precisamente el que aceleró la velocidad de los otros procesos a lo largo del siglo xviii y sobre todo del xix. No es raro, por consiguiente, que haya sido precisamente en Europa y en los países que más avanzados estaban en los procesos de modernización y de industrialización en los que a lo largo de la segunda mitad del siglo xix naciera la psicología y la psicología social, y que fuera a primeros del siglo xx y justamente en los Estados Unidos, el país más modernizado y más industrializado del mundo ya en aquellos momentos, donde más se desarrollaran estas disciplinas, y que lo hicieran con ánimo de predecir y de controlar la conducta de los *individuos* a través de la utilización de la *razón* y de la *ciencia*.

Todo ello se manifiesta en una *reflexividad* generalizada que es, según Giddens (1993, 1995) una de las características de la modernidad: «La reflexividad de la modernidad se refiere al hecho de que la mayoría de los aspectos de la actividad social y de las relaciones materiales con la naturaleza están sometidos a revisión continua a la luz de nuevas informaciones o conocimientos» (Giddens, 1995, pág. 33). La sociología y las ciencias sociales son, según el propio Giddens (pág. 10), «elementos inherentes de la reflexividad institucional de la modernidad». Uno de los ámbitos en que se plantea esta reflexividad es justamente el de la subjetividad, el de la interconexión entre las instituciones y la personalidad, entre las influencias universalizadoras y las disposiciones personales. En ese marco es, precisamente, en el que cobra sentido la psicología social, como saber reflexivo sobre la identidad y subjetividad socialmente construidas. Más en concreto, «para algunos, las ciencias sociales surgen al hilo de una primera crisis de la idea de la modernidad. Ésta será, precisamente, una crisis de confianza en la razón como fundamento de la libertad y felicidad humanas» (Crespo, 1995, pág. 37). Esta pérdida de fe en la razón es, para Ortega, lo que caracteriza la crisis de principios de siglo (1971, pág. 13): «La generación que florecía hacia 1900 ha sido la última de un amplísimo ciclo, iniciado a fines del siglo xvi y que se caracterizó porque sus hombres vivieron de la fe en la razón.» La razón principal de esta crisis es, según Ortega, la incapacidad para dar solución a los problemas humanos con la razón físico-matemática, que es la propia de la ciencia moderna. De ahí que por esa época, autores como Husserl, Dilthey o el propio Ortega y Gasset abrieran una vía de abordar los asuntos humanos más acorde con la naturaleza de tales asuntos, alejada de los supuestos de las ciencias naturales. Sin embargo, ello tuvo, a la postre, poca influencia en la psicología norteamericana que, por el contrario, se apuntó a un positivismo rancio que ya estaba comenzando a ser fuertemente denostado por los propios científicos naturales. Con ello la psicología y la psicología social abandonarían ese tipo de reflexiones que las caracterizaron en sus comienzos, ya que, como dice Habermas (1982, pág. 7), «el positivismo es eso: renegar de la reflexión».

En síntesis,

la industrialización y la transformación consecuente de las relaciones laborales y personales que ello conllevó, el desplazamiento de poblaciones, la apertura de nuevos mercados, la explotación colonial de otros pueblos y culturas, hizo que en el siglo xix fuesen especialmente agudos los conflictos sociales, tanto interclasistas como internacionales. La vida en sociedad se hizo especialmente problemática y difícilmente comprensible... El distanciamiento reflexivo del ciudadano moderno respecto a la sociedad, a la que se caracterizará como un ser dotado de sus propias leyes, supone, asimismo, la aparición de una perplejidad ante el comportamiento de los colectivos humanos, que parecen contradecir las leyes universales de la razón y la psicología. La irracionalidad no es una característica de los enfermos y de los seres primitivos, como antes se pensaba, sino que es también una característica de ciertas situaciones sociales. Por

otra parte, con la extensión del pensamiento romántico y nacionalista, cada vez se pone más en cuestión la universalidad de la psicología humana. En este marco de preocupaciones es donde surgirá la psicología social (Crespo, 1995, págs. 38-39).

Además, «si examinamos la historia de la civilización humana nos encontramos con que el hombre no actúa tanto como defensor de su interés individual sino más bien como asegurador de su posición social, de sus reivindicaciones sociales, de sus activos sociales. Valora los bienes materiales fundamentalmente como medios para este fin. La economía del hombre, en general, está supeditada a su relación social» (Polanyi, 1992, pág. 75). Sin embargo, a lo largo del siglo XIX aparece el *mercado* y lo trastoca todo. Y lo hace además con una brusquedad enorme, produciendo profundas transformaciones. Pero, como señala Polanyi, no es una cuestión de grado sino de calidad. Se indujo una reacción en cadena y la inofensiva institución del mercado desencadenó una enorme explosión sociológica: al transformarse la mano de obra y la tierra en bienes de consumo, el hombre y la naturaleza se sometieron al mecanismo oferta-demanda-precio, lo que significó la subordinación de toda la sociedad a la institución del mercado. En lugar de ser el sistema económico quien se hallaba inmerso en las relaciones sociales, eran éstas las que se encontraban ahora inmersas en aquél. En lugar de ser los ingresos consecuencia del rango y el estatus, ahora eran el rango y el estatus los que venían determinados por los ingresos, de forma que se invierte radicalmente la relación entre «estatus» y «contractus», con lo que el matrimonio y la educación de los hijos, la organización de la ciencia y la educación, de la religión y las artes, la elección de profesión, las formas de vida, las formas de compromiso, incluso a niveles de estética de la vida cotidiana, deben estar moldeadas según las necesidades del sistema. Pues bien, todos estos cambios, drásticos y bruscos, afectaron también, como no podía ser de otra manera, a las formas de pensar y de relacionarse de los humanos, exigiendo, pues, el surgimiento de una psicología y una psicología social consecuentes con ello y que ayudara a explicar estas nuevas formas de pensar y de relacionarse.

En definitiva, la psicología social surge al hilo del proceso de modernización y, por tanto, reflejará sus principales ideas y supuestos, es decir, los del Renacimiento y sobre todo los de la Ilustración, que se resumen principalmente en la *razón instrumental*. Y de hecho, la psicología social de todo este siglo ha estado bastante desencaminada a causa particularmente de estos dos errores ilustrados: *a)* creencia en el *individuo* como objeto fundamental de análisis, cuando de hecho el individuo aislado e independiente no existe; y *b)* creencia ciega en la *razón*, en el ser humano como un ser eminentemente racional, cuando de hecho somos más irracionales de lo que solemos creer, al menos en el sentido de que somos ante todo seres emocionales y afectivos. Pues bien, todos estos supuestos y problemas son reflejados abiertamente, como ya hemos dicho, por la psicología y la psicología social y, obviamente, por las principales orientaciones modernas que

veremos en este capítulo, tanto las psicológicas (psicoanálisis, conductismo390
Anastasio Ovejero Bernal

y cognitivismo) como las sociológicas (interaccionismo simbólico, teoría del rol y modelo dramaturgico).

Orientaciones psicológicas

Con toda seguridad podemos decir que, dado que la psicología social nació con un carácter de híbrido entre la psicología y la sociología, es esperable que, como así ha sido, sean sobre todo las orientaciones psicológicas y las sociológicas las que más han influido en nuestra disciplina. Y no existen muchas dudas de que entre las orientaciones psicológicas, las más influyentes han sido las siguientes:

a) *Psicoanálisis*: Con respecto al psicoanálisis, se dio un fenómeno curioso, pues mientras algunos psicólogos sociales decían que su influencia era enorme (por ejemplo, Krech, 1951, pág. 668), en realidad, tal influencia no se veía por ninguna parte, ni siquiera en quienes, como Krech, afirmaban su influencia. En todo caso, varias razones pueden dar cuenta de esta falta de influencia del psicoanálisis sobre la psicología social experimental (Hall y Lindzey, 1968, pág. 294): a) el psicoanálisis era visto como una teoría instintivista y la psicología social a partir de los años 20 se opuso al instintivismo; b) el pesimismo de Freud respecto a la sociedad es incompatible con el ambientalismo optimista de los psicólogos sociales; y c) el psicoanálisis ha estado siempre muy relacionado con la psicopatología, disciplina esta que en general no ha interesado a los psicólogos sociales. A pesar de ello, son muchos los autores que le conceden al psicoanálisis un papel relevante en nuestra disciplina. De hecho, guste o no guste, la influencia de Freud sobre la psicología social ha sido grande (véase Jiménez Burillo, 1993; Ovejero, 1993c), sobre todo en la escuela de cultura y personalidad y en la escuela de Fráncfort. Pero su influencia sobre la psicología social experimental ha sido realmente muy reducida, dado que su auge coincidió con el auge del experimentalismo en psicología social. Por otra parte, Freud escribió algunos libros realmente útiles para las ciencias sociales y para nuestra disciplina, como *Totem y Tabú* (1913), *Psicología de las masas* (1921), *El porvenir de una ilusión* (1928), *El malestar en la cultura* (1930) o *Moisés y el monoteísmo* (1939).

En concreto, las principales contribuciones del movimiento psicoanalítico a la psicología social son: 1) *Socialización del individuo*: en el proceso de socialización del niño se forma su Superyó. A partir del momento en que el niño internaliza las prohibiciones y prescripciones de la sociedad, su Superyó está formado. A través del proceso de identificación con personas importantes para él, el niño pasa a asimilar la cultura que prevalece a su alrededor, aunque el «Ello» jamás se socializa y ejerce una constante acción anti-social sobre la personalidad; 2) *Estructura y dinámica de la familia*:

sonalidad, sobre todo la familia, lo que se manifiesta abiertamente en sus trabajos (complejo de Edipo, complejo de Electra, complejo de castración, etc.); 3) *Psicología de grupo*: esencialmente, la postura de Freud en este campo consiste en que las relaciones libidinosas y la identificación con el líder, son las razones fundamentales que explican el agrupamiento de personas que constituyen un grupo psicológico; y 4) *Estudios sobre la personalidad autoritaria*: ya en sus comienzos el psicoanálisis criticó radicalmente los valores de la sociedad occidental. Fue una psicología que desenmascará las discrepancias entre las apariencias sociales y las realidades psicológicas subyacentes; reveló las dificultades que experimentaban los hombres y las mujeres en sus relaciones más íntimas; señaló cómo se utilizaba la autoridad de los padres para alienar al niño de sus impulsos básicos, etc. Sus críticas a la sociedad atrajeron la atención de muchos científicos progresistas liberales que se interesaban por las relaciones entre cultura y personalidad. Durante el período transcurrido entre las dos guerras mundiales, ese interés se manifestó en la iniciación de las investigaciones sobre autoritarismo: siguiendo el camino abierto, entre otros, por Fromm (1941) y también por Reich (1933), Adorno y colaboradores (1950), en una obra realmente magistral, procuraron comprender las raíces y corolarios del prejuicio combinando la orientación teórica del psicoanálisis con la metodología de la psicología social y la psicología clínica. La base de esta teoría es la siguiente: la necesidad del niño de reprimir rígidamente toda hostilidad hacia los padres conduce a una identificación con la autoridad y a una idealización de la misma, con un desplazamiento concomitante de la hostilidad hacia grupos externos que generalmente pertenecen a estatus inferiores, como ya vimos en el capítulo XIV.

En suma, pues, aunque Freud y el psicoanálisis apenas influyeron sobre la psicología social experimental, sí fue mucho mayor su influencia sobre la psicología social no experimental (véanse dos interesantes y largos capítulos sobre este tema, uno de Blanch, 1983 titulado «Psicoanálisis Cultural», y otro de Munné, 1989 titulado «Psicoanálisis Social»).

b) *Conductismo*: Tampoco el conductismo fue muy influyente en nuestra disciplina (véase Jiménez Burillo, 1980), tal vez porque el esquema E-R era incapaz de dar cuenta de la complejidad de los fenómenos sociales. De todas formas su influencia sí fue importante en algunos temas como el aprendizaje social (Miller y Dollard, Bandura, etc.), la persuasión (Hovland, Janis, etc.) y las teorías del intercambio y sus aplicaciones. A estos tres temas hay que añadir un cuarto que en las dos últimas décadas está alcanzando una gran relevancia: el entrenamiento de las habilidades sociales, que une la psicología social con la psicología clínica de corte conductista (véase Ovejero, 1990e). Sin embargo, hay que tener en cuenta que en su aplicación a la psicología social el conductismo se hace, al menos en mi opinión, menos conductista y más cognitivista, incorporando variables cog-

nitivas como las expectativas, etc. Por otra parte, donde sí ha sido determinante el conductismo, y la epistemología que le subyace, ha sido en la metodología de la psicología social, sobre todo a partir del influyente³⁹²

Anastasio Ovejero Bernal

manual de F. Allport (1924), autor que había recibido una fuerte influencia conductista de Holt. Esta influencia metodológica se plasmó en la experimentación de laboratorio de corte conductista que tanto «prestigio científico» dio a la psicología social durante varias décadas, pero que luego fue la principal causa de la crisis. En todo caso, conviene señalar que esta influencia metodológica del conductismo fue enorme en la psicología social psicológica, pero mucho menor en la sociológica, de tal forma que una consecuencia de la crisis está siendo precisamente el auge de las orientaciones sociológicas con su metodología no experimental.

Iniciado por Watson, el movimiento conductista, de inspiración positivista, evolucionista y hedonista, acaparó de inmediato la atención de los psicólogos norteamericanos. Posteriormente, autores como Skinner desarrollaron con gran éxito algunos de sus supuestos básicos. Sin embargo, el éxito del conductismo en términos del número de adeptos no es una sorpresa si tenemos en cuenta que las raíces filosóficas del pensamiento norteamericano se alimentan de las enseñanzas de la escuela empirista inglesa y del pragmatismo de William James. Con un gran rigor metodológico, el movimiento conductista desempeñó un papel destacado en la consolidación de la psicología como ciencia «respetable». El conductismo metodológico fue, y continúa siendo, una de las contribuciones más significativas de la psicología del siglo xx. El hincapié hecho en el rigor metodológico y la adhesión a las tesis darwinistas hicieron que los conductistas prefiriesen abiertamente la investigación con animales a la investigación con seres humanos, y tal vez por ello su influencia sobre la psicología social haya sido menor de lo que podría suponerse. En todo caso, como señala Crespo (1995, págs. 67-68), «probablemente la importancia de una psicología social conductista no estribe tanto en el desarrollo de programas sistemáticos de investigación y en la conformación de grupos o escuelas conductistas, cuanto en el reforzamiento de una concepción individualista de la psicología social». Tengamos presente, con Gergen (1996, pág. 35), que existía un alto grado de superposición entre la *teoría conductista*, la *metodología experimental* y, curiosamente, la *perspectiva metateórica* de los filósofos del empirismo lógico, de tal forma que estos tres cuerpos de discurso se apoyaban y sostenían mutuamente. Las exposiciones teóricas del funcionamiento humano se podían justificar recurriendo tanto a las inteligibilidades de orden metodológico como a las de carácter metateórico. Y todo ello a pesar de que el conductismo se decía ante todo *positivista* y que, por tanto, sólo se atenía a los *hechos*. Pero fueron surgiendo algunos modelos que, sin dejar totalmente de ser conductistas, ya asimilaban algunos conceptos cognitivos. Ése fue el caso de Albert Bandura (1987). Frente al conductismo clásico, que afirma que es el medio el que influye sobre el individuo, reaccionando éste de forma pasiva ante las presiones del mismo, Bandura sostiene que la conducta es el resultado de la

interacción de factores ambientales, personales y comportamentales, dando ya entrada a la cognición en la explicación de la conducta. «Las teorías que niegan que los pensamientos regulan las acciones no se prestan fácilmente a explicar la conducta humana» (Bandura, 1982, pág. 24). Modernidad y psicología social: orientacione s... 393

c) *Cognitivismo*: entre las orientaciones psicológicas, la que más ha influido en la psicología social ha sido sin duda la cognitivista (Ovejero, 1984c, 1985a), en la que podrían quedar englobados tanto los gestaltistas (Asch, Heider, Krech, etc.) como el propio Lewin y sus colaboradores y discípulos (Festinger, Zander, etc.) e incluso los más modernos autores de la teoría de la atribución y de la psicología social cognitiva (Kelley, Eiser, Hastorf, etc.). Nadie duda que la psicología social cognitiva está teniendo un desarrollo muy notable en los últimos tiempos. De hecho, en los últimos índices bibliométricos (por ejemplo, el de West, Newsom y Fanaughty, 1992) esto es algo que queda fuera de toda duda: la orientación cognitiva es la dominante en la psicología social de las últimas décadas. Tras un largo predominio del paradigma conductista en psicología durante muchos años, a lo largo de los 60 es sustituido por otro diferente: el paradigma cognitivo, según el cual el hombre es fundamentalmente un procesador de información y por tanto no será un respondiente neutral a los estímulos que se le presentan, sino que sus respuestas estarán en función de cómo interprete tales estímulos, o dicho de otra manera, de cómo procese esos estímulos. Pero ese procesamiento de la información se verá influido por una serie de factores de orden social (normas culturales, roles desempeñados, grupos de pertenencia, actitudes, prejuicios, etc.). Por tanto, si es cierto que no podemos entender el comportamiento humano sin acudir a sus componentes cognitivos tampoco podemos entender los procesos cognitivos sin tener en cuenta sus características psicosociales. En consecuencia, tal como veremos más adelante, se hace del todo indispensable la colaboración entre la psicología social y la psicología cognitiva. Pues bien, por parte de la psicología social no sólo se da actualmente esa colaboración, sino que fue siempre, al menos en parte, cognitiva, incluso mucho antes de la aparición del paradigma cognitivo. La psicología social fue un oasis de libertad cognitiva en la férrea dictadura conductista. Si la psicología social sociológica no tuvo que desterrar al sujeto, dado que el interaccionismo simbólico, ya desde Cooley y Mead, percibe claramente el peso de los factores y procesos cognitivos, no en vano los interaccionistas consideran la conducta como subjetivamente determinada en un contexto social específico, tampoco tuvo que hacerlo la psicología social psicológica gracias sobre todo a Kurt Lewin. «Lewin dejaba poco espacio a los motivos inconscientes de Freud o a las contingencias ambientales de Skinner. El resultado fue un énfasis unilateral sobre los factores cognoscitivos y conscientes a expensas de los aspectos más profundamente interiores o de aquéllos inmediatamente externos del comportamiento» (Schellenberg, 1981, pág. 131). Y una de las herencias de Lewin fue que la mayoría de los psicólogos sociales que se habían formado en los departamentos de psicología prestó siempre una gran atención a las

teorías y procesos cognitivos. De ahí que «la psicología social ha sido cognitiva desde hace mucho tiempo. Era cognitiva desde mucho antes de que se produjera la revolución cognitiva en la psicología experimental» (Zajonc, 1980, pág. 186). Cuando términos como «cognición», «conciencia», «mente», etc., estaban fuera del vocabulario de los psicólogos³⁹⁴

Anastasio Ovejero Bernal

experimentales, Krech y Crutchfield escribían (1948, pág. 77): «Cómo percibimos el mundo es un producto de la memoria, la imaginación, el rumor y la fantasía igual que estamos “percibiendo” actualmente a través de nuestros sentidos. Si queremos entender la conducta social, debemos conocer cómo todas las percepciones, memorias, fantasías se combinan, o se integran, o se organizan dentro de *estructuras cognitivas* actuales.» Y unos años después, ya podían decir Proshansky y Seidenberg (1965, pág. 38) que «el planteamiento de la cognición refleja la orientación general de la inmensa mayoría de los psicólogos sociales en lo que se refiere a comprender el comportamiento social».

Ahora bien, ¿por qué la psicología social ha sido siempre cognitiva? En primer lugar, porque si la psicología social pretende, entre otras cosas, estudiar al hombre tal como se comporta, no podía prescindir de ninguno de sus procesos psicológicos fundamentales, y tampoco, lógicamente, de sus procesos cognitivos. En segundo lugar, los fenómenos y conductas sociales son muy complejos y difícilmente explicables mediante un paradigma más simple como el propuesto por el modelo conductista. En tercer lugar, la psicología social trabajó tradicionalmente no con animales sino con sujetos humanos, y de ahí nuevamente la dificultad de aplicar el modelo conductista: era necesario comprender los aspectos cognitivos de los sujetos humanos si se quería entender su comportamiento. En cuarto lugar, también tuvo su peso el énfasis puesto en las actitudes, que ha sido siempre uno de los grandes temas de nuestra disciplina, y las actitudes fueron consideradas ya desde el principio como organizaciones cognitivas y afectivas. Finalmente, hay que tener en cuenta una serie de implicaciones y consecuencias de la Segunda Guerra Mundial, entre otras el hecho de que muchos psicólogos alemanes que huyeron a Estados Unidos (Heider, Asch, Lewin, Wertheimer, etc.) eran gestaltistas y estaban preocupados por el estudio de los procesos perceptivos y cognitivos.

En conclusión, pues, la psicología social fue siempre, al menos en parte, cognitiva, después de la Segunda Guerra Mundial se hizo mucho más cognitiva y en los últimos años más aún, constituyendo incluso lo que se ha venido en llamar psicología social cognitiva, hasta el punto de que Markus y Zajonc (1985, pág. 137), podían escribir que «hoy día psicología social y psicología social cognitiva son casi sinónimos. El enfoque cognitivo es ahora claramente el dominante entre los psicólogos sociales, no teniendo prácticamente competidores». Ahora bien, si, como señalan Martín y Clark (1990), en la investigación psicosocial tradicional los mediadores se estudiaban a partir de los datos de salida, actualmente se presta atención a los datos de los procesos, lo que ha llevado a un importante cambio, pasando de la conducta social a los mediadores con lo que las conductas y situacio-

nes sociales han quedado en gran medida relegadas, y con lo que la actual psicología social cognitiva ya no tiene prácticamente nada de social, como admite el propio Kelley (1992). Por tanto, la orientación cognitiva en psicología social, que siempre ha sido demasiado individualista, hoy día lo es en extremo. Y de ahí le vienen a esta corriente las principales críticas. Así, Andreeva le reprocha el haber aislado los procesos cognitivos de la activi-Modernidad y psicología social: orientaciones... 395

dad intencional, o el ignorar los orígenes de las estructuras cognitivas de los individuos. Simultáneamente, Thorndike (1976) la critica el haber sobrevalorado el papel del pensamiento en el estudio de la interacción social, ya que ésta es, a menudo, rutinaria, repetitiva y producto del hábito. Y es que la psicología social no ha sido, no lo es y creo que nunca podrá ser total y exclusivamente cognitiva, puesto que la conducta social también posee factores afectivos y motivacionales, además de culturales e históricos. Además, el cognitivismo tiene sus límites, y realmente un enfoque del hombre excesivamente cognitivo es peligroso, pues como dice Sampson (1981), «la perspectiva cognitivista ofrece un retrato de la persona como libre de implicarse en actividades mentales internas, de planear, de decidir, desear, pensar, organizar..., pero relativamente impotente o en apariencia no afectada respecto a la producción de cambios reales en su mundo objetivo y real». Por su parte, Taylor (1981), le critica al cognitivismo su olvido del afecto, siendo difícilmente justificable una orientación exclusivamente cognitiva cuando, en realidad, la mayoría de las cosas que nos suceden en la vida son afectivas, aunque esta deficiencia está comenzando a ser corregida, con la aparición de diferentes textos tendentes a subrayar los aspectos emocionales y motivacionales de la cognición (véanse otras críticas más recientes al cognitivismo en psicología social en Lopes, 1991; Shotter, 1991; y Bowers, 1991).

Pero el principal problema de la psicología social cognitiva estriba en su excesivo individualismo y su carácter asocial y ahistórico. Como dice Rodríguez Pérez (1993, pág. 69), «el modelo del ser humano que nos propone la psicología de la cognición social *está desprovisto de experiencia pasada, de expectativas, de sentimientos, de contexto social y cultural*». Ello podría superarse si se adoptase también un enfoque marxista del conocimiento, como en su día hicieran Vigotsky, Luria y Leontiev, para quienes, siguiendo los supuestos de Marx, es el ser el que condiciona la conciencia y no al revés. Es decir, son las condiciones objetivas de existencia las que conforman modos prevalecientes de cognición y de conocimiento.

En otras palabras, que los procesos cognitivos no son procesos ni autónomos ni individuales, sino que son, ante todo, formas ideológicas de representación de la realidad en las que juegan un importantísimo papel las diferencias entre grupos sociales con intereses antagónicos. Dichas cogniciones son en el plano individual el reflejo de condicionantes sociales que pueden, en el curso de la interacción, devenir en nuevos repertorios cognitivos que a su vez sirven de guías en los procesos de transformación o mantenimiento del orden social existente (Álvaro, 1995, pág. 86).

Y es que no necesariamente el pensamiento debe ser considerado como un producto meramente individual (Bruner, 1991). «Una segunda manera de concebir la vinculación del pensamiento con la vida social consiste, no tanto en entender el pensamiento como algo individual, susceptible de ser *afectado* por la actividad social, sino en considerar que el conocimiento es *construido* en la práctica social» (Crespo, 1995, pág. 132). Este enfoque

Anastasio Ovejero Bernal

puede implicar ya, como señala Crespo, una teoría social del conocimiento y tiene que ver con una de las transformaciones principales que se han dado en el pensamiento contemporáneo, como es el desplazamiento del foco de interés desde la conciencia al lenguaje. Una de las características de esta nueva situación consiste en lo que se ha llamado «giro lingüístico», según el cual la relación con el mundo y la operaciones constituidoras del mismo «pasan de la subjetividad trascendental a estructuras gramaticales» (Habermas, 1990, pág. 17).

En conclusión, la premisa fundamental del paradigma cognitivista, según la cual no es el mundo en sí mismo lo que determina la acción humana sino el modo como es percibido, le ha reportado a nuestra disciplina algunos importantes beneficios, pero también algunos graves riesgos. «Ciertamente, la revolución cognitiva ha sido un logro intelectual de primera magnitud. Ha logrado abrir un amplio panorama sobre la investigación excitante y sugerente, ha planteado un sinnúmero de nuevas e interesantes preguntas, y ha proporcionado soluciones creativas a los problemas de larga duración. Sin embargo, como espero poder determinar, el precio que ha pagado la psicología por estos logros es en realidad alto. Para los psicólogos sociales en particular, esta revolución es una desviación autoinmoladora de su principal cometido, el de esforzarse por resolver conceptual y prácticamente las complejidades de la vida social vigente» (Gergen, 1996, pág. 154). Y es que, añade Gergen, «al hacer hincapié en los mecanismos internos, los cognitivistas suprimen los problemas del mundo real en el que las personas están atrapadas». A mí, personalmente, me interesa más una psicología en la que quepan, y con carácter de protagonistas, términos como *dignidad, intencionalidad y libertad*. Y esa psicología no es ni el conductismo ni el cognitivismo, sino que va más bien por los derroteros de algunas otras corrientes, como el interaccionismo simbólico, la etnometodología, la etogenia y el socioconstruccionismo que es hijo del «giro posmoderno» (véase Ibáñez, 1992, y Lax, 1996).

Orientaciones sociológicas

Una de las consecuencias de la crisis de la psicología social fue el aumento del énfasis en las perspectivas interaccionistas. De hecho, en los últimos años han aparecido bastantes textos de psicología social expresamente concebidos bajo esta perspectiva, cuyo supuesto fundamental es que

la estructura social y la persona se influyen mutuamente (Stryker, 1977), que justamente es lo que permite, y hasta exige, este terreno fronterizo entre la sociología y la psicología, terreno que debe ser ocupado con toda legitimidad por esa disciplina también fronteriza que es la psicología social. Y es que, como decía Cooley, individuo y sociedad no son sino «dos caras de la misma moneda».

Las dos principales teorías en este campo son el interaccionismo simbólico y la teoría del rol, y ambas tienen varias características en común, Modernidad y psicología social: orientaciones... 397

principalmente que «las dos enfatizan la necesidad de analizar los fenómenos sociales desde la perspectiva de los participantes en los procesos sociales» (Stryker y Statham, 1985, pág. 312). Es más, como señala Sabucedo, las dos representan una alternativa a la orientación eminentemente intrapsíquica de la psicología social cognitiva. Mientras la teoría del rol tiene en cuenta la determinación que sobre la conducta de los sujetos ejercen las estructuras sociales, el interaccionismo simbólico se preocupa sobre todo de analizar cómo el sujeto va construyendo sus acciones en el proceso de interacción con los demás. A ellos debemos añadir la etnometodología.

a) *Interaccionismo simbólico*: ante todo debemos señalar que mientras la *teoría del rol* fue incluida ya en las tres ediciones del *Handbook of Social Psychology* (Sarbin, 1954; Sarbin y Allen, 1968; Stryker y Statham, 1985), el interaccionismo simbólico no lo fue en ninguna de las dos primeras. Una razón de ello es que tanto su desarrollo como su influencia ha tenido lugar hasta ahora exclusivamente dentro de la sociología. Pero en los últimos años parecen haber cambiado las cosas dentro de la psicología social lo suficiente como para que la tercera edición sí le incluya ya. Entre esos cambios podríamos mencionar los siguientes (Stryker y Statham, 1985, página 314): a) La psicología social se ha hecho aún más cognitiva, con lo que aumentó su interés por una perspectiva tan cognitiva como es el interaccionismo simbólico; b) El surgimiento de la «respetabilidad» de la experiencia subjetiva ha sido una de las características de la psicología social de los últimos años, con lo que el *self*, pieza central en el interaccionismo simbólico, cobró más relevancia, sobre todo como consecuencia del resurgimiento del pensamiento fenomenológico tanto en la sociología como en la psicología; c) El auge de las orientaciones humanistas entre los psicólogos sociales psicologistas (Heider, 1958; Gergen, 1982; Harré y Secord, 1972) hicieron posible que se tomase más en serio una perspectiva que históricamente había estado menos orientada hacia la ciencia «dura» que lo había estado la psicología social experimental; y d) Por último, ya que el interaccionismo simbólico ponía un énfasis considerable en la apertura de la acción humana, en las posibilidades de respuestas creativas más que de respuestas meramente reactivas, y en la posibilidad, en la realidad de la elección y de la autodirección en la experiencia humana, se hizo atrayente el actual talante humanístico de muchos psicólogos sociales sociológicos. De ahí que como hace unos años escribiera Torregrosa (1974, pág. XLVII), «la

posición interaccionista, a pesar de su enorme grado de generalidad, sigue siendo la única perspectiva que confiere un cierto grado de coherencia y unidad a las investigaciones psicosociológicas».

En concreto, «interaccionismo simbólico es la etiqueta aplicada por Blumer (1937) a una corriente psicosociológica caracterizada por un modo particular de entender y enfocar la interacción social, que emergen en los EEUU de entreguerras y que experimenta una notable revitalización a partir de los años 60» (Blanch, 1983, pág. 149). Como indica el propio Blumer, el interaccionismo simbólico descansa en tres supuestos fundamenta-398

Anastasio Ovejero Bernal

les. El primero es que los hombres se relacionan con las cosas, y con ellos mismos, de acuerdo con los significados que éstas tienen para ellos. El segundo es que esos significados surgen en el proceso de interacción social. Y el tercero es que la utilización, mantenimiento y modificación de esos significados se produce a través de un proceso activo de interpretación de la persona al tener que habérselas y tratar con los objetos —incluidos sus propios yoes— de su entorno. Por tanto, lo fundamental para esta teoría, por decirlo con palabras de Torregrosa, es el énfasis en la comunicación, el carácter procesual de la realidad social, así como el papel mediador y constructivo de la realidad social. George Herbert Mead, «padre» del interaccionismo simbólico, para quien la principal preocupación es la génesis y desarrollo de la conciencia, se pregunta por la posibilidad de estudiar científicamente la mente a través de la conducta (Mead, 1909, 1934) y responde afirmativamente a través de un complejo teórico que él llamó «conductismo social». «La psicología social es conductista en el sentido de que parte de una actividad observable —el proceso social dinámico en ejecución y los actos sociales que son sus elementos componentes— debe ser estudiada y analizada científicamente. Pero no es conductista en el sentido de pasar por alto la experiencia interna del individuo, la fase interior de ese proceso o actividad» (Mead, 1953, pág. 55). Mead estudia, pues, la génesis de la conciencia a través del proceso de interacción social en donde el lenguaje, el juego y la asunción del «otro generalizado» son otros tantos instrumentos claves explicativos. Es decir que para Mead, al igual que para Vygotski, la conciencia, el Yo individual, es un producto de la interacción social. Como señala Crespo, Mead considera abiertamente a la psicología social como una *ciencia social* dedicada al estudio de los procesos sociales que hacen posible la conciencia humana. El concepto de ser humano con que trabaja Mead es plenamente social, al sostener que son los otros quienes hacen posible el Yo. De ahí que Mead considere a la psicología social como una ciencia social en tanto en cuanto la socialidad se constituye como perspectiva propia. Lo característico de la socialidad no es la presencia de los otros como meros estímulos, como ocurría con el conductismo, sino la existencia de procesos que sólo son concebibles como *interacción social*, e incluso de procesos de *interacción social cooperativa*, pues como él mismo escribe (1909, pág. 407), «el origen probable de la comunicación humana se dio en la cooperación y no en la imitación» (véase Ove-

jero, 1990a). Para Mead, el lenguaje simbólico, que comenzó siendo gesto y terminó en lenguaje articulado, es el que hace posible la aparición de formas superiores de organización social que hacen posible el que surja una conciencia reflexiva. La capacidad de la persona de ser un objeto para sí misma sólo es posible gracias al lenguaje, pero esta capacidad no es consustancial al individuo, sino que es una característica de la interacción humana.

Tras la muerte de Mead, el interaccionismo simbólico se extendió por varias universidades norteamericanas, en donde ejercían discípulos directos o indirectos suyos. Un papel relevante en esta expansión fue protagonizado por Blumer, primero en Chicago y luego en Berkeley. Otros sociólogos que

cultivaron esta corriente (Strauss, Denzin, Becker, Stryker, etc.) se diseminaron por otros centros. Sin embargo, hubo dos universidades que se constituyeron en los principales focos del movimiento, Iowa y Chicago, que, compartiendo las características generales del movimiento interaccionista, poseen, sin embargo, rasgos propios, tanto teóricos como metodológicos, aunque coinciden en la utilización de métodos no reactivos como son la encuesta mediante entrevista y cuestionario, el estudio de casos individuales y sobre todo la observación participante (Denzin, 1970).

Por último, y tras pasar revista a las numerosas críticas que se le han hecho al interaccionismo simbólico, Meltzer y colaboradores (1975, pág. 120) concluyen que éste entraña dos graves deficiencias: la escasísima atención prestada al mundo de los afectos y sentimientos, y su marginación de los problemas de la estructura social. En efecto, «decir que los objetos se constituyen en la interacción simbólica es decir algo que, siendo cierto, puede acabar encubriendo toda la verdad. La percepción del objeto es siempre resultado de la interacción simbólica, pero de ningún modo lo es el objeto mismo. Reducir el objeto a su construcción en el proceso comunicativo es reducirlo a ser objeto del lenguaje y de pensamiento, no objeto real» (Carabaña y Lamo de Espinosa, 1978, pág. 181).

Por otra parte, aunque existe una cierta confusión y falta de consenso, generalmente se incluyen dentro del interaccionismo simbólico estas otras dos teorías, que nosotros analizaremos separadamente, pues a pesar de que todas ellas son interaccionistas, cada una posee características propias: la etnometodología y la teoría del rol o modelo «dramatúrgico».

b) *La etnometodología*: inspirándose en fuentes fenomenológicas (Husserl, Schütz), en la Escuela de Fráncfort y en la Lingüística, entre otras, la etnometodología, más que definida, ha sido «mostrada», en sus efectivas actuaciones por algunos de sus partidarios. Para Leiter (1980, pág. 4) la etnometodología «es el estudio del conocimiento del sentido común», entendiéndolo por ello aquel conocimiento, diferente del científico, no sistemático y acrítico, que las personas utilizan en el decurso de su vida diaria. «Como quiera que sea, parece haber acuerdo en que la etnometodología se instala en la realidad de la vida cotidiana, tratando de desvelar las reglas y convenciones implícitas, que se toman como presupuestos, reguladores de la conducta habitual de las personas» (Jiménez Burillo, 1981,

vol. I, pág. 116). Aunque tenemos un claro antecedente de la etnometodología en la obra de Alfred Schütz (1972, 1974, 1977), en la que desarrolló sus reflexiones sobre el desvelamiento de los presupuestos del estilo común en su actuación en la vida cotidiana, sin embargo, fue Garfinkel quien acuñó el término de etnometodología y quien, tras poner de relieve el desdén de la sociología por el mundo del sentido común y la vida cotidiana (con la excepción de Schütz, puntualiza), ha manifestado su propósito, justamente, en el objeto del análisis etnometodológico (Garfinkel, 1964, pág. 226). El principal interés de la etnometodología estriba en el estudio de las construcciones racionales vigentes en una sociedad dada, para lo que recurre a procedimientos que ya eran habituales en la etnología y en la

Anastasio Ovejero Bernal

antropología cultural comparada. Su objetivo principal consiste en conocer cuál es el saber que utilizan los miembros de una comunidad determinada para mostrar a los demás la intencionalidad de su conducta, pero siempre bajo el supuesto de que los individuos son agentes activos cuya conducta no está determinada por estructuras ni sociales ni culturales, sino que son activos y autónomos. Los etnometodólogos intentan comprender el conocimiento que manejan los sujetos de la calle en sus interacciones diarias, por lo que el objeto principal de sus investigaciones es el estudio del *sentido común*. Como dicen Resler y Walton (1983, pág. 278), «esta corriente representa un notable avance respecto de la teoría del aprendizaje o el interaccionismo, puesto que llega a comprender las verdaderas razones que dan los miembros de una sociedad para conducirse de la manera en que lo hacen».

Sin embargo, la etnometodología ha sido también muy criticada, sobre todo por Gleeson y Erben (1976) quienes, desde presupuestos marxistas, denuncian su proximidad a una ideología conservadora. Asimismo, por su influencia fenomenológica, es una teoría ahistórica que «congela» y desvincula los procesos de interacción de sus contextos sociopolíticos. La etnometodología, concluyen estos autores, es incapaz de estudiar el cambio social, identificándose con el liberalismo burgués y manteniendo la distinción entre ciencia social y vida cotidiana. En esta misma línea crítica, escribe Howitt (1988, pág. 19) que «prestando atención a lo que las personas dicen acerca de sus acciones, la etnometodología ignora las acciones mismas —y esto en el fondo, lo que las personas hacen, es central para la psicología social».

c) *Teoría del rol o modelo dramático*: con una antiquísima tradición literaria y con muchos antecedentes psicológicos, sociológicos y antropológicos, esta teoría concibe la realidad social como un escenario en donde se desarrollan las peripecias humanas. No en balde el término «rol» deriva etimológicamente del latín «rotula» que a su vez denota la hoja de pergamino enrollada que contenía el texto que el actor debía recitar. De ahí que su supuesto básico sea que la posición de los sujetos en la estructura social (médico, mujer, mendigo, gobernante, anciano, etc.) suscita en los otros, según esta circunstancia, unas expectativas de conducta. El problema estriba en saber si esas expectativas tienen existencia propia, independien-

temente de los individuos que eventualmente pueden desempeñarlos, o por el contrario, su entidad se agota en su efectiva realización personal. Como es lógico, los sociólogos subrayan el primer aspecto, mientras que los psicólogos suelen enfatizar más el segundo.

Dentro de esta teoría del rol destaca especialmente, por sus brillantes exposiciones de las posibilidades de la teoría, Erwin Goffman (1970a, 1970b, 1971a, 1971b, 1979), para quien la perspectiva dramática es la más idónea para estudiar la vida social, escribiendo textualmente (1971b, pág. 13): «Toda persona vive en un mundo de encuentros sociales que la compromete en contactos cara a cara o mediatizados con otros participantes. En cada uno de estos contactos tiende a representar lo que a veces se denomina una línea, es decir, un esquema de actos verbales y no verbales». Modernidad y psicología social: orientaciones... 401

por medio de los cuales expresa su visión de la situación, y por medio de ella su evaluación de los participantes, en especial de sí mismo». La idea básica de que parte Goffman es que la vida social es una representación, un gran teatro en que cada uno desempeña sus papeles y donde el individuo tratará de controlar las impresiones que causa en los demás, exhibiendo un despliegue ritual de comportamiento adecuado a esa óptima autopresentación.

Sin embargo, las críticas a Goffman han sido tan duras como las hechas a otras modalidades del interaccionismo simbólico, destacando las siguientes (Jiménez Burillo, 1981a): *a)* No se trata de una teoría explícita sino tan sólo de un marco descriptivo en donde se albergan observaciones anecdóticas más o menos ilustrativas, siendo raras las proposiciones empíricamente verificables; *b)* sus análisis se limitan a las relaciones cara a cara, excluyendo otro tipo de comportamiento; *c)* es reflejo de la sociedad de clases medias norteamericana, constitutivamente competitiva, en la que lo fundamental no es el esfuerzo, sino la «fachada», la pura apariencias; *d)* no explica qué motivos tienen los actores para su autopresentación ni por qué los otros la aceptan o rechazan; *e)* la estructura social aparece como constante, inmutable, no afectada por las personas, pareciéndose olvidar del cambio social; y *f)* es una metafísica, en suma, de la sociedad de consumo, donde la realidad misma es sustituida por símbolos y los procesos de comunicación se agotan en intercambios de buenas apariencias.

Todos los modelos vistos en este apartado comparten una visión de la realidad opuesta al estructuralismo. Las personas no son receptoras pasivas que van acomodando sus necesidades a las demandas del medio, sino, ante todo, actores que reconstruyen simbólicamente el mismo. Como escribe Blumer (1982, pág. 81), «la descripción correcta es que el individuo construye sus objetos basándose en su propia y continua actividad, en lugar de estar rodeado por objetos preexistentes que influyen en él y elaboran su conducta». Sin embargo, hay dos aspectos que deberían incorporarse a su esquema teórico (Álvaro, 1995, págs. 40-41):

El primero es que la conducta humana no puede ser reducida a sus aspectos simbólicos... Por otro lado, el interaccionismo simbólico, junto

con las teorías aquí reseñadas, debe prestar más atención a los aspectos estructurales y no sólo microsociales de dicha conducta. Los significados compartidos en el curso de la interacción deben ser entendidos en un contexto más amplio de relaciones desiguales de poder. La paradoja del hombre consiste en ser constructor de su medio y estar subordinado al mismo. Esta paradoja no puede ser explicada de forma completa sin tener en cuenta que los contextos históricos y culturales en que se da la conducta, así como las tensiones entre los grupos y clases sociales en cada época, constituyen factores determinantes de dichas construcciones simbólicas. Los procesos de interacción simbólica en que se da la aparición de la persona como ser social son imprescindibles para entender ésta, pero caeremos en un idealismo social si estas interacciones aparecen aisladas de la estructura social en la cual se dan.⁴⁰² Anastasio Ovejero Bernal

Conclusión

La psicología y la psicología social nacieron, como hemos dicho, al calor de los procesos que constituyeron la modernidad (procesos de urbanización, de secularización, de individualización y, sobre todo, de industrialización), de tal forma que tanto el origen como el desarrollo de la psicología son inseparables de la modernidad. Pero también la modernidad, además de que no era algo absolutamente monolítico, sino que englobó siempre una cierta diversidad, fue evolucionando. Todo ello se fue reflejando en los diferentes enfoques propuestos para interpretar lo psicológico, que iban desde el conductismo más radical, ingenuo y mecanicista, hasta el interaccionismo simbólico o el modelo dramaturgico. Sin embargo, a lo largo de las últimas décadas se están abriendo grandes grietas en la modernidad como consecuencia de los profundos cambios que se están produciendo (globalización de la economía, explosión de los medios de comunicación, consumo generalizado como la nueva religión, etc.), lo que está llevando a muchos a hablar de *sociedad posmoderna*. Ello por fuerza está exigiendo también planteamientos nuevos en psicología y en psicología social, provocados por este «giro posmoderno».

Capítulo XXVIII

El giro posmoderno y las orientaciones alternativas: la psicología social posmoderna

Introducción: el giro posmoderno

Sea una moda, como algunos vaticinan, o sea algo más profundo y duradero, como mantienen otros, a lo largo de los últimos quince años estamos respirando aires posmodernos en el campo intelectual y cultural. Yo también creo que es algo más que una mera moda. Hace muy poco decía Pinillos aquí, en Oviedo, en su discurso como doctor honoris causa por esta Universidad, que el posmodernismo, que «vendría a ser el oleaje producido por el naufragio de la modernidad», no está muerto sino, por el contrario, bien vivo. «Hoy resulta difícil negar que, con independencia de que nos agrade o no, de que sea bueno, malo o regular, el fenómeno posmoderno es una realidad con indiscutible presencia en los círculos intelectuales y artísticos de Europa y América, que parece haber prendido en la mentalidad de las generaciones jóvenes... A decir verdad, la confrontación actual entre modernos y posmodernos no es menos fuerte que la famosa querrela de antiguos y modernos que tuvo lugar durante la Ilustración» (Pinillos, 1996, pág. 230). De hecho, añade Pinillos, lo que se ve es una fortísima polémica y «la voz que en cambio ha enmudecido es la de los que en su día anunciaron la pronta muerte del posmodernismo». Los años han pasado y el posmodernismo sigue en pie y sigue muy vivo. Está vivo y está influyendo en todas las esferas sociales y culturales, entre las que también está, como no podía ser de otra manera, la psicología y psicología social (Kvale, 1992a), estándose conformando hoy día una psicología social de corte posmoderno (Gergen, 1992a, 1996; Ibáñez, 1994, 1996). Lo que aquí pretendemos es analizar algunos de sus presupuestos, pues

hombre se convirtió en la medida de todas las cosas, y la psicología en la religión secularizada de la modernidad... La religión como garantía de verdad fue reemplazada por las nuevas ciencias, los curas como mediadores de la verdad fueron sustituidos por los científicos... En una cultura relativista, sin reglas fijas y fundamentales, la guía moral para la vida debe buscarse en la psicología. La nueva psicología desempeña la tarea de la religión de proporcionar guía para la vida humana. Los curas como confesores fueron reemplazados por los psicólogos clínicos. Cuando una economía del consumo ha sustituido a una economía de producción, la ética de trabajo protestante está siendo gradualmente reemplazada por una psicología de la necesidad de gratificación y placer (Kvale, 1992c, págs. 53-54).

¿Cómo está influyendo todo esto en la psicología y en la psicología social?

Ciertamente la mayoría de la psicología sigue por derroteros modernistas, pero, fuera de los laboratorios ya se empiezan a levantar voces posmodernas que comenzaron con los filósofos de la ciencia, como Quine, Popper, pero sobre todo Kuhn, que fue quien lanzó el ataque más serio contra el pensamiento fundacionalista, y Feyerabend, quien en su *Against Method* ponía en duda la extendida creencia de que el conocimiento se deriva de la aplicación sistemática de procedimientos de investigación. Con todo ello, el fundacionalismo empieza a estar en retirada y comenzamos a entrar, como dice Gergen (1992b), en una era postempirista: el problema del conocimiento no ha sido resuelto, incluso hay quien afirma que es insoluble. La verdad parece ser un asunto de *perspectiva*, como ya hace más de ochenta años decía nuestro Ortega y Gasset (véase Ovejero, 1998). Y es que, como desde los años 30 vienen apuntando algunos teóricos críticos como Horkheimer y Adorno y más tarde especifica bien Habermas, las cuestiones de valor e ideológicas son sistemáticamente transformadas por los científicos en cuestiones técnicas. Así, los psicólogos han convertido en «hechos científicos» creencias cuyas totalmente ideológicas. Un ejemplo: durante décadas los psicólogos diferenciales venían afirmando que las mujeres eran inferiores a los hombres en inteligencia y los negros a los blancos, y que todo ello se debía a razones genetistas. La cuestión era más simple: eran sus propias creencias machistas y colonialistas, lo que les hizo «comprobarlas» empíricamente. Y es que, en definitiva, lo empírico no está por encima de lo moral y lo ideológico, sino al revés: lo empírico está por debajo, y a veces incluso al servicio, de la moral y de la ideología. Y es que, como muestra claramente Foucault, el saber es totalmente inseparable del poder, siempre con lo retórico por medio: para entender el carácter retórico de los «hechos científicos» hay que entender la base de su poder.

Este viraje posmoderno está afectando también a la psicología, lo que lleva a Kvale (1992c) a hablar de una clara incompatibilidad entre psicología y posmodernismo, con este argumento: la psicología es un producto de la modernidad que se desarrolló durante la Ilustración y que fue fundada como una ciencia a últimos del siglo XIX. Por consiguiente, los tér-El giro posmoderno y las orientaciones alternativas:... 405

minos *psicología y posmodernidad* son incompatibles, y *psicología posmoderna* es una contradicción en los términos. Y es que si entendemos la psicología como la ciencia del sujeto, al desaparecer el sujeto en la posmodernidad, una de dos, o bien desaparece la psicología o bien se reconvierte y se hace, por ejemplo, no ciencia del sujeto sino ciencia de las relaciones (Gergen, 1996). Más aún, en una época posmoderna, la psicología tiene que dejar de ocuparse de la psique para ocuparse del campo cultural: no psicología individual, sino psicología cultural (Ovejero, 1997, capítulo 1), centrándose sobre todo en la construcción lingüística y social de la realidad, y en la influencia del ambiente social y las relaciones interpersonales sobre el «Yo». Y esta nueva psicología posmoderna por fuerza tiene que abrirse al más amplio y fructífero enfoque interdisciplinar y multimetodológico, donde los análisis cualitativos y lingüísticos sean realmente protagonistas. En este sentido, la propuesta de Gergen (1992b) es interesante: en una época posmoderna, la psicología ya no puede ser la ciencia del individuo y de la psique. ¿Qué quedaría entonces? No está en absoluto de acuerdo Gergen con quienes proponen la desaparición de la psicología, sino que piensa que, por el contrario, el giro posmoderno enriquece a la psicología, que tendría estas tres importantes funciones (Gergen, 1992b): 1) *Avance tecnológico*: queda la psicología como tecnología. Las críticas posmodernas ponen en tela de juicio los avances teóricos de la psicología, pero no sus avances técnicos: en situaciones prácticas, la capacidad de predicción de la psicología puede ser alta y sumamente útil, aunque luego no sepamos realmente a qué se debe; 2) *Crítica cultural*: queda también el potencial de la psicología como crítica cultural. Los avances tecnológicos de la psicología son interesantes, pero también peligrosos. De ahí que deban ser complementados con la vertiente de crítica cultural. Debemos reconocer que, como psicólogos, estamos continuamente añadiendo constructos que llevan a la gente a percibir e interpretar el mundo de unas formas muy concretas. Así, por ejemplo, damos por hecho la existencia de la razón, la memoria, la emoción o la motivación, el estrés o la neurosis, cuando no son sino constructos creados por los psicólogos para explicar la realidad. Por tanto, son útiles, pero no reales objetivamente, aunque sí socialmente, en la medida en que los hemos incorporado los psicólogos a la realidad de la actual sociedad occidental. Pero con estos constructos favorecemos a unos segmentos de la población, mientras que perjudicamos a otros. Así, decimos que la razón es algo valioso, que la emoción es antirracional, que los hombres son más racionales que las mujeres y que éstas son más emotivas. Pero también se dice, y se cree, que la racionalidad es necesaria para puestos de responsabilidad, lo que implica que los hombres son más aptos para tales puestos; y 3) *La construcción de nuevos mundos*: para los modernistas la ciencia era un espejo que reflejaba exactamente la realidad y los científicos los «limpiadores del espejo». Sin embargo, para los posmodernistas, tal rol de los científicos era demasiado simple y pasivo. La ciencia no refleja el mundo sino que lo *crea*, lo *construye*. El papel de los científicos es mucho más

activo e importante de lo que, paradójicamente, pensaban los modernistas. Los psicólogos no somos los únicos que contribuimos a la construcción social del mundo, pero sí desempeñamos un papel importante, junto a los periodistas y a otras muchas personas y profesionales.

¿Qué es realmente el posmodernismo?

Ante todo deberíamos distinguir tres términos que con frecuencia se utilizan como sinónimos. *Posmodernidad*, que se refiere a la época posmoderna; *posmodernismo*, referido a la expresión cultural de esa época; y *pensamiento posmoderno*, referido a la reflexión filosófica sobre la época y la cultura posmodernas (véase una discusión sobre el término en Berg, 1991; Lyotard, 1986, 1989; y Madsen, 1992). En todo caso, por posmodernismo entendemos el movimiento intelectual iniciado por Lyotard (1979) y que concreta sus ataques a la modernidad en tres aspectos: la razón, el sujeto y su dimensión emancipatoria. Sin embargo, pronto surge un segundo tipo, abiertamente radical y hasta anarquista, que, manteniendo los dos primeros supuestos, sin embargo, no renuncia a la crítica emancipadora, sino que la mantiene y la radicaliza, aunque desde posturas sustancialmente diferentes a las del discurso de la modernidad. Los autores que entran en este apartado, aunque no pueden ser considerados realmente posmodernos, ya que sí creen en algunos grandes relatos, como la libertad o la emancipación del ser humano, sin embargo sí lo son, ya que, como ya hemos dicho, integran en sus planteamientos y propuestas conceptos centrales del pensamiento posmoderno y los colocan incluso en el centro de sus propias teorías. En definitiva, por utilizar una terminología marxista ya en desuso, diríamos que utilizan los argumentos posmodernos como estrategia fundamental de actuación.

El término *posmodernismo* es empleado a menudo para referirse a la transformación cultural general que está teniendo lugar a lo largo de los últimos años en las sociedades occidentales (Huyssen, 1990). Para Lyotard, el significado del posmodernismo está inextricablemente relacionado con las cambiantes condiciones del conocimiento y la tecnología, que están produciendo formas de organización social que están socavando los viejos hábitos, los vínculos y las prácticas sociales de la modernidad. Sería el producto social, político y cultural de un mundo y un conocimiento en constante y permanente cambio, donde nada es definitivo. También para Giddens (1993) se trata de una consecuencia obvia de la confusión creada por los recientes y profundos cambios que han tenido lugar en las sociedades postindustriales. El posmodernismo sería la consecuencia de los fracasos del programa de la modernidad. La gran narrativa del programa modernista asumió una lógica y un universo ordenado cuyas leyes podrían ser descubiertas por la razón y por la ciencia. Y a medida que el conocimiento sobre tales leyes se iría acumulando, podría ser utilizado en beneficio del género humano y eventualmente llevaría a la emancipación de la humanidad de la pobreza, la enfermedad, la ignorancia y la esclavitud (Lyotard, 1979). SinEl giro posmoderno

embargo, como señala Polkinghorne (1992, pág. 147), la fe en el programa modernista ha sido muy seriamente erosionado por las atrocidades de las dos guerras mundiales, el conocimiento de la crisis ambiental, la obstinación de los problemas de los guetos urbanos y la continuada posibilidad de un holocausto nuclear. Es decir, que en lugar de haber construido un mundo de prosperidad, salud y libertad, el modernismo ha producido una civilización temerosa de los instrumentos de destrucción desarrollados por su razón y por su ciencia. Además, por si ello fuera poco, los supuestos fundamentales del modernismo que proporcionaban la base para su programa científico de emancipación fueron socavados por los filósofos de la ciencia (Quine; Kuhn, Lakatos, Feyerabend, etc.). Esta pérdida de la fe en el proyecto de la modernidad es lo que suele conocerse con el nombre de *posmodernismo*. Como escribe Vattimo (1990, pág. 73), «ante todo hablamos de posmodernismo porque consideramos que, en alguno de sus aspectos esenciales, la modernidad ha concluido», y entre esos aspectos está la creencia en la racionalidad humana así como en la existencia de una verdad objetiva que, además, puede ser alcanzada por la razón humana. Y es que a lo largo del siglo XX han ido produciéndose una serie de acontecimientos científicos (teoría cuántica, teoría de la relatividad, etc.), algunas consecuencias terribles de la propia ciencia y de su desarrollo (explosión de la bomba atómica, amenaza nuclear, etc.), políticos (el nazismo y el holocausto), económicos (progresiva globalización de la economía) o tecnológicos (extensión de la tarjeta de crédito, explosión de los ordenadores, autopistas de la información, etc.), que han transformado radicalmente la modernidad y que han conseguido hacer añicos algunos de sus supuestos básicos, como la fe en la razón y en la ciencia, o la ya mencionada creencia en la objetividad y en la verdad. De hecho, los ilustrados quedarían de piedra si levantaran ahora la cabeza y constataran que este siglo XX, el siglo de la ciencia y la educación, en el que la escolarización ha alcanzado a la práctica totalidad de la población hasta los dieciséis años en los países occidentales industrializados, ha sido, a la vez, el más violento de los siglos, con más de cien millones de muertos sólo en Europa en contiendas bélicas y políticas. Todo ello ha terminado por dar la razón a Nietzsche, de tal forma que la posmodernidad ha terminado por identificarse con el posmodernismo filosófico que ya venía de atrás. De ahí que Vattimo pueda escribir (1987, pág. 145) que «se puede sostener legítimamente que la posmodernidad filosófica nace en la obra de Nietzsche». Según el filósofo alemán, «Dios ha muerto», es decir, las verdades absolutas ya no tienen cabida en el pensamiento del hombre. Según Nietzsche, añade Vattimo, con esta conclusión nihilista salimos realmente de la modernidad. Con palabras de David Lyon (1996), podemos decir que el nihilismo es el concepto nietzscheano que se ajusta mejor a esta sensación fluida e incierta de la realidad. Cuando la permanente actitud de duda de la razón moderna se aplica a la propia razón, el resultado es el nihilismo. Los supuestos sistemas de razonamiento, afirma Nietzsche, son en realidad sistemas de persuasión. Así

pues, las pretensiones de haber descubierto la verdad en realidad ocultan⁴⁰⁸
Anastasio Ovejero Bernal

lo que Nietzsche denominó «voluntad de poder». Quienes abrigan tales pretensiones se colocan por encima de aquellos a quienes exigen conformidad y, por tanto, los dominan. Todo ello significa que ya no podemos estar seguros de nada. La moralidad es una mentira; la verdad, una ficción. Todo lo que queda es la opción dionisiaca de aceptar el nihilismo, de vivir sin engaños ni fingimiento, pero con entusiasmo y alegría. De aquí se sigue que la diferencia entre verdad y error ha desaparecido, es meramente ilusoria. Fuera del lenguaje y sus conceptos no hay nada que pueda constituir —como dios— una garantía de la verdad. En este sentido, el posmodernismo supone el triunfo del *anarquismo epistemológico*. Más en concreto, el posmodernismo radical o anarquista se caracteriza no por una separación tajante entre modernidad y racionalidad, como hacen los críticos neoconservadores, sino por una profundización en la íntima vinculación entre ambas, con el propósito explícito de desvelar el carácter represor que conlleva la racionalidad moderna.

Sintetizando mucho —y simplificando, inevitablemente— podríamos decir que la crítica de la modernidad es una puesta en cuestión de la autoridad de un sistema de legitimación racional cuyos imperativos se hacen absolutos. Esta crítica no es nueva ni original; desde el relativismo lingüístico y romántico de Herder hasta el perspectivismo orteguiano, por ejemplo, se han cuestionado en el pensamiento occidental muchos de los presupuestos de la razón absoluta (Crespo, 1995, pág. 91).

Pero en la actualidad, son muchos los autores que pretenden radicalizar esta posición (Foucault, Giroux, etc.). Este posmodernismo, progresista y radical, no pretende volver al premodernismo sino ir más allá de él, superarlo. En absoluto supone una oposición frontal al discurso de la modernidad, sino que siguió su mismo camino, pero dando un paso más adelante y radicalizando la propia modernidad, a través de la *deconstrucción* del propio discurso de la modernidad. Es decir, si el discurso de la modernidad y de la ilustración exigían que los ciudadanos fueran seres reflexivos y críticos, el posmodernismo pretende utilizar esas mismas capacidades críticas para cuestionar los contenidos absolutistas y universalistas del propio discurso de la modernidad, poniendo en tela de juicio las creencias modernistas sobre la verdad, el conocimiento, el poder, las figuras de autoridad y las bases sobre las que se sustentan, el individualismo y hasta el propio lenguaje (Flax, 1987). Los filósofos posmodernos desafiaron así la premisa de que la razón puede proporcionar un fundamento objetivo y universal al conocimiento o que un conocimiento basado en la razón será socialmente beneficioso y asegurará el progreso. Desde el discurso de la modernidad (utilizar la razón con funciones fuertemente críticas), se ataca y se cuestiona la raíz misma de ese discurso de la modernidad (la fuerza universal y casi omnipotente de la razón), que tan funestos efectos ha tenido para la libertad humana. Y es que si a partir del Renacimiento tuvimos que aprender a

emanciparnos de la teología, ahora tenemos que aprender a emanciparnos de la metafísica y sobre todo de la metafísica de la ciencia. El giro posmoderno y las orientaciones alternativas:... 409

En suma, el posmodernismo es la forma de pensar que se desarrolla en la *posmodernidad*, y ésta, aunque podría ser vista como la faceta cultural de la sociedad posindustrial, sin embargo va más allá, extendiéndose a una serie de aspectos teóricos y de valores que están conformando la personalidad de los hombres y las mujeres de hoy día y que están guiando su conducta social y sus relaciones interpersonales, lo que exige también, obviamente, cambios profundos en la psicología y en la psicología social tradicionales, psicologías que fueron desarrolladas para otro tipo de hombre y para otro tipo de sociedad, el hombre *moderno* y la sociedad *moderna*. De hecho, existe incluso dentro de la psicología social, un posmodernismo que aunque sigue derroteros que ciertamente no son marxistas, menos aún son conservadores. Por el contrario, siguiendo las pautas marcadas por Nietzsche, Heidegger, Wittgenstein y Foucault, los psicólogos sociales posmodernos van por caminos nuevos, radicalmente contestatarios y emancipatorios, caminos que, de querer asimilarlos a alguna ideología del pasado, cosa realmente difícil, ésa sería el *anarquismo*, aunque para ello indudablemente deberíamos forzar y simplificar un tanto las cosas. Y, desde luego, si pretenden ser críticos y emancipadores, difícilmente podrán ya ser posmodernos en sentido estrictamente formal. Ahora bien, el movimiento posmoderno es demasiado amplio, heterogéneo y confuso como para poder entenderlo en todas sus dimensiones y definirlo con precisión. Probablemente aún nos falta la suficiente perspectiva temporal como para juzgarlo adecuadamente.

Psicología social y posmodernismo

La *modernidad*, tanto en el mundo capitalista como en el socialista, ambos herederos de la Ilustración, se caracterizaba por una firme creencia en la *razón* y en la *ciencia*, así como en sus efectos irrefutablemente beneficiosos, y en el hombre como *sujeto autónomo y racional*, así como en la *unidad* de la Historia y en el *progreso histórico* hacia un final brillante y feliz en la tierra. Sin embargo, todas estas creencias han ido haciéndose añicos a lo largo de este siglo, como consecuencia de una serie de «hechos», desde la filosofía de Nietzsche a la de Heidegger, desde la teoría cuántica hasta la de la relatividad, desde Heisenberg hasta Prigogine, sin olvidar la explosión de la primera bomba atómica en Hiroshima, el Holocausto y desde luego la caída del Muro de Berlín y del Imperio Soviético y, con él, de la idea y sobre todo la ilusión del comunismo (Furet, 1995), dando paso a una «era del vacío» (Lipovetsky, 1987) e incluso una «nueva Edad Media» (Minc, 1994) y, en todo caso, a una sociedad posmoderna. Todo ello, como no podía ser de otra manera, afectó también a la psicología social. De hecho, aunque tras la Segunda Guerra Mundial la psicología social vivió alrededor

de tres décadas de tranquilidad y esplendor, recibiendo una fuerte financiación y estando más que satisfecha por sus hallazgos tanto teóricos como metodológicos, siempre obtenidos ambos a partir de estudios experimenta-410

Anastasio Ovejero Bernal

les de laboratorio, sin embargo, hacia mitad de los 70, aunque la intranquilidad venía de atrás, comenzó a extenderse una fuerte tendencia a problematizar en profundidad tanto los valores inherentes a la psicología social como sus hallazgos teóricos y metodológicos, y hasta la propia metodología y los enfoques teóricos, epistemológicos e ideológicos adoptados. La psicología social entró en una profunda *crisis*: los psicólogos críticos cuestionaron la ideología individualista y explotadora subyacente a la investigación psicológica; las feministas pusieron en tela de juicio los sesgos androcéntricos inherentes en la teoría y en el método; a nivel epistemológico, los construccionistas cuestionaron la posibilidad de la existencia de un mundo independiente del observador e incluso se interesaron por las bases sociales de lo que entendemos por conocimiento, comenzándose a hablar más de metodologías cualitativas, por parte sobre todo de los psicólogos fenomenólogos, hermenéuticos, etc. Y hubo también un mayor interés por las formas de interdependencia humana, de forma que, por ejemplo, los ecopsicólogos buscaron conceptos que relacionaron la persona y el ambiente, los partidarios de la etogenia se interesaron por los ritos sociales en los que nos implicamos, los analistas del discurso estudiaron la relación de la mente con el lenguaje como un sistema de interdependencia social, etc. Y fueron surgiendo una serie de revistas contrarias al empirismo dominante como las siguientes: *Journal for the Theory of Social Behavior*, *New Ideas in Psychology*, *Mind and Behavior*, *Philosophical Psychology*, *Feminism and Psychology*, *Theory and Psychology*...

Si durante la Modernidad nadie dudaba de las bondades de la ciencia, ni de la firme fundamentación del conocimiento científico, ni del final feliz a que, antes o después, nos llevaría, inexorablemente, la ciencia, tampoco los psicólogos sociales teníamos muchas dudas de casi nada: teníamos las cosas muy claras.

Teníamos, por una parte, la compacta y compleja realidad de unos fenómenos psicosociales que articulaban la vida cotidiana de las personas y que, a veces, producían efectos muy poco afortunados, tales, por ejemplo, la hostilidad entre los grupos, la discriminación hacia lo minoritario o, simplemente hacia lo diferente, la sumisión a la autoridad, la indiferencia hacia las personas necesitadas de ayuda, etc. Teníamos, por otra parte, unos instrumentos que parecían eficaces para dar cuenta de esa realidad, para explicar esos fenómenos. Nuestro papel estaba claro. Una realidad por una parte, unos instrumentos para conocerla con exactitud por otra parte. Sólo debíamos verter, gota a gota, esos conocimientos en el gran embalse del saber, seguros de que, más tarde o más temprano, regarían las tierras áridas de los problemas sociales, haciendo florecer, como si de mil flores se tratara, el bienestar y la armonía en tierras de secano. Creíamos firmemente, desde la Ilustración por lo menos, en el poder intrínsecamente emancipador del conocimiento válido, válido por-

que científico (Ibáñez, 1994, pág. 7).

Pero los cambios sociales que fueron transformando la sociedad occidental a lo largo de las últimas décadas también fueron transformando laEl giro posmoderno y las orientaciones alternativas:... 411

psicología social, provocando el surgimiento y el progresivo desarrollo de perspectivas teóricas nuevas que, creo, podemos llamar posmodernas, y que consideraban que la psicología social es una retórica más de la verdad, cuya garantía de validez ya no descansa en el método utilizado sino en las consecuencias que tiene, en los efectos que produce y en las prácticas sociales a que lleva. Como escribe Ibáñez (1994, págs. 10-11), «la afirmación de que “esto es verdadero en función de su procedencia”, sea esta procedencia el Método, o bien la autoridad religiosa, o bien tal o cual doctrina, debe ser sustituida por “esto es aceptable en función de sus efectos”». En esta tarea, algunos psicólogos sociales posmodernos han puesto sus ojos en Foucault porque él proporciona un marco para mostrar los sesgos ideológicos y las relaciones de poder que se esconden en el discurso sociopsicológico. En consecuencia, el reto de la psicología social, actualmente, no es producir conocimiento irrefutable, sino, como señala Ibáñez, ir consiguiendo que todas las personas puedan preguntarse, con Foucault, cuando alguien afirma que lo que dice es «científico»: ¿qué efectos de poder está persiguiendo? Y es que, también en psicología social, la posmodernidad nos ha despertado del auténtico «sueño dogmático» y nos ha hecho ver que tanta ilusión con la ciencia y su método, con las verdades inapelables e irrefutables, con el progreso irrefrenable, etc., no era sino un sueño infantil, el maravilloso sueño de los Reyes Magos. La posmodernidad supone, pues, la mayoría de edad de la humanidad, con los inconvenientes y las ventajas que ello tiene. Por una parte, abandonar las ingenuas creencias e ilusiones de la infancia, pero, por otra, ganar en espacios de libertad, aunque ello, obviamente, posee también sus riesgos (véase Fromm, 1941).

Ahora bien, «abandonados los referentes absolutos, la psicología social sólo puede encontrar su propia justificación en la labor crítica que sea capaz de desarrollar» (Ibáñez, 1994, pág. 11), labor crítica que tendría como finalidad ir debilitando las condiciones de dominación sobre las que se asientan la explotación y la marginación que no sólo no han terminado con el progreso científico, sino que éste las ha incrementado hasta niveles absolutamente inaceptables. Pues bien, esta psicología social posmoderna ya se está construyendo. La verdad es que cuando hablamos de psicología o psicología social posmodernas nos referimos a algo sumamente heterogéneo. Ya el propio concepto de *posmoderno* es poco concreto, pues supone una mezcla, a veces extraña, entre fuerzas críticas a la modernidad y, menos, nuevas propuestas para una nueva sociedad, que incluyen aspectos optimistas y pesimistas. Y en psicología social, la oferta es aún más variopinta, desde los intentos de *reconstruir* la disciplina (Armistead, 1974) hasta los de *desconstruirla* (Parker y Shotter, 1990), pasando por una psicología social como análisis del discurso (Parker, 1992; Potter, 1997; Potter y Wetherell, 1987) o como una retórica (Bilgic, 1987), hasta la propuesta de una

psicología social explícitamente posmoderna y socioconstruccionista (Gergen, 1992a, 1992b, 1996; Roiser, 1997; Wetherell y Maybin, 1996). Por consiguiente, aunque la llamada psicología posmoderna esté siendo fuertemente criticada (Smith, 1994; Morgan, 1996), sin embargo está produ-

Anastasio Ovejero Bernal

ciendo unos cambios en la psicología y más aún en la psicología social que dejarán huella. Por ejemplo, la visión que los psicólogos tienen de la psicopatología y la psicoterapia, por fuerza cambiará tras la influencia de la perspectiva posmoderna (véase Monk y cols., 1997; Parker, 1997, 1998; Parker y cols., 1995).

En definitiva, las propuestas posmodernas están siendo, a mi modo de ver, altamente interesantes y útiles para la psicología, para equilibrar una visión excesivamente positivista, racionalista y hasta ingenua de la naturaleza humana, a la vez que puede proporcionar, fundamentalmente de la mano de Foucault, unos poderosos instrumentos de crítica para ayudarnos a construir una psicología social radical y emancipadora. Pero, a su vez, conlleva muy serios problemas, riesgos y limitaciones para la construcción de esa misma psicología social radical y emancipadora, pues el posmodernismo supone una seria amenaza para una agenda política radical de la disciplina, y sólo puede ser comprendida contextualizando la psicología en un contexto social e histórico más amplio. Ahora, afirma Parker, necesitamos enfrentarnos a dos tipos de peligros que surgen de los escritos posmodernos. El primero proviene de una adopción entusiasta de los remedios posmodernos, que es particularmente perniciosa en su vertiente relativista y amoralista, e ingenua en su paradójica mezcla de colectivismo y autonomía. El segundo proviene de que con su adopción pesimista y decepcionada de diferentes perspectivas, el posmodernismo incita a la crisis y estimula, por reacción, el cientificismo, el fundamentalismo, el individualismo y el organicismo. En definitiva, aunque el posmodernismo puede resultar muy útil para la psicología y la psicología social, sin embargo puede fomentar tendencias muy peligrosas, sobre todo si es adoptado por personas sin un programa radical previo. Por consiguiente, estamos ante un poderoso instrumento de reflexión y de análisis de la sociedad y de las relaciones interpersonales, pero que puede ponerse al servicio de una psicología emancipadora o bien al servicio de una psicología amoral y reaccionaria, pues aunque dentro de la psicología nos puede ser muy útil, el posmodernismo puede estar convirtiéndose en una nueva metanarrativa que deslegitime todo esfuerzo político por cambiar la realidad y por hacerla más justa.

Orientaciones alternativas

Ya hemos dicho que como consecuencia de la crisis de la disciplina y al calor de las nuevas propuestas posmodernas, están surgiendo, desde hace unos años, distintas corrientes alternativas a la psicología social tradicional que, aunque diferentes en algunos aspectos, poseen una serie de

presupuestos comunes. «Ese amplio denominador común pasa, entre otras características, por un *antipositivismo* contundente, por el reconocimiento del ser humano como «agente» parcialmente auto-determinado, por una sensibilidad particular hacia el carácter *histórico* o «construido» de las realidades psicosociales, por la centración sobre la importancia que repre-El giro posmoderno y las orientaciones alternativas:... 413

sentan el *lenguaje* y la *significación*, por la atención hacia la *racionalidad práctica*, por el interés hacia los procesos concretos de la *vida cotidiana* y por la conciencia de las implicaciones de todo tipo que se desprenden a partir de la propia *reflexividad del conocimiento*» (Ibáñez, 1990, pág. 208). De estas características comunes yo destacaría la preocupación especial por el lenguaje y por el discurso *como auténticos hechos psicosociales*, o como una clase de *interacción social capaz de construir los fenómenos psicosociales* (Antaki, 1994; Danziger, 1997; Edwards, 1996; Edwards y Potter, 1992; Harré y Stearns, 1995; Potter, 1996; Psathas, 1994; Riessman, 1994; Smith y cols., 1995; Soyland, 1994; Van Dijk, 1997, etc.), entre ellos los de racismo (Riggins, 1997), la psicoterapia (McLeod, 1997) y, sobre todo, los de género (Crawford, 1997; Wilkinson y Kitzinger, 1995; Wodak, 1997, etc.), formando parte esencial de la llamada psicología social feminista. Entre tales «nuevas psicologías sociales», todas ellas muy relacionadas entre sí (véase, por ejemplo, Shotter, 1993), destacaremos, siguiendo principalmente a Tomás Ibáñez (1990), las siguientes:

1) *La orientación de la teoría de la acción*: frente al mecanicismo del positivismo y de la psicología social más tradicional, particularmente el conductismo, la teoría de la acción descansa en la idea de la *naturaleza propositiva* del ser humano: la conducta humana es *intencional*, es *acción*, no mera conducta de reacción y respuesta. Bajo este epígrafe se sitúan una serie de corrientes, todas ellas muy influidas por la fenomenología, de las que destacamos estas cinco:

a) *La teoría de la acción*: como escribe Ibáñez, la escuela de Oxford, heredera del pensamiento del segundo Wittgenstein, se centró en el análisis del «lenguaje cotidiano», resaltando la extraordinaria importancia que presentan las referencias a las intenciones en la explicación corriente de la conducta. Los psicólogos debían atender al problema de las intenciones, aunque sólo fuese porque la forma en que las personas explican sus propias conductas y las de los demás incide sobre la conformación de esas conductas. Lo extraño es que esta corriente no haya tenido tradicionalmente más adeptos, ya que tanto el problema de la atribución de intenciones a los demás como el problema de la comunicación de las propias intenciones, temas ambos muy estudiados por nuestra disciplina, planteaban directamente la cuestión de la producción y la interpretación social de los *significados*. Sólo la fuerza del positivismo y el férreo control que ejercía dentro de la psicología social lo impedía. Pero tanto el declinar del positivismo como las aportaciones del segundo Wittgenstein facilitaron el desarrollo de una teoría de la acción centrada sobre una imagen del hombre

concebido como un agente propositivo, capaz de autodirigir su conducta, dotado de racionalidad práctica e implicado en actividades de construcción y de desciframiento de significados. En esta línea, algunos autores (Harré y cols., 1985; Ginsberg y cols., 1985) defendieron que la tarea básica de la psicología social pasa por explicar las acciones humanas, entendiendo por *acción* todas aquellas conductas que están dotadas de intencionalidad y de

Anastasio Ovejero Bernal

significado, y aplicando el término *conducta* a la simple manifestación corporal de las acciones, es decir, los movimientos corporales meramente mecánicos.

b) *El análisis de las explicaciones cotidianas*: esta corriente sí tiene algunos importantes antecedentes en psicología social, como la *teoría de la atribución*, que al tener sus raíces en la fenomenología de Heider se interesaba por el pensamiento ingenuo, por las inferencias del sentido común y por sus manifestaciones en las situaciones concretas de la vida cotidiana, o la *etnometodología*.

No es casualidad que la investigación sobre «las explicaciones cotidianas de la conducta» se haya articulado principalmente en suelo británico y que una de las primeras monografías dedicada a este tema, bajo la dirección de Charles Antaki, recoja esencialmente estudios realizados tanto desde la teoría de la acción como desde la teoría de la atribución (Antaki, 1981). La evolución de este enfoque se ha caracterizado por una acentuación de la influencia de la herencia wittgensteiniana, en el sentido de que se ha focalizado cada vez más sobre la naturaleza y las particularidades del lenguaje cotidiano, hasta entroncar prácticamente con el enfoque del «*análisis del discurso*» (Antaki, 1988) (Ibáñez, 1990, pág. 216).

c) *Análisis del discurso*: Como afirman Kottler y Swartz (1996), cada vez se reconoce más ampliamente que las metodologías positivistas necesitan complementarse con otros métodos de análisis y modelos de interpretación (Cook y Howard, 1992; Green, 1992; McNally, 1992), entre ellos el análisis del discurso. Con una variopinta raíz filosófica (estructuralismo francés marxista, pensamiento wittgensteiniano, etnometodología fenomenológica y postestructuralismo), esta corriente se centra en el análisis del *lenguaje* y sobre todo de las *prácticas discursivas* de los agentes sociales (Antaki e Íñiguez, 1996; Íñiguez y Antaki, 1994; Potter, 1996, 1997; Potter y Wetherill, 1987; Potter y cols., 1984).

Esencialmente, el análisis del discurso implica el desarrollo de hipótesis sobre los propósitos y las consecuencias del lenguaje... El hecho de que el discurso esté orientado, conscientemente o no, hacia unas funciones particulares, que a su vez provocan un montón de variabilidad lingüística, nos indica que el discurso se está usando constructivamente. El modelo realista asume que la organización del discurso refleja la naturaleza de las entidades que describe. Sin embargo, para el análisis del discurso el lenguaje se conecta y se construye con unos propósitos y para obtener unas consecuencias determinadas... La noción de construcción enfatiza, una vez más,

que el discurso está orientado hacia la acción: tiene consecuencias prácticas. En un sentido profundo, por tanto, se puede decir que el discurso «construye» nuestra realidad vivida (Wetherell y Potter, 1996, págs. 65-66).

En consecuencia, «el análisis del discurso trata al mundo social como un texto, o mejor dicho, como un sistema de textos que el investigador puede “leer” sistemáticamente para examinar los procesos psicológicosEl giro posmoderno y las orientaciones alternativas:... 415

subyacentes, procesos que la disciplina psicológica atribuye a la maquinaria existente en la mente del individuo» (Parker, 1996, pág. 79).

d) *Aproximación retórica*: otro de los enfoques teóricos que está teniendo bastante éxito en los últimos años en diferentes ciencias sociales y humanas es el retórico, destacando nombres como Perelman en el campo de la filosofía, Michael Billig en el de la psicología social, Shotter en el de la teoría social o Bajtín en el de la teoría literaria. Recordemos la afirmación de Habermas de que los movimientos postestructuralistas y deconstruccionistas de la filosofía moderna intentan dar primacía a la retórica sobre la lógica. Y es que estamos ante una corriente fundamental en la época actual. En efecto, como subrayan Sabucedo y colaboradores (1997), ese rechazo a la retórica hay que situarlo en el marco del racionalismo imperante en la Edad Moderna y en las creencias existentes respecto a la relación entre opinión y verdad. Así, escribe González Bedoya (1989, pág. 7) que «para quienes la verdad puede surgir de la discusión y el contraste de pareceres, la retórica será algo más que un simple medio de expresión, un elenco de técnicas estilísticas, como la consideran aquellos para quienes la verdad es el fruto de una evidencia racional o sensible». El carácter de desafío al pensamiento científico tradicional que supone el enfoque retórico, lo señalan Perelman y Olbrechts-Tyteca (1989, pág. 30) al afirmar que «la publicación de un tratado dedicado a la argumentación y su vinculación a una antigua tradición, la de la retórica y la dialéctica griegas, constituyen una ruptura con la concepción de la razón y del razonamiento que tuvo su origen en Descartes y que ha marcado con su sello la filosofía occidental de los tres últimos siglos». Pues bien, estoy de acuerdo con Sabucedo en que los nuevos movimientos de pensamiento que se están produciendo a lo largo de las últimas décadas están favoreciendo la vuelta al interés por la reórica. Y no olvidemos que, como señalan autores como Billig (1989) o González Bedoya (1989), la retórica surge en momentos de explosión democrática y participación ciudadana en la vida pública y desaparece en los momentos políticos autoritarios.

Entrando ya en los contenidos de esta corriente, tenemos que comenzar recordando la afirmación de Billig (1985) de que existe un aspecto de la cognición que tiende a ser olvidado con demasiada frecuencia: *la argumentación*. De ahí que la corriente retórica lo que pretende, ante todo, sea subrayar el aspecto argumentativo que existe en la vida social, por lo que vuelve su atención hacia la antigua retórica y hacia los sofistas, para quienes ante cualquier cuestión era siempre posible encontrar dos opiniones que podían tener el mismo nivel de verosimilitud. Lo

importante de esta posición es el reconocimiento de que ante una propuesta o afirmación determinada los sujetos pueden elaborar una contrapropuesta o contraafirmación, frente al *logos* existe un *antilogos*, lo que refleja que el sujeto humano tiene capacidad para la negación, lo cual se traduce en su capacidad crítica (Billig, 1986, pág. 16; Billig y Sabucedo, 1994). En suma, 416 Anastasio Ovejero Bernal

el planteamiento de la retórica defendido por Billig, por tanto, se aleja de las aproximaciones cognitivas más al uso en la psicología social. No recurre a las motivaciones individuales ni al procesamiento de la información para dar cuenta del comportamiento y actuaciones de los sujetos; el conocimiento es considerado como algo socialmente compartido, y es en este aspecto donde existe un nexo de unión entre el planteamiento de la retórica y el de las representaciones sociales. Las similitudes entre ambos planteamientos se hallan, básicamente, en la idea de la naturaleza social del conocimiento y en el énfasis puesto en el sujeto como ser pensante. Frente a aquellos planteamientos deterministas que ven al individuo como una caja negra que se limita a dar respuesta a estímulos provenientes del medio, o como un ente sometido a las determinaciones estructurales del medio en el que se halla, tanto el enfoque retórico como el de las representaciones sociales tienen como modelo un sujeto pensante» (Sabucedo y cols., 1997, págs. 153-154).

En cuanto a las críticas, a la corriente retórica se le han hecho prácticamente las mismas que al análisis del discurso. Así, tanto Reicher (1988) como Martínez (1990) la critican por no tener en cuenta variables como las de poder, y olvidar los aspectos extraargumentativos, lo que está relacionado con la crítica que Bhaskar (1987) hace al paradigma lingüístico en el análisis de la conducta social en cuanto que margina aspectos ajenos al propio lenguaje como el control y el cambio social.

e) Etogenia: propuesta inicialmente por Harré y Secord (1972) y desarrollada posteriormente por Harré (1979), se basa en la idea del hombre como agente activo y resuelto que elige libremente, y se opone rotundamente a la experimentación en psicología social proponiendo que cambie el escenario para investigar, sustituyendo el laboratorio por la calle, los bares o los estadios de fútbol, es decir, que Harré propone que la psicología social se haga allí donde interactúan las personas de la vida real, para lo que utiliza como técnicas metodológicas tanto *análisis de episodios* como *análisis del lenguaje*, siempre bajo la influencia de la fenomenología. De hecho, como escribe Stryker (1983, pág. 32), «el reto más profundo y serio a las corrientes dominantes en la psicología social psicológica o psicología social sociológica es el lanzado por los puntos de vista de la fenomenología radical». En síntesis, la etogenia postula un modelo del hombre según el cual el uso del lenguaje es propiedad esencial distintiva del ser humano y la conducta social debe concebirse como acciones mediadas por «significados», no como meras respuestas a estímulos. Explicar la conducta social consiste básicamente en descubrir los significados que le son subyacentes. Así, para dar a entender a alguien que se le está despidiendo con cariño se pueden desplegar conductas diferentes como hacer gestos

con la mano o con los dedos o agitar un pañuelo, pero lo importante es el significado que se transmite (por ejemplo, agitar los pañuelos significa cosas totalmente diferentes cuando se hace en un puerto marítimo al salir el barco, agitarlo en una plaza de toros o en un estadio de fútbol). En este sentido, uno de los estudios etogénicos más conocidos es el que llevaron a El giro posmoderno y las orientaciones alternativas:... 417

cabo hace ya unos años Marsh, Rosser y Harré (1978) sobre la violencia de los *hooligans* británicos. Contrariamente a la opinión generalizada según la cual la conducta de estos «gamberros» es enormemente violenta y fuera de toda lógica, estos autores llegaron a la conclusión de que existen unas reglas y códigos concretos que regulan las relaciones entre los grupos de contendientes, reglas que hacen que tales conductas colectivas tengan efectos menos dramáticos de lo que podría esperarse. De hecho, el dramatismo con que los medios de comunicación informan de estos hechos no se corresponde con su gravedad, ni con las lesiones sufridas por los participantes en tales altercados. A través de una serie de entrevistas a algunos *hooligans* y de la observación de su comportamiento real, Marsh y colaboradores concluyeron que existe una serie de claves que sirven para regular tales comportamientos y poner fin a la hostilidad, destacando entre tales claves el abandono del «territorio» y el reconocimiento de la superioridad del otro grupo. Y evidentemente, todo ello no lo podemos conseguir en el laboratorio, sino en los escenarios reales en los que se desarrolla la vida social cotidiana.

2) *La orientación dialéctica*: aunque con frecuencia se califica a las teorías que siguen esta orientación de postmarxistas, sin embargo, hunden sus raíces en Marx, aunque, eso sí, pretenden ir más allá del marxismo clásico. Se incluyen aquí las siguientes teorías:

a) *Psicología social dialéctica*: este movimiento teórico, que es una propuesta en la que han participado diferentes autores (Baumgardner, Buckmore, Kytte, Gergen, Georgoudi, Rappoport, etc.), está siendo aplicada a diferentes campos psicosociológicos y cuya principal utilidad proviene de que, al oponerse a toda separación persona/situación, científico/sociedad, etcétera, puede ayudar a solucionar uno de los mayores problemas que tiene planteados la psicología social, el de la indisolubilidad de individuo y sociedad, y el consecuente de la interacción social, que es, a la postre, el objetivo primordial de nuestra disciplina. Así, la psicología social dialéctica afirma rotundamente que la sociedad está intrínsecamente relacionada con el individuo. Y por ello propone métodos que, a diferencia del experimento de laboratorio, sean capaces de captar esa unidad intrínseca. De hecho, ya Marx en los *Manuscritos* hablaba de que no existe oposición entre el individuo y la sociedad. Aquí es precisamente donde esta corriente hunde sus raíces marxistas. Más en concreto, este enfoque posee una serie de implicaciones fundamentales para el campo psicosociológico (Georgoudi, 1983): 1) Una reorientación básica hacia un examen de las relaciones sociales concretas como *procesos* antes que como momentos estáticos; 2) la necesidad de una perspectiva *contextual evolutiva*, o sea, una perspec-

tiva que coloque estos procesos en un contexto sociohistórico; y 3) una reformulación tanto del «individuo» como del «mundo social» como actividades concretas de relación o *relaciones sociales*. Implícito en esta conceptualización está la interconexión fundamental del individuo y sociedad como se ejemplifica en la acción humana. En consonancia con esto la psicología social dialéctica enfatiza, ante todo, la naturaleza *relacional* de los

Anastasio Ovejero Bernal

objetos, así como su carácter eminentemente *procesual y evolutivo*. El punto de vista relacional, como señala Ibáñez, va mucho más allá de las formulaciones en términos de interacciones y se niega a considerar como *categorías ontológicamente independientes* unos objetos que sólo pueden existir en virtud de su *relación recíproca* y de la interdependencia de sus respectivas definiciones. Por último, descaquemos, con Ibáñez (1990, pág. 219), tres implicaciones fundamentales de esta teoría para nuestra disciplina: 1) Lejos de ser el sujeto pasivo de los determinismos sociales, el individuo desempeña un papel activo en la constitución de la realidad social y, por tanto, la psicología social debería reconocer el carácter intencional y creativo del ser humano; 2) como consecuencia de la naturaleza procesual de los fenómenos, no debemos olvidar que las «cosas» no están constituidas de una vez por todas, sino que están en un proceso de constante devenir, de permanente creación y recreación, de constante reproducción y transformación. La dimensión diacrónica adquiere, pues, una importancia primordial en el análisis de la realidad y se enfatiza de esta forma el aspecto *histórico* de los fenómenos sociales. En este sentido, la psicología social debería abandonar sus tendencias ahistóricas y reconocer plenamente la naturaleza histórica de los fenómenos que investiga; y 3) finalmente, de la misma manera que no podemos separar la persona de la sociedad, tampoco podemos desligar la ciencia de su contexto histórico de producción. Así pues, toda ciencia está indefectiblemente impregnada de los valores dominantes de la cultura en la que se desarrolla y los científicos tienen, por tanto, un papel activo en la conformación de su sociedad.

b) *El contextualismo*: aunque se trata de una corriente alternativa que, hasta ahora, no ha tenido una gran influencia en la psicología social, sin embargo resulta interesante que la analicemos aquí porque, además de que sí existen ya algunos interesantes estudios sobre ella (Georgoudi y Rosnow, 1985a, 1985b; Nosnow y Georgoudi, 1986), «presenta características muy similares a las de la orientación dialéctica» (Ibáñez, 1990, pág. 219). Estamos ante una corriente abiertamente posmoderna, ya que, contrariamente a la etogenia de Harré, se muestra crítica ante las epistemologías realistas, rechazando todo dualismo entre apariencia y realidad, y negando que existan estructuras más profundas ocultas detrás de los acontecimientos tales como se manifiestan «realmente». En efecto, como señala Ibáñez, junto con su aceptación de que todo conocimiento es «limitado», en el doble sentido de que es una construcción resultante de una serie de prácticas sociales históricamente situadas, y de que carece de sentido pretender que alcance

jamás a ninguna «verdad» definitiva, el contextualismo enfatiza el carácter organizado de la *totalidad contextual* en la que transcurren los acontecimientos humanos. No existe, en efecto, añade Ibáñez, un mundo de elementos discretos e independientes que se manifiesten con independencia de la totalidad en la que se insertan. Así, ninguna actividad humana puede analizarse con independencia del entorno cultural y del contexto sociohistórico de significados y de relaciones sociales en que acontece. Pero seríaEl giro posmoderno y las orientaciones alternativas:... 419

erróneo suponer que el propio contexto constituye una categoría *ontológica* independiente. El contexto existe a través de los actos que constituye, de la misma forma que *los actos sólo existen en relación al contexto que los constituye*. Hay, pues, concluye Ibáñez, en el contextualismo una concepción dialéctica subyacente que guarda cierto parecido con el concepto de doble estructuración de Giddens: la gente construye los contextos mediante sus discursos, sus relaciones y sus prácticas, a la vez que estos elementos están, ellos mismos, construidos por el contexto. Por otra parte, el contextualismo rechaza la dicotomía entre teoría y práctica, y niega tanto la posibilidad de una supuesta independencia entre el objeto y el sujeto, entre lo conocido y el cognoscente, o entre la observación y su instrumento, como la posibilidad de una ciencia que esté «libre» de valores.

c) *Teoría Crítica*: Habermas, máximo representante actual de la Teoría Crítica, les niega a las ciencias sociales la posibilidad de un conocimiento de tipo predictivo a la vez que subraya los efectos emancipatorios de sus conocimientos. Por otra parte, en relación con su conocida distinción entre los tres tipos de «intereses» (interés por el control y la predicción, interés por la comprensión e interés por la emancipación), que subyacen a tres tipos de conocimientos o de ciencias (las positivistas, las hermenéuticas y las críticas), Habermas desarrolla las implicaciones del interés por la comprensión (Habermas, 1981), lo que le lleva a centrarse en la actividad de la *intercomprensión*. De esta manera, para él, aquello que funda lo social y sin lo cual éste no podría existir es precisamente la *actividad comunicativa*, dado que es a través de ella como se instaura la comunidad de significados y de perspectivas sin la cual ninguna otra práctica social podría desarrollarse. Así, la práctica de la discusión y de la argumentación, o si se prefiere, la *retórica*, entendida en su sentido estricto, aporta el requisito previo de inteligibilidad compartida sin el que las acciones y las interacciones sociales no podrían realizarse.

Este énfasis sobre la categoría de la comunicación como condición de la producción de sentido y de la interpretación de la experiencia social desemboca sobre la rehabilitación de la importancia que tiene la *razón práctica* para la actividad propiamente social, y sobre la afirmación de que la racionalidad práctica también es susceptible de ser evaluada en términos de su grado de «verdad». En otras palabras, Habermas considera, como también lo hace Hilary Putnam, que los valores, o la ética, lejos de constituir una pura cuestión de preferencias subjetivas, pueden ser enjuiciados según su grado de verdad (Putnam, 1981). Ahora bien,

esto conduce a concebir la verdad como el acuerdo alcanzado por medio de la *discusión crítica*, en una línea muy próxima a la que defiende el neopragmatismo americano (Rorty, 1982). Esta concepción de la verdad sitúa, por consiguiente, en un primer plano la necesidad de desvelar los factores que conducen a una *comunicación distorsionada*. Es en este punto donde reaparece, sin duda, el compromiso de Habermas con una *teoría crítica* que fomente las condiciones de una posible *emancipación social* (Ibáñez, 1990, págs. 224-225).⁴²⁰ Anastasio Ovejero Bernal

Por consiguiente, esta teoría crítica «reincide por tanto en muchos de los presupuestos comunes que caracterizan a las nuevas orientaciones en psicología social: énfasis sobre los aspectos hermenéuticos de lo social, importancia de la razón práctica, interés por la comunicación en la vida cotidiana, atención hacia los procesos que permiten construir la intersubjetividad, sensibilidad crítica hacia la naturaleza y los efectos del conocimiento científico-social, preocupación por articular saberes emancipatorios...» (Ibáñez, 1990, pág. 225).

3) *La orientación hermenéutica*: aunque esta orientación estaba ya presente tanto en la sociología interpretativa de Weber, como en la sociología fenomenológica de Schütz o incluso en el interaccionismo simbólico, sin embargo, tanto Heidegger como Wittgenstein añadieron un elemento fundamental: la ubicuidad del lenguaje y la imposibilidad de trascender sus límites. Esta herencia la recoge Georg Gadamer (1960) quien afirma que no sólo son las ciencias sociales, las ciencias humanas o las ciencias históricas las que están vinculadas con la interpretación y con los límites trazados por el horizonte lingüístico-cultural en que se desenvuelven, sino que todo saber formulable, incluido el saber de las ciencias naturales, descansa, en última instancia, sobre presupuestos hermenéuticos y sobre las *pre-interpretaciones* inherentes al lenguaje. Es más, por decirlo con palabras de Ibáñez, todo saber encuentra sus condiciones de inteligibilidad en el seno de un «círculo hermenéutico» inescapable. Cada uno de los elementos participa en la construcción del significado global y, no obstante, cada elemento adquiere, a su vez, su sentido en función de ese significado global que, sin embargo, no existiría sin él. Nada adquiere significado si no es a través de su incorporación a un marco interpretativo que predetermina en parte el significado posible de cualquier elemento parcial. Este marco interpretativo está siempre condicionado por nuestra posición dentro de una tradición histórica y cultural. Sin duda, esto pone en entredicho el concepto mismo de una *interpretación «verdadera»* que alcance a un supuesto significado «objetivo» encerrado en los propios límites del «texto». Toda interpretación es relativa a sus condiciones socio-históricas de producción y a los anclajes culturales y lingüísticos del sistema de significados que la articulan. Las «pre-concepciones» son, a la vez, la condición de posibilidad y el estricto límite de la comprensión. Esta línea ha sido desarrollada, además de por Giddens y por Habermas, sobre todo por Paul Ricoeur (1986) y por Charles Taylor (1985, 1997).

4) *La orientación socioconstruccionista*: como un intento explícito de presentarse como una alternativa al modelo tradicional de la ciencia, posi-

tivista y mecanicista, el construccionismo social, que tiene en Keneth Gergen su principal representante, va ganando cada vez más adeptos, provenientes de diferentes posiciones alternativas al positivismo tradicional, lo que se ha visto facilitado por el hecho de que el construccionismo social se ha ido abriendo a las aportaciones de muy diversas fuentes de inspiración como la hermenéutica, la teoría crítica, la orientación dialéctica, la sociología fenomenológica, el contextualismo o los puntos de vista wittgensteinia-El giro posmoderno y las orientaciones alternativas:... 421

nos, hasta el punto de que Tomás Ibáñez llega a preguntarse (1992), «¿cómo se puede no ser construccionista hoy en día?», aunque a continuación añade (pág. 17) que «lo que de verdad es asombroso no es que se pueda no ser construccionista hoy en día sino que algunos seamos construccionistas. Todo predispone, en efecto, a no serlo, y quienes no son construccionistas lo tienen en realidad muy fácil. Basta con dejarse llevar por la corriente, basta con no ser críticos respecto de algunas de las evidencias mejor arraigadas en nuestra cultura, basta con dar por buenos los postulados básicos de la Modernidad».

Basándose en las investigaciones de Wittgenstein sobre las «convenciones lingüísticas», el construccionismo exige que no se acepte la «evidencia» con que se nos imponen las «categorías naturales», y que se investigue el grado en que los mencionados referentes pueden no ser sino meras construcciones sociales y culturales, o meros productos de las convenciones lingüísticas. Es creencia generalizada que los científicos *descubren* una realidad que es externa e independiente de ellos, es decir, objetiva. Sin embargo, «la realidad supuestamente hallada es realidad inventada y su inventor no tiene conciencia del acto de su invención, sino que cree que esa realidad es algo independiente de él y que puede ser descubierta» (Watzlawick, 1989, pág. 15). También desde la perspectiva de la biología, Varela (1989) se añade a esta corriente construccionista rechazando las aproximaciones objetivistas y subjetivistas al tema del conocimiento y defendiendo el de la participación e interpretación que supone que sujeto y objeto estén inseparablemente unidos entre sí. Ello se aplica directamente a la psicología social, aunque no sólo a ella, dado que suele adoptar como objetos de investigación las entidades o los procesos a los que hacen referencia los conceptos, acuñados en nuestro lenguaje, como si se tratara de *categorías naturales* cuya realidad, puntualiza Ibáñez, está atestada por el simple hecho de que forman parte de nuestro vocabulario. Por ejemplo, se supone que la «agresión» es una característica ontológica, objetiva, puesto que tenemos una palabra para designarla, cuando realmente es construida. Todo ello ha permitido interesantes estudios sobre la agresión (Gergen, 1984) o las emociones (Harré, 1986) como constructos sociales, es decir, no como categorías naturales sino construidas. Pero los conocimientos, incluidos los científicos, no sólo son construidos socialmente, es que también vienen determinados cultural e históricamente, por lo que no podrá nunca haber leyes generales en las ciencias sociales y humanas, ni tampoco, obviamente, en la psicología y en la psicología social, que, por tanto, no podrán

ser ciencias en el sentido tradicional de las ciencias naturales. Una tercera característica del construccionismo social deriva de Richard Rorty y de su crítica definitiva al modelo representacionista del conocimiento (Rorty, 1979), es decir, a la idea de que el conocimiento puede considerarse como válido en la medida en que *refleja* o se *corresponde* con la realidad. De ahí se derivan dos aspectos que el construccionismo considera fundamentales (Ibáñez, 1990, págs. 229-230): El primero de ellos hace referencia a la naturaleza del saber científico como producto socialmente elaborado a tra-422

Anastasio Ovejero Bernal

vés de unas *prácticas colectivas* propias de una comunidad social particular; el segundo pone el énfasis sobre la comunicación, la argumentación y el acuerdo interpersonal en la determinación de lo que se acepta o se rechaza como conocimiento, no tanto «verdadero» como «adecuado» y «*racionalmente aceptable*», hasta que se formule otro más «convinciente». «En definitiva, el conocimiento científico tiene en común con el conocimiento sin otras adjetivaciones el hecho de nacer en el seno de la interacción social y de construirse en el espacio de las intersubjetividad en base a las convenciones lingüísticas, a los presupuestos compartidos y a los diversos procedimientos para establecer un *consenso* que sólo es posible gracias a la existencia de un mundo de significados comunes» (Ibáñez, 1990, pág. 230). De ahí la enorme importancia de la psicología social para dilucidar la naturaleza del conocimiento científico (véase Jiménez Burillo, 1997). Como escribía Gergen (1982, pág. 202), «en la medida en que la construcción del conocimiento es un proceso social y en que la tarea del psicólogo social consiste en comprender tales procesos... entonces el psicólogo social se torna indispensable para dilucidar las bases sobre las que descansa el conocimiento físico, químico, histórico o económico. En este sentido, es la investigación social más que la investigación filosófica la que puede dilucidar nuestro entendimiento de la naturaleza del conocimiento y de sus adquisiciones». Y es que, a partir de estos presupuestos y sobre todo a partir de las investigaciones de Kuhn en este campo, nos será más útil la sociología y la psicología social de la ciencia que la epistemología. Por último, y siguiendo en esto a la Teoría Crítica, al socio-construccionismo no le interesa para nada la predicción y el control, identificándose con el interés por la *comprensión* y la *emancipación*, e intentando elaborar teorías «generativas», es decir, teorías que tengan «la capacidad de cuestionar las asunciones dominantes de la cultura, de plantear cuestiones fundamentales en relación con la vida social contemporánea, de propiciar la reconsideración de aquello que se da por evidente y generar de esta forma nuevas alternativas para la acción social» (Gergen, 1982, pág. 109).

En síntesis, de todas estas corrientes alternativas podemos decir, con Torregrosa (1996b, pág. 42):

se trata de «recuperar» la vertiente humanística, cultural, ideográfica, simbólica, expresiva, comunicativa, comprensiva, hermenéutica, crítico-reflexiva, etc., que restaure y posibilite una percepción no reduc-

tiva de lo humano y una estructura conceptual que permitan el entendimiento de y la entrada en la subjetividad humana en los propios términos en que ésta se manifiesta y se constituye dialógicamente, interiorizando y exteriorizando significaciones, en contextos socioculturales específicos. El giro posmoderno y las orientaciones alternativas:... 423

Conclusión

El posmodernismo es la forma de pensar —y quien sabe si hasta de sentir— de la posmodernidad. Como escribe Lyon (1996, págs. 9-10),

la posmodernidad es un concepto de varios niveles que llama nuestra atención sobre diversos cambios sociales y culturales que se están produciendo al final del siglo xx en muchas sociedades «avanzadas»; por ejemplo, el rápido cambio tecnológico, con las posibilidades que ofrecen las telecomunicaciones y los ordenadores; los nuevos intereses políticos y el auge de los movimientos sociales, especialmente los relacionados con los problemas raciales, étnicos, ecológicos y de género. Pero la cuestión es todavía más amplia: ¿está desintegrándose la propia modernidad como entidad sociocultural, incluido el majestuoso edificio de las concepciones del mundo de la Ilustración? ¿Está apareciendo un nuevo tipo de sociedad, quizá estructurada en torno a los consumidores y el consumo en vez de en torno a los trabajadores y la producción?

Yo creo que sí, y que ello está influyendo en todos los ámbitos ya no sólo de la vida social y cultural, sino también en la forma de pensar y de sentir de las personas, así como en su forma de relacionarse. Y están cambiando también los motivos que mueven al ser humano y a su conducta. Mientras que la sociedad moderna era una sociedad caracterizada por el trabajo, el ahorro, el esfuerzo y el aplazamiento de los refuerzos, en cambio la sociedad posmoderna se caracteriza más bien por lo contrario: el consumo, el gasto, la falta de esfuerzo y el retrasar lo menos posible los refuerzos (Bauman, 1992), con las consecuencias que por fuerza ello tendrá en el ámbito educativo (véase Ovejero, en prensa). ¡Queremos disfrutarlo todo y ahora, mientras que el esfuerzo, si no hay más remedio que hacerlo, ya lo haremos después! Y la tarjeta de crédito, a mi juicio símbolo perfecto de la posmodernidad, lo facilita. El consumo, no el trabajo, se convierte en «el eje en torno al cual gira el mundo de la vida». El placer, que antes se consideraba el enemigo de la laboriosidad capitalista, desempeña ahora un papel indispensable. El consumo es lo que mueve los engranajes del sistema; la adicción a las tarjetas de crédito es una bendición. Y, a nivel social, la presión para gastar se origina en la rivalidad simbólica y en la necesidad de construir el Yo (la imagen propia) mediante la adquisición de lo distintivo y lo diferente. No hace falta recurrir a la coerción; como dice Pierre Bourdieu (1984), la seducción es ahora el instrumento de control e integración social. Todo ello, por fuerza, lleva, o debería llevar, a cambios también profundos en la forma de construir la psicología y la psicología social (véase Gergen, 1992, 1996). No existe el Yo ni existen realidades: sólo rela-

ciones e imágenes. Como señala David Harvey (1990, pág. 44), «el posmodernismo nada, chapotea, en las corrientes caóticas y fragmentarias del cambio como si eso fuera todo lo que hay». Es el mundo de la televisión, que al mismo tiempo pertenece y contribuye a la cultura de consumo. Lo esencial es la superficie; no hay nada tras el rápido movimiento de imáge-424

Anastasio Ovejero Bernal

nes sucesivas. De hecho, el adicto al *zapping* se ha convertido en una imagen arquetípica de la posmodernidad. La idea de profundidad es ajena al «auténtico» posmoderno. Como consecuencia de todo ello es natural que también tengan que cambiar la psicología y la psicología social: porque también están cambiando sus objetos de estudio, es decir, el ser humano, sus motivaciones y sus relaciones interpersonales.

Sin duda, el camino que está recorriendo el pensamiento posmoderno es un camino peligroso. Ante ello hay quienes se oponen frontalmente y proponen una vuelta atrás al racionalismo ilustrado (Gellner), hay quienes pretenden volver más atrás aún, a la época premoderna (Alan Bloom) y hay quienes, entre los que me encuentro, aceptan parte de la crítica posmoderna a la vez que niegan que el proyecto de la modernidad esté totalmente agotado. Estoy de acuerdo con Habermas (1991), en que aún merece la pena luchar por algunos objetivos de la Ilustración como la libertad, la justicia, la igualdad y la emancipación. Pero también estoy de acuerdo con los posmodernos en que, con frecuencia, como en la antigua URSS, tales objetivos no eran sino meros metarrelatos que ocultaban el deseo de poder y la falta de escrúpulos de unos pocos. La solución podría estar, como defiende Parker (en prensa), en adoptar algunas potentes críticas del posmodernismo como estrategia para profundizar en la modernidad y alcanzar más plenamente los ideales de la Ilustración. Y es que, tras el pensamiento de Nietzsche, Heidegger, Wittgenstein, y los posmodernos (Lyotard, etc.) difícilmente las cosas volverán a ser iguales que antes. Pero tampoco probablemente supondrán un cambio radical en la historia del pensamiento y de la humanidad. Llevamos muchos siglos en que el pensamiento sigue un movimiento pendular, pasando de una postura a la opuesta y luego nuevamente a la primera, eso sí, en parte modificada. Así, tras el Renacimiento vino el Barroco, tras el Neoclasicismo vino el Romanticismo y tras el modernismo el posmodernismo (véase Pinillos, 1997).

En cuanto a la acusación que a menudo se le ha hecho al posmodernismo de ser conservador, ¿cómo va a ser meramente conservador y reaccionario, si lo que hace, entre otras cosas, es socavar las bases en que se apoya el poder y la autoridad? Por el contrario, supone el triunfo del *anarquismo epistemológico*. Creo que son los cambios que tuvieron lugar a lo largo de los años 60, cambios representados en gran medida por el Mayo Francés en Europa y por el movimiento *hippy* y ecologista en los Estados Unidos, algunos de los responsables directos del pensamiento posmoderno. Y en ambos movimientos había un fuerte componente anarquista que es el que luego se introduce de diferentes maneras en el pensamiento posmoderno de los 80 y 90, apoyándose, eso sí, en las críticas radicales de Nietzsche

che o Heidegger a la filosofía tradicional, en el pensamiento del segundo Wittgenstein, en los escritos auténticamente demoleedores de Foucault o incluso en autores francfortianos como Horkheimer y Adorno o Marcuse. Y es por esta línea por la que va también la psicología social posmoderna (Collier y cols., 1996) de autores como Gergen, Sampson o Ibáñez, y psicólogos sociales teóricos de la educación como H. Giroux, Aronowitz o El giro posmoderno y las orientaciones alternativas:... 425

Wexler y que está teniendo repercusión en otra psicología social de la educación, ya abiertamente aplicada, como es el caso de Woods y Hammersley (1995) (véase Ovejero, 1995, 1996).

Para concluir, me gustaría señalar que probablemente muchos lectores habrán constatado ciertas incoherencias en mi exposición, incoherencias que sin duda tengo con respecto al posmodernismo. No olvidemos que es la razón la que nos dice que la Razón de la Ilustración ha muerto. Y es el corazón el que aún se niega a admitir tal muerte. Como diría Pascal, «el corazón tiene sus razones que la razón no comprende». La razón nos dice que, efectivamente, ya no tienen sentido los grandes relatos. Pero el corazón, al menos el de muchos, entre los que me encuentro, aún desea que algunos de esos grandes relatos no mueran. Es más, no pocos deseamos utilizar la potencialidad crítica del posmodernismo no para terminar con todos los grandes relatos sino para intentar radicalizar algunos de ellos, como es el caso de la *igualdad*, la *libertad*, la *emancipación* y la *fraternidad*. Y es esta línea del posmodernismo, la radical y progresista, la que, creo, debería adoptar una psicología y una psicología social que pretenda estar a la altura de los tiempos y los cambios sociales actuales, estando, a la vez, al servicio de la sociedad y de las personas concretas que la componen. En definitiva, a mi modo de ver, hoy día toda psicología emancipatoria debe ser posmoderna, pero también toda psicología posmoderna debería ser emancipadora. Por tanto, con Ibáñez (1996, págs. 337-338), tenemos que decir:

adiós a la Psicología tal y como esa gran máquina de poder que es la Universidad la ha construido, es preciso romper la imagen de la cual la psicología ha sido presa y debemos promover un cambio radical. Pero los cambios no se hacen con proclamas, se hacen con la articulación de prácticas diferentes. Hablando, y solamente hablando, no se hace camino, se hace camino practicando nuevas formas de hacer, no diciendo que «hay que ser distintos» sino «siendo efectivamente distintos» en la práctica, es así como podemos hacer de la psicología una práctica libertadora sin que esto signifique, como se creía antes, que debamos ponerla «al servicio» de una ideología. Para hacer de la psicología una práctica libertadora basta con construirla en oposición a los presupuestos que hacen de ella un arma de dominación. Ni más ni menos. El único mérito del constructivismo es que aporta elementos para avanzar en esa dirección.

This page intentionally left blank

Capítulo XXIX

El método en las ciencias sociales: cómo investigar en psicología social

Introducción

Aunque pueda parecer que todo manual de la psicología social debería dedicar, cuando menos un capítulo a la metodología, sin embargo, de los cuarenta manuales examinados por Jiménez Burillo y colaboradores (1992), sólo el 43,75 por 100 lo hacían, y menos aún los europeos (18,75 por 100). Sin embargo, me parece inexcusable que reflexionemos sobre la cuestión de cómo investigamos y cómo debemos investigar. Como decía Kurt Lewin, no hay nada más práctico que una buena teoría. Pero también es cierta la afirmación de Mariano Yela de que la teoría sin la práctica es coja, pero la práctica sin la teoría es ciega. Teoría y práctica son dos momentos de un mismo proceso: la producción de conocimiento. Y es que, como señala Habermas (1987, pág. 147), «los conceptos básicos de la acción social y la metodología de la comprensión de las acciones sociales son asuntos interdependientes». En todo caso, la psicología y la psicología social dominantes a lo largo de casi todo el presente siglo han estado regidos por el positivismo, hasta el punto de que hasta hace muy poco resultaba realmente difícil escapar a su influencia. Incluso hoy día, buena parte de la psicología que «se hace» en nuestras universidades españolas sigue siendo experimental, continúa basándose en los principios positivistas, que Bryman (1988) resume en los cinco siguientes: *a)* La creencia de que los métodos y procedimientos de las ciencias naturales son adecuados y aplicables a cualquier otro ámbito de investigación, incluyendo las ciencias sociales, lo que significa que la distinta cualidad del objeto de estudio no debe implicar un método de aproximación diferente del utilizado en las ciencias naturales; *b)* una segunda característica del positivismo es el empirismo, según

el cual sólo aquellos fenómenos que son observables dan garantía de un conocimiento científicamente válido; *c*) el conocimiento científico se produce a través de la acumulación de hechos verificados. Las teorías, de acuerdo con este principio del inductivismo, se construirán a partir de esos hechos bien establecidos; *d*) el anterior principio se complementa con el de la deducción: una vez que se ha formulado una teoría, basándose en hechos bien fundamentados, se deducen de ella una serie de proposiciones particulares que serán sometidas a posterior verificación empírica; y *e*) por último, la ciencia debe caracterizarse por su objetividad y por su relación estrecha con el mundo de los hechos que están más allá de los prejuicios, los deseos, la ideología y los valores del investigador. En consecuencia, la ciencia debe estar totalmente libre de valores.

Pues bien, aunque las críticas a este modelo venían de muy atrás (baste recordar, por no poner sino un solo ejemplo, a nuestro Ortega y Gasset), sin embargo, fue sobre todo a partir de los 60 cuando empiezan a oírse voces, cada vez más numerosas y cada vez más fuertes, que ponen en duda y cuestionan diferentes aspectos del positivismo. No es por azar, por consiguiente, que fuera a finales de esa década cuando tales voces comenzaran a tener una fuerte influencia también en nuestra disciplina dando lugar a la crisis de que ya hemos hablado.

Declive del positivismo y del empirismo

Como es bien conocido, uno de los pilares básicos sobre los que se asienta la modernidad, ya desde Galileo, es la *ciencia*, la ciencia moderna. Sin embargo, en el campo filosófico Nietzsche pulverizó hace ya un siglo las bases en que, desde Kant, se sustenta la ciencia: la de la razón y la de la verdad. De hecho, frente a Kant, que pretendía fundar la «verdadera» ciencia, estableciendo las condiciones del conocimiento verdadero, Nietzsche afirma el carácter profundamente pragmático del conocimiento humano, incluso cuando pretende ser científico y objetivo. Por tanto, nada de objetividad. Sencillamente no existe, ni siquiera en la ciencia. «La verdad objetiva de la ciencia, que es para Kant el fundamento de su deducción, es una creencia inveterada, que tenemos por verdadera porque la necesitamos para vivir y sobrevivir. Nada prueba que nuestras categorías sean universales y necesarias; las tenemos confianza porque no podríamos vivir sin ellas, pero “la vida no es un argumento”», escribe Nietzsche en *La Gaya Ciencia*. Las verdades del hombre, precisamente porque el hombre tiene necesidad de ellas para vivir, «son los irrefutables errores del hombre», añade. Por tanto, para Nietzsche, por decirlo con palabras de Reboul (1993, págs. 21-22), la locura del positivismo mecanicista consiste en reducir toda cualidad a lo cuantificable, ¡con lo que tenemos un mundo fijo y muerto! Tal pretensión de cuantificar todo es tan absurda como la de un sordo que afirmara comprender una música reduciéndola a fórmulas matemáticas. El método en las ciencias sociales: cómo investigar... 429

Por otra parte, desde la propia ciencia pronto se comenzó a dar la razón, al menos en parte, a Nietzsche. Así, ya desde las primeras décadas del presente siglo, la propia Física (Max Planck, Einstein, Heisenberg, Prigogine, etc.) fue refutando las bases en las que se sustentaba la ciencia clásica, positivista y empirista. Más específicamente, fue Einstein y su teoría de la relatividad, y fueron los desconcertantes descubrimientos a nivel subatómico de la mecánica cuántica de Max Planck y sus colaboradores y sucesores, los que fueron demoliendo la fe en la ciencia moderna.

Los resultados pusieron en tela de juicio la intuición de los grandes científicos y desembocaron en una serie de interpretaciones de fenómenos totalmente extraños... Puesto que para observar electrones hay que usar electrones, que ejercen una influencia perturbadora, es imposible observarlos directamente y sólo podemos deducir su naturaleza. Para algunos supuso un inquietante recordatorio de que la ciencia presenta límites que el conocimiento humano jamás podrá penetrar. Asimismo, la conducta de las partículas subatómicas sólo puede preverse dentro de las limitaciones de la probabilidad, arrasando así con la certidumbre y la determinación completa hasta entonces reivindicadas y consideradas imprescindibles para la ciencia física... *Podemos* obtener tendencias estadísticas generales, adecuadas para hacer previsiones, pero el electrón específico escapa a toda determinación y predictibilidad. El principio de *indeterminación* de Heisenberg puso de relieve la situación insatisfactoria que imperaba en los confines de la física (Stromberg, 1990, pág. 363).

Por su parte sir James Jeans en su *Physics and Philosophy* (1942) señaló una serie de relevantes consecuencias de la teoría cuántica: 1) desaparece la uniformidad de la naturaleza; 2) se hace imposible el conocimiento exacto del mundo exterior; 3) no se pueden representar adecuadamente los procesos de la naturaleza en el marco del espacio y el tiempo; y 4) deja de ser posible la división clara entre sujeto y objeto. Y si ello es así en física, ¿cómo es posible que haya científicos que aún persigan un conocimiento exacto, universal y definitivo en ciencias sociales y humanas, en concreto en psicología y en psicología social? Ahí sí hay indeterminación, incertidumbre e inseparabilidad entre sujeto y objeto. Mientras la psicología social siga creyéndose una ciencia natural y comportándose como tal (experimento de laboratorio, etc.), seguirá siendo cierta y actual la frase de Wittgenstein: «Después de dar respuesta a todas las cuestiones científicas, permanecen intactos los problemas de la vida». Sin embargo, como dice Pinillos (1994), resulta desconcertante observar la tozudez de los psicólogos al querer seguir aplicando a su objeto, la naturaleza humana, un método que fue construido para otro tipo de objetos, la naturaleza física, cuando quienes estudian ese otro objeto ya desecharon tal método. Así, Prigogine, premio Nobel de Química de 1977, afirma que el paradigma científico clásico sólo se aplica a los casos más simples y menos interesantes del mundo, dejando fuera, de modo característico, al sujeto humano. Y es que, como puntualiza Pinillos (1994, págs. 62-63), «al contrario que los animales, el hombre vive en un mundo histórico de cultura. Un mundo430

donde el significado, la consciencia, la finalidad, los juicios finales y de valor tienen un lugar que no es posible tener en una psicología considerada como una ciencia natural... En la consciencia no existen relaciones causales, existen relaciones significativas y simbólicas y reversibles entre las representaciones». De hecho, ya Lakatos había pronunciado la oración fúnebre sobre la «revolución del rigor» en ciencia y en filosofía al afirmar que si dicha revolución exige que en el altar del rigor sacrifiquemos todo aquello que realmente nos interesa, ha llegado el momento de prestar más atención a lo que nos interesa, olvidando el rigor. Lo que realmente sorprende es que la mayoría de los psicólogos no se hayan dado cuenta aún de ello y sólo algunos, por regla general psicólogos sociales, lo hayan hecho, aunque hace relativamente poco. La razón de tal estado de cosas tal vez resida en que, como sostiene Feyerabend, las teorías científicas son mucho más que meras formas de organizar y ordenar los datos; realmente son formas de mirar el mundo. Y lo que cuesta es mirar el mundo de una forma muy distinta a como nos han enseñado a mirarlo y a como estamos acostumbrados a hacer. Sin embargo, en psicología social y sus aledaños cada vez son más numerosos, aunque ciertamente aún minoritarios, quienes apuestan por una perspectiva psicossociológica del mundo diferente a la tradicional (Billig, Gergen, Ibáñez, Sampson, Wexler, etc.), haciendo ya una *metapsicología* que vaya *deconstruyendo* las hasta ahora tenidas por verdades inamovibles e incuestionables. Y es que, como afirma Gergen (1987, pág. 2):

durante los últimos tiempos se está haciendo cada vez más evidente que los fundamentos empiricistas de la ciencia se están agrietando profundamente. El despliegue de los datos empíricos para justificar y evaluar las proposiciones teóricas está dejando de ser loable. Y en la medida en que es así, el criterio tradicional para medir el valor de una teoría ya no sirve. Por tanto, deben considerarse las teorías de conocimiento alternativas con criterios alternativos para evaluar las proposiciones teóricas.

Todo ello se refleja también en las posturas más recientes en la sociología y la psicología social de la ciencia, particularmente en las posturas post-kuhnyanas (véase Jiménez Burillo, 1997), caracterizadas por una serie de rasgos entre los que destacan estos tres: 1) *Principio del relativismo*, que afirma que no hay ningún criterio universal que garantice la verdad de una proposición o la racionalidad de una creencia. Todos los procesos de producción, validación y cambio del conocimiento científico son el resultado de procesos de interacción social entre científicos o entre éstos y el medio social circundante; 2) *Principio del construccionismo*, según el cual el conocimiento científico es una representación que no proviene directamente de la realidad, ni es un reflejo literal de ésta. Así, no puede esperarse siquiera una interpretación idéntica de los mismos fragmentos de evidencia, pues la experiencia no es neutral, sino dependiente, y varía según el contexto social, los aprendizajes, la cultura, etc. Por tanto, el conocimiento y en buena medida la realidad se consideran socialmente construidas; y 3) *Principio de causación social*, según el cual la actividad científica no la llevan aEl método en las cien

cabo epistémicos ideales, sino grupos sociales concretos, convencionalmente denominados comunidades científicas. De esta manera, y como cualquier otro grupo social, se rigen tanto ellas como los productos que formulan (el conocimiento científico) por los mismos tipos de explicación que cualquier otra organización social. De estos principios se deduce la centralidad que la psicología social (interacción social y relaciones interpersonales, representaciones sociales, etc.) debería tener en el campo de la teoría de la ciencia, dando lugar a lo que ya se conoce explícitamente como *psicología social de la ciencia* (véase Shadish y Fuller, 1994).

Método y conocimiento

Con frecuencia se ha dicho que «la ciencia se puede definir, en sentido estricto, como un conjunto de conocimientos sobre la realidad observable, obtenidos mediante el método científico» (Sierra Bravo, 1983, pág. 17) o que la ciencia «no es otra cosa que un conjunto de conocimientos obtenidos por la aplicación del método científico» (pág. 18). También Buceta (1979) afirma que el objetivo de la ciencia consiste en comprender una parcela de la realidad de forma racional y objetiva, pero no de cualquier forma, sino a través de un método, el *método científico*. En esto todos estamos de acuerdo. Pero el problema surge a la hora de definir lo que es el método científico, pues cada disciplina, cada escuela, cada corriente e incluso cada autor entienden por método científico cosas diferentes. *Método* significa etimológicamente camino, sendero. Por consiguiente, el método científico será el camino o la vía a través de la cual se construye la ciencia. Pues bien, «cualquier método que tenga buen cuidado de someter a prueba sus formulaciones podrá ser considerado como científico» (Delclaux, 1985, pág. 68), y someter a prueba no exige que tenga que ser ni experimental ni empíricamente. Hay otras muchas formas de hacerlo, como, por ejemplo, a través de la *argumentación racional*. Y frente a las críticas que esto pueda suscitar, recordemos que:

la contrastación empírica *también* implica una serie de presupuestos que *no* son, ellos mismos, «observables» ni contrastables empíricamente, así como la aceptación de *convenciones* previas, y la utilización de procedimientos *retóricos* particulares. La propia definición de lo que debe contar efectivamente como «un hecho» resulta de un proceso de *negociación racional* en el que están implicados una serie de procesos *interpretativos* que no pueden ser formalizados en su totalidad. No existe ninguna razón por la cual el método científico tenga que ser conceptualizado en los términos dictados por la metáfora ocular. Basta con recalcar la necesaria publicidad y contrastabilidad de los procedimientos utilizados para construir las afirmaciones, *sean éstas de tipo «discursivo» o de tipo «empírico»* (Ibáñez, 1990, pág. 235).

En definitiva, no pasa con la ciencia como con Roma, que todos los

son muchos y diferentes los caminos que llevan a la ciencia. Esta es una conclusión que actualmente en el campo de la psicología social, a diferencia de lo que ocurría hace tan sólo un par de décadas, ha conseguido un cierto consenso. Así, Crano y Brewer (1973), que antes de la crisis afirmaban que «el énfasis en someter todos los conceptos teóricos a la *demonstración empírica* es básicamente lo que distingue al método científico de otras formas de indagación», tres años después, tras la crisis, ya dicen algo bien diferente, al señalar que la experimentación de laboratorio ya no puede ser utilizada como sinónimo de investigación psicosocial, y que debemos estar abiertos y receptivos a procedimientos provenientes de otras áreas de las ciencias sociales. Igualmente un psicólogo tan experimentalista como Doise llega a decir que «desde los escritos sobre la crisis de la psicología social ya no se pueden presentar, sin más, resultados de investigaciones, sobre todo experimentales, en esta disciplina» (1992, pág. 66).

Tenemos, pues, una cosa ya clara: no hay un solo método para hacer ciencia, sino muchos. Ahora bien, lo que no debemos olvidar es que no todos son iguales en sus efectos. Cada método lleva a un tipo diferente de conocimiento, de lo que se desprenden dos cosas: primera, que cada disciplina exigirá un tipo diferente de método y, segundo, que debemos elegir un método u otro en función del tipo de conocimiento a que queremos llegar o, mejor, que queramos construir. Es más, me atrevería incluso a afirmar, con Ibáñez (1990, pág. 237), que «la teoría sustantiva a la que se recurre en una investigación da cuenta de una parte mucho más importante del conocimiento producido que el método utilizado para producirlo. En efecto, el determinante en última instancia del saber producido no radica tanto en las características de los métodos utilizados como en la potencia, el rigor y la adecuación del marco teórico y de los supuestos epistemológicos que guían la investigación y que permiten interpretar tanto las observaciones empíricas como los argumentos racionales. En este sentido, estoy convencido de que el eclecticismo metodológico no produce efectos tan negativos como los que resultan del eclecticismo teórico o epistemológico. Dicho de otra forma, el hecho de recurrir a métodos inspirados en una concepción positivista es menos perjudicial que el hecho de inspirarse en una epistemología positivista, aunque se utilicen métodos escasamente relacionados con esa tradición. Lo primero puede ser incluso beneficioso en ciertos casos, lo segundo acumula los problemas en todos los terrenos», como es el caso de buena parte de los conocimientos experimentales en psicología social.

En todo caso, en su aplicación a las ciencias sociales, el método científico adquiere, pues, características peculiares a cada disciplina, de forma que el método científico que utiliza la física será muy diferente del que utiliza la antropología, por ejemplo. Y así, el método científico de las ciencias sociales tendrá que ser diferente del utilizado por las ciencias naturales, debido a las características peculiares de su objeto, la sociedad, la cual está constituida en último término por relaciones sociales que aunque se mate-

rialicen de formas diversas, son en su raíz inmateriales (principios, creencias, reglas morales, normas jurídicas, etc., pertenecientes al mundo de los valores, de las ideas y del deber ser). Además está sujeta a la incertidumbre e indeterminación propias de la *libertad* del hombre, elemento constitutivo de la sociedad. Todo esto se traduce en la dificultad, por una parte, de medir los fenómenos sociales y, por otra, de establecer regularidades y generalizaciones respecto a ellos. A esto se une la ausencia de instrumentos de observación tan poderosos como los existentes en las ciencias físicas, y la dificultad de aplicar las técnicas de observación experimentales. «La consecuencia es que, en general, no se puede aplicar en las ciencias sociales el método científico de modo tan riguroso como en las naturales, ni es posible, hasta ahora, llegar en ellas a resultados tan exactos, exhaustivos, constantes y generales como en ellas» (Sierra Bravo, 1983, págs. 23-24). De ahí que en psicología social no sea posible establecer leyes de causalidad entre los fenómenos que estudia, por lo que tenemos que contentarnos con llegar a niveles previos, más modestos, pero útiles. Y es que aunque son muchos los autores que estarían de acuerdo con Worchel y Cooper (1983, pág. 6) en que «la psicología social, como otras ciencias, está comprometida en explicar, predecir, comprender y verificar las relaciones entre eventos», sin embargo, ello es realmente imposible dado que la investigación social tropieza con dificultades peculiares de las ciencias sociales que no existen en las naturales, dificultades que podríamos resumir en éstas (Sierra Bravo, 1983): 1) Carácter cualitativo de los fenómenos sociales y psicosociales como el autoritarismo, el altruismo, etc., que son incuantificables o cuantificables en términos muy poco precisos; 2) los fenómenos sociales no son unidimensionales, sino que en ellos intervienen siempre múltiples factores, casi siempre en mutua interacción entre sí, y nunca pueden ser estudiados todos sino que hay que seleccionar algunos, con lo que, al menos en parte, desvirtuamos tales fenómenos; 3) los fenómenos sociales poseen un alto grado de variabilidad en el espacio y en el tiempo, lo que hace imposible el establecimiento de regularidades y generalizaciones. En este sentido, la psicología y la psicología social son más ciencias históricas que ciencias naturales; 4) las ciencias sociales no poseen instrumentos de observación tan precisos como otras ciencias que tienen microscopios o telescopios electrónicos; 5) el experimento, que hoy por hoy es el mejor instrumento de investigación que tiene la ciencia, es difícilmente aplicable en ciencias sociales, y cuando se ha aplicado, como ha hecho casi siempre la psicología social, ha acarreado una gran cantidad de problemas (características de la demanda, efectos del experimentador, etc.) que han hecho muy difícil la generalización de los resultados obtenidos, como veremos enseguida; 6) en la investigación social es innegable la influencia que tienen en la sociedad, que es su objeto de investigación, la difusión de los resultados encontrados, cosa que no ocurre en otras ciencias, donde los átomos, por ejemplo, no comentan los estudios que se hacen sobre ellos ni protestan por las conclusiones a que llegan los científicos, lo que esto hace mucho más difícil la

investigación en las ciencias sociales; y 7) finalmente, no deben olvidarse la ideología y los valores del propio investigador, que a menudo influyen mucho en las investigaciones que está llevando a cabo. No existe ni puede

existir una ciencia libre de valores y menos aún en ciencias sociales. De estas dificultades se deriva que en las ciencias sociales en general, y en la psicología social en particular, tenemos que echar mano de todos los recursos de investigación disponibles: experimentos, observación, entrevistas, cuestionarios, sociometría, etc. «Lo que caracteriza el cometido del psicólogo es quizás, más que la utilización indispensable de las técnicas de las ciencias sociales, la voluntad de no excluir “a priori” ningún medio de investigación ni resultado y de no excluir objeto alguno» (Mariet, 1977, págs. 27-28). Como dice Moscovici (1985a, pág. 35), «posiblemente ha sido la diversidad de métodos lo que ha permitido a la psicología social trabajar a varios niveles de realidad social y comprender fenómenos diferentes». De ahí que «en cuestión de metodología, la psicología social se encuentra en una situación característica y aparentemente paradójica. Debido a su posición fronteriza ha podido y ha tenido que tomar mucho de prestado de las disciplinas adyacentes, préstamos tanto más costosos ya que se encuentra así frente a riquezas tan dispares como mal integradas» (Maisonneuve, 1974, pág. 46): experimentos de diferente tipo (de laboratorio, de campo, naturales y *cuasi*-experimentos), escalas de actitudes, encuestas, cuestionarios, entrevistas, análisis de contenido, biografías, etc., todo lo cual lleva a una de las discusiones más importantes en la actual psicología social, la que enfrenta a los métodos cuantitativos y los cualitativos, que veremos después.

Al hilo de lo que acabamos de decir, nos centraremos en este capítulo en dos controversias realmente centrales en nuestra disciplina desde hace unos años, la inadecuación de la experimentación positivista en psicología social y la polémica entre métodos cuantitativos y cualitativos.

Límites y problemas de la experimentación en ciencias sociales: psicología social de la situación experimental

Ya hemos dicho que aunque no existe unanimidad, sí son muchos los autores que consideran al método experimental como el único método científico o al menos como el más científico de los existentes. Ya Bernard (1865) decía que el método experimental es un razonamiento por el cual sometemos metódicamente nuestras ideas a la experiencia de los hechos. Pero el término *experimental* puede tener uno de estos tres significados: un sentido genérico de contraste científico con la realidad, en la línea del positivismo francés o del empirismo inglés; un sentido más restrictivo en la línea del método hipotético-deductivo-experimental; y un sentido aún más restrictivo dentro de ese método cuando se habla de experimentación únicamente si se da una manipulación de la variable independiente y control de las variables extrañas. Pues bien, aunque la crítica a la experimentación en psicología social la podremos aplicar, en mayor o menor medida, a los tres significados, nos referiremos principalmente al tercero.

social matizan su postura, tras las fuertes críticas recibidas, y hablan de otras modalidades menos artificiales de experimentación, como el experimento natural o el experimento de campo (Aronson y cols., 1985; Fernández Dols, 1990), las críticas no arrecian y los psicólogos sociales partidarios de métodos no experimentales aumentan día a día. Tales críticas son muy profundas y muy diversas, y comenzaron muy pronto. Así, aunque existían ya precedentes, fue Rosenzweig (1933) uno de los primeros en llevar a cabo un buen análisis de la naturaleza social del experimento de laboratorio, analizando «la situación experimental como un problema psicológico», subrayando la existencia de tres errores (errores de tipo observacional, errores de tipo motivacional y errores debidos a la influencia de la personalidad) que hacen que en psicología el experimento de laboratorio sea más difícil de aplicar que en las ciencias naturales. Otros autores posteriores hablaron de múltiples tipos de errores, sesgos y problemas unidos a la experimentación en ciencias sociales, de los que nosotros destacaremos los seis siguientes, tal vez los más frecuentes y los más importantes:

1) *Problemas de validez*: desde Campbell y Stanley (1963) es tradicional distinguir entre dos grandes tipos de validez, la interna y la externa. Una investigación tendrá validez interna cuando queda claramente demostrado, sin dejar lugar ninguno para interpretaciones alternativas, que determinados cambios que se observan en una variable, la dependiente, obedecen a cambios en otra variable, la independiente, y no a otras razones. Por su parte, la validez externa es la que se refiere a la posibilidad de generalización de los resultados encontrados. Una investigación tendrá alta validez externa cuando sus resultados siga teniendo vigencia en poblaciones de sujetos y en situaciones distintas a la de la investigación original. Pues bien, se ha dicho con frecuencia que la experimentación con sujetos humanos tiene validez interna, pero que surgen muchos problemas con respecto a la externa, lo que no es cierto del todo, ya que también la validez interna se enfrenta aquí a riesgos muy serios. Y si la validez interna no está asegurada, no tendría sentido ni siquiera plantearnos el problema de la validez externa. Por tanto, supongamos que, efectivamente, se da una alta validez interna. En este caso, ¿tienen validez externa los estudios experimentales en psicología social? ¿podemos generalizar sus resultados a la vida real? Para Campbell y Stanley existen básicamente dos problemas con respecto a la validez externa: el primero se refiere a las dudas que existen respecto de la posibilidad de extrapolar los resultados experimentales a otras poblaciones, como consecuencia de los sesgos introducidos por el experimentador en la selección de los sujetos experimentales. La segunda amenaza a la validez externa del experimento proviene de la propia artificiosidad de la situación experimental. Así, por ejemplo, Harré y Secord (1972) han subrayado la imposibilidad de reducir la complejidad de la vida social a su representación experimental, artificiosidad que puede introducir importantes sesgos que hagan que estemos estudiando algo muy diferente de lo que

realmente creemos estar estudiando (véase los estudios de Rosenthal, Orne, Riecken, etc.). Los experimentos de laboratorio tal vez sólo nos digan

Anastasio Ovejero Bernal

cómo se comportan los sujetos en el laboratorio y no sea generalizable al comportamiento de las personas en otros ámbitos (escuelas, etc.).

La situación de laboratorio puede ser todo lo artificial que se quiera, y cuanto más mejor, pero lo que no debe ocurrir es que el necesario aislamiento del sistema *altere* los fenómenos estudiados. Si esto se produjera, es evidente que lo que en realidad se estaría investigando no tendría nada que ver con lo que se pretende investigar. Es como si un químico pretendiese estudiar las propiedades de la molécula de agua y en su laboratorio sólo estudiase por separado las propiedades del oxígeno y las del hidrógeno (Ibáñez, 1990, págs. 266-267).

En este caso, el laboratorio no sería sino un mero y estéril ritual metodológico. Pero dejemos de suponer que existe validez interna y analicemos la cuestión. Para conseguir una alta validez interna es necesario controlar las variables extrañas, pero el mayor problema de la experimentación en psicología social proviene justamente de su incapacidad de conseguir esto. En efecto, la gran ventaja de los experimentos es que al conseguir controlar las variables extrañas podemos asegurar que los cambios en la variable dependiente se deben a nuestra manipulación de la variable independiente. Sin embargo, en la realidad las cosas son más complejas, de tal forma que con sujetos humanos nos resulta prácticamente imposible controlar las variables externas de diferente procedencia (la propia situación experimental, el experimentador, los sujetos, etc.), como veremos a continuación.

2) *El experimento como situación social*: según Riecken (1962), lo más característico del experimento con sujetos humanos es ser una *situación social* en que *se invita* a una persona (el sujeto) a dejar que otra persona observe su comportamiento, por lo que si él lo acepta es porque espera o intenta obtener una recompensa del tipo que sea, y donde el experimentador suele ser un profesor y el sujeto un estudiante, de forma que sus relaciones tienen ya una historia y están bien definidas desde el punto de vista social, y además es un psicólogo, con lo que el experimentador es un personaje poderoso que posee dos clases de poder: como profesor, pertenece a una clase superior que tiene el poder de evaluar a los estudiantes y, por consiguiente, de premiarlos o castigarlos, y como psicólogo, tiene el poder de penetrar en la personalidad del sujeto, al menos desde el punto de vista del sujeto. De todo ello se deduce que es muy posible que el sujeto aproveche el experimento para intentar dar una buena impresión de sí mismo, para iniciarse en los misterios de la ciencia del comportamiento, etc. En definitiva, el sujeto aborda el experimento con un triple objetivo: *a)* Alcanzar fines personales u obtener la recompensa prometida; *b)* horadar la impenetrabilidad del experimentador y descubrir la razón de ser del experimento; y *c)* mostrarse lo más positivamente posible. En esta misma línea se coloca Orne (1962) y sus conocidas «características de la demanda».

Para él, la situación experimental es ambigua por lo que el sujeto intentará buscar todas las pistas e indicios disponibles para averiguar el propósito del experimento. En consecuencia, tanto para Orne como para Riecken el método en las ciencias sociales: cómo investigar... 437

sujeto se encuentra ante dos problemas: la tarea que le plantea el experimentador, y su propio problema personal, que a veces es tan importante que puede explicar los resultados finales mejor aún que la tarea. Éste fue el precio pagado por haber pasado de un experimento «tipo Wundt», en el que la experimentación descansaba sobre la propia actividad del sujeto investigado que actuaba como observador de sus propios procesos psicológicos, a un experimento «tipo conductista» en el que el sujeto «no pinta nada».

3) *Los efectos del experimentador*: son muchos los atributos del experimentador que pueden influir en los resultados de un experimento (raza, sexo, edad, etc.), pero el mero hecho de que el experimentador pretenda probar alguna hipótesis, lo que suele ser habitual, puede influir sobre la conducta de los sujetos favoreciendo la comprobación de tal hipótesis (Rosenthal, 1966). Más en concreto, Rosenthal distingue dos grandes tipos de posibles efectos del experimentador sobre los resultados: a) *Efectos que no modifican las respuestas de los sujetos*, entre los que sobresalen dos: *efectos del observador*, que consiste en la sobreestimación o subestimación del valor de las respuestas de los sujetos; y *efectos intencionales*, que son modificaciones intencionales de las respuestas de los sujetos, es decir, de los resultados, para conseguir unas «mejores» conclusiones y poder, de esta manera, confirmar las teorías propias, como hizo en psicología Burt o como hicieron en otros ámbitos científicos tan relevantes como Mendel, Galileo o Newton (véase Di Trocchio, 1995); b) *Efectos que sí alteran las respuestas de los sujetos*: también aquí destacan estos dos: los *atributos del experimentador* (sexo, raza, posición social, religión simpatía, hostilidad, ansiedad, etc.) parecen influir en las respuestas de los sujetos pueden ser influenciadas por estos rasgos; y *los efectos de las expectativas del experimentador*: aplicando al experimento de laboratorio fenómeno de la «profecía que se cumple a sí misma», pudo confirmar Rosenthal que el mero hecho de que el experimentador haga una hipótesis aumenta las probabilidades de que tal hipótesis se cumpla. Tal vez la prueba más sorprendente de tal efecto esté en las profecías o expectativas que hacen los profesores (efecto Pigmalión) (véase Rosenthal y Jacobson, 1968; y Ovejero, 1988a, capítulo 4).

4) *Efectos del sujeto*: si los experimentadores son una fuente de sesgo en la experimentación, los sujetos también lo son. En primer lugar, porque alrededor del 70 por 100 o más de los estudios empíricos en psicología utilizan como sujetos *estudiantes universitarios* (Highbee y Wells, 1972; Highbee y cols., 1982), confirmando la irónica afirmación de McNemar de que «la actual ciencia de la conducta humana es, en gran medida, la ciencia de la conducta de los estudiantes universitarios», lo que cuestiona muy seriamente la representatividad de las muestras utilizadas, pieza clave de la validez externa. Además, casi siempre tales sujetos son *voluntarios*, lo que también puede conllevar importantes sesgos, dado que se han encontrado

grandes diferencias entre los sujetos voluntarios y los no voluntarios (Rosenthal y Rosnow, 1969). Por último, existen otras muchas fuentes de sesgos, entre ellas estas tres: *a)* cuando el experimento implica varias sesiones, se pierden sujetos, siendo generalmente la razón más frecuente el que

Anastasio Ovejero Bernal

ellos se retiren, lo que puede muy probablemente estar sesgando los resultados ya que tal vez quienes se retiran son diferentes en algunas variables a los que no se retiran, siendo lo más grave aquí, como en todos los demás casos que estamos exponiendo, que tales sesgos pueden darse y nosotros no tenemos forma de saberlo ni, por tanto, de controlarlo, que era justamente la gran ventaja del experimento de laboratorio; *b)* el hecho de que algunos sujetos hayan participado anteriormente en otros experimentos, sobre todo en aquellos que utilizan el engaño experimental, puede sesgar también los resultados y, nuevamente, nosotros no tenemos forma de saberlo; y *c)* a veces se obliga a los sujetos a participar en un experimento con lo que probablemente poseerán actitudes negativas hacia la investigación o, cuando menos, estarán poco motivados a participar, lo que también puede estar sesgando los resultados, pero, una vez más, nosotros no tenemos forma de conocerlo y controlarlo.

5) *Problemas éticos:* en la experimentación psicológica, la raíz de los problemas éticos está en el conflicto entre los derechos de los sujetos como seres humanos y las necesidades del investigador para llevar a cabo sus experimentos. Entre estos problemas éticos, el más grave es hacer daño, físico o psicológico, a los sujetos, pero el más frecuente es la utilización del engaño experimental. «El uso del engaño puede ser el mejor, y quizá el *único*, camino de conseguir información útil sobre el modo de comportarse las personas en la mayoría de las situaciones complejas e importantes, pero plantea desde luego al experimentador un problema ético grave» (Aronson, 1979, pág. 318). Según Aronson existen básicamente tres aspectos relacionados con este problema: 1) Es simplemente inmoral mentir a las personas; 2) Esas mentiras llevan muchas veces a una invasión de la intimidad. Puesto que las personas utilizadas como sujetos no saben realmente qué es lo que está estudiando el experimentador, no están en condiciones de prestar un consentimiento cabal; y 3) Los procedimientos experimentales implican a menudo algunas experiencias desagradables, como dolor, aburrimiento, ansiedad, etc. El nudo gordiano de este problema es el siguiente: ¿el fin justifica los medios? Algunos, entre los que me encuentro, alegan que, sean cuales fueren las metas de esta ciencia y sus logros, no valen la pena si las personas son engañadas o colocadas en situaciones desagradables. En el extremo opuesto, otros opinan que los psicólogos sociales están descubriendo cosas que pueden aportar grandes beneficios a la humanidad, y que esos resultados merecen casi cualquier precio. Por su parte Kelman (1967), que es uno de los autores más destacados en este tema, afirma que lo que le preocupa del engaño experimental más que su uso es su aceptación ciega, el hábito de su uso, lo rutinario de su empleo. Se utiliza el engaño como algo natural. La preocupación de Kelman a propósito del

engaño van en tres direcciones: 1) *Implicaciones éticas*: tal engaño puede tener consecuencias nefastas para el sujeto experimental. Un ejemplo claro está en los trabajos de Milgram, que ya vimos; 2) *Implicaciones metodológicas*: probablemente el engaño refuerza la tendencia de sujeto a reaccionar en función de su propia definición de la situación que puede y suele dife-El método en las ciencias sociales: cómo investigar... 439

rir de la del experimentador, lo que introduce importantes sesgos; y 3) *Implicaciones sobre el futuro de la psicología social*: «A largo plazo, el uso del engaño tiene evidentemente algo de autodestructor. Mientras prosigamos con investigaciones de esta clase, nuestros eventuales sujetos se harán cada vez más advertidos y nosotros cada vez menos capaces de satisfacer las condiciones que nuestros procedimientos experimentales exigen. Además, mientras prosiga este tipo de investigaciones, nuestros eventuales sujetos desconfiarán cada vez más de nosotros, y nuestras relaciones con ellos correrán el riesgo de degradarse en el futuro. Nos encontramos, pues, ante la paradoja siguiente: cuanto más avanza nuestra investigación, más se va haciendo difícil y dudosa» (Kelman, 1967, pág. 315).

Por último, no quisiera terminar este capítulo sin mencionar otra de las cuestiones cruciales en las que tampoco son ya defendibles los supuestos positivistas. Me refiero a la creencia del positivismo en una ciencia *libre de valores*, que queda perfectamente resumida en estas palabras de Ferdinand Tönnies, pronunciadas en nombre de la Sociedad Alemana de Sociología: «Los sociólogos no estamos a favor ni en contra del socialismo, ni a favor ni en contra de la expansión de los derechos de la mujer, ni a favor ni en contra de la mezcla racial.» Esta postura resulta, además de inaceptable, realmente insostenible, pues los científicos no pueden de ninguna manera abandonar ni siquiera olvidar sus prejuicios, sus valores y su ideología cuando investigan. Como señala Proctor (1991), la filosofía de una ciencia libre de valores, que tuvo su mayor auge a mitad del presente siglo de la mano del positivismo, no es actualmente sostenible. Más claramente aún lo dice Tomás Ibáñez (1992, pág. 24) al afirmar que «cada cual puede participar de las opciones políticas que considere más convincentes, pero nadie puede escudarse detrás de la ingenua afirmación de que se limita a investigar las cosas tal y como son y a presentar sin más los resultados que ha encontrado». Eso no es posible. De ahí que todo científico deba preocuparse por conocer las consecuencias que en el futuro podrían tener sus investigaciones.

Sin embargo, de todo lo anterior no se deduce que la experimentación sea inútil o irrelevante como forma de investigación social. Experimentos como los de Asch, Sherif, Milgram, Festinger o Zimbardo, han contribuido al desarrollo de la psicología social. Sí he querido, no obstante, señalar algunos de los problemas del experimento como instrumento de análisis de la realidad social. «Los experimentos tienen ciertamente una utilidad, pero ésta queda limitada a sugerir “ideas” para la investigación, o a comprobar si alguna hipótesis merece ulteriores desarrollos, y nunca para demostrar la legitimidad de determinados planteamientos teóricos, ni para demostrar

que se tiene razón en defensa de una postura teórica» (Ibáñez, 1991, página 63). Es decir, los experimentos pueden seguir siéndonos útiles, pero «lo que parece estar radicalmente fuera de su alcance es sencillamente producir conocimientos válidos, contrastar la validez de las teorías, y mucho menos fundar sobre bases sólidas el conocimiento psicossocial» (Ibáñez, 1990, pág. 268).440 Anastasio Ovejero Bernal

Métodos cuantitativos frente a métodos cualitativos

Las tradicionales polémicas metodológicas en ciencias sociales, entre métodos correlacionales y métodos experimentales o, la más vieja aún de lo idiográfico frente a lo nomotético, están siendo sustituidas últimamente por la que enfrenta a «cuantitativistas» y «cualitativistas». Los métodos cualitativos no son algo nuevo en psicología. Por el contrario, han sido utilizados siempre. Ya Wundt exigía métodos cuantitativos unas veces, justamente en los ámbitos menos interesantes psicológicamente, y cualitativos otras, en los más propiamente psicológicos. Pero las cosas cambiaron cuando en psicología se hizo dominante el conductismo, con pretensiones positivistas (véase Hayes, 1995), imponiendo un enfoque reduccionista que exigía métodos cuantitativos y menospreciando los cualitativos como acientíficos o, cuando menos, como poco científicos. Y aunque, tras la crisis, está aumentando la utilización de los métodos cualitativos en nuestra disciplina (Le Compte y cols., 1992; Banister y cols., 1994; Bryman y Burgess, 1994; Denzin y Lincoln, 1994; Pérez Serrano, 1994; Íñiguez, 1995; Rodríguez y cols., 1996; Hayes, 1997), sin embargo la metodología dominante sigue siendo la cuantitativa, descollando todavía, a pesar de las críticas recibidas, los métodos experimentales (Jensen y Jankoswki, 1993). Y es que aún pesa mucho, demasiado diría yo, la visión simplista y falsa que durante tanto tiempo ha dominado en nuestra disciplina, según la cual la única forma de hacer ciencia y de ser científicos serios y respetables era la utilización de métodos cuantitativos, preferentemente experimentales, mientras se estigmatizaba a los métodos cualitativos, tildándoles de poco serios, acrílicos, subjetivos en extremo, etc. Ésta es la visión positivista que han heredado casi todos los estudiantes de psicología de muchas generaciones en nuestro país, estudiantes que, muchos de ellos, fueron convirtiéndose en profesores, asegurando así el mantenimiento de esta postura. De ahí las dificultades que los métodos cualitativos han tenido para abrirse paso en psicología incluso después de la bancarrota del positivismo y a pesar de las indudables ventajas que su utilización acarrea.

Como señala Silverman (1993), la adopción de los métodos cualitativos supone un cambio de sensibilidad que se articularía en cuatro diferentes dimensiones: a) *La dimensión histórica*: los procesos sociales están marcados históricamente y son ellos mismos portadores de la historia que los ha constituido; b) *La dimensión cultural*: cada proceso está enmarcado también en un entorno cultural concreto, que jamás podrá ser dejado de lado; c) *La dimensión política*: toda práctica social se enmarca en un contexto

político concreto, cuando no debiéramos decir que toda práctica social es en sí misma política. La investigación cualitativa no olvida esta cuestión; y d) *La dimensión contextual*: la investigación debe considerar igualmente el contexto social y físico en el cual se está produciendo. El contexto es el resultado de múltiples elementos, procesos y acciones entre las que, como dicen Ibáñez Íñiguez (1996), resalta la acción colectiva de los participantes. El método en las ciencias sociales: cómo investigar... 441

en él (quien desee profundizar en el debate «cuali-cuanti», véase Denzin y Lincoln, 1996, y Silverman, 1997).

Entre las ventajas de los métodos cualitativos están las siguientes (Pérez Serrano, 1994): 1) La metodología cualitativa se aplica a estudios a nivel micro, por lo que normalmente intenta *profundizar* más en la situación objeto de estudio; 2) La metodología cualitativa puede *señalar aspectos y discrepancias* que podrían tener cierta trascendencia y explicar cuestiones difícilmente abordables por medio de la investigación cuantitativa; 3) Este enfoque se orienta a trabajar con aquellas definiciones de lo que es *significativo, relevante y consciente* para los participantes; 4) Ofrece la posibilidad de estudiar lo que caracteriza la *organización social y cultural* de un grupo. La experiencia y el conocimiento interno (perspectiva *Emic*) y las definiciones operacionales externas (perspectiva *Etic*) que se van coleccionando y analizando; y 5) En suma, la investigación cualitativa es más adecuada para *el análisis de los fenómenos complejos*, para el estudio de casos, para el análisis de las homologías estructurales, para poner de manifiesto el parentesco lógico entre fenómenos sociales, para la descripción y estudio de unidades naturales como organizaciones y comunidades concretas.

Aunque existen muy diferentes técnicas cualitativas (observación participante, entrevistas en profundidad, discusión de grupo, biografías, estudios de caso, estudios etnográficos, análisis del discurso, análisis conversacional, historias de vida, análisis de documentos, investigación-acción, investigación cooperativa, análisis de episodios, etc.), todas ellas se basan en concepciones que tienen en común un compromiso con una aproximación naturalista e interpretativa, y una crítica continua a la política y a los métodos del positivismo (Denzin y Lincoln, 1994), lo que ha ocasionado que tradicionalmente los métodos y técnicas cualitativas hayan sido ferozmente atacados por los cuantitativistas a causa de su presunta falta de objetividad, de la imposibilidad de reproducción de sus resultados y de su supuesta falta de validez, mientras que los métodos cuantitativos no eran problematizados jamás (Cherry, 1995). Sin embargo, debemos destacar dos cosas. Primera, los propios métodos cuantitativos, como hemos visto, no están libres de los sesgos que los cuantitativistas atribuyen a los cualitativos (problemas de validez interna, problemas de generalización de los resultados, etc.). Aunque, ciertamente, los métodos cualitativos no son de ninguna manera objetivos, los cuantitativos tampoco lo son. Pero mientras los primeros lo admiten, los segundos no, con los efectos perversos que ello supone. Segunda, los métodos cualitativos aportan a la investigación una gran riqueza de conocimientos, de datos y de matices que enlazan directa-

mente con las características del objeto de estudio. Y, como hemos dicho en alguna otra ocasión, es el método el que debe adaptarse al objeto, y no al revés. Lo que pretenden los cuantitativistas es estudiar al ser humano con métodos diseñados para estudiar la naturaleza física, con lo que terminan desnaturalizando su objeto de estudio. A la postre no se sabe muy bien qué es lo que están estudiando. En cambio, los métodos cualitativos, que no pretenden tanto la predicción y el control de la acción humana sino su442

Anastasio Ovejero Bernal

comprensión e interpretación, sí se adecuan mejor al objeto de la investigación psicosocial, que no es otro que el ser humano y su conducta propositiva, es decir, su acción.

En todo caso, pese a las dificultades que conlleva y a pesar de que muchos afirman que estamos ante métodos claramente irreconciliables entre sí, algunos autores siguen pensando en la posibilidad y la utilidad del uso conjunto de ambos tipos de métodos (Reichardt y Cook, 1981). Así Álvaro, para quien (1995, pág. 100), «aun reconociendo que las tradiciones metodológicas en las que se basan las técnicas de análisis cuantitativo y cualitativo hunden sus raíces en posiciones epistemológicas diferentes, no existe contradicción alguna en utilizarlas de forma conjunta en la investigación social». También Pérez Serrano (1994, pág. 71) cree que son complementarios:

Tanto la orientación de tipo cuantitativo como cualitativo pueden considerarse interdependientes. De esta manera se puede iniciar un estudio cualitativo, exploratorio, y posteriormente emplear métodos cuantitativos para ir ordenando lo que se va descubriendo o a la inversa, iniciar un estudio cuantitativo y a lo largo de su desarrollo precisar las aportaciones cualitativas que permitan clarificar algún aspecto del trabajo al constatar la necesidad de contar con información complementaria que aporte una visión más profunda de la realidad objeto de estudio.

Estoy de acuerdo con Ibáñez e Íñiguez (1996, pág. 79), en que «es preciso mantener un grado suficiente de “independencia” metodológica, es decir, es necesario no ser esclavo o adicto a un tipo de procedimiento, sino determinarla más bien en función de lo que se pretende, conociendo, y asumiendo, eso sí, sus defectos, sus limitaciones y sus consecuencias». Y es que, como reconocía Ferrater Mora (1976, pág. 281), «el tipo de realidad que se aspira a conocer determina el método a seguir». Por consiguiente, dado que la realidad que debe ser estudiada por nuestra disciplina es enormemente compleja y plural, los métodos a utilizar deberán ser también plurales. Es más, no podemos permitirnos el lujo de prescindir de ninguna de las posibilidades metodológicas de aproximación a la realidad psicosocial. Todas son útiles. Como defiende Billig, la metodología no debe representar ningún tipo de problema, en cuanto que lo relevante es qué se quiere estudiar; una vez que eso está claro, hay que buscar la estrategia metodológica más adecuada. Tanto la experimentación, como las escalas de opinión o el análisis de discurso, tienen su cabida en el repertorio de estrategias de investigación del científico social.

Conclusión

Como conclusión de este capítulo sólo diré, haciendo mías las palabras de Eduardo Crespo (1995, págs. 196-197):

las ciencias sociales —y la psicología social con ellas— se caracterizan por una tensión entre la pretensión de objetividad (objetivo de todo saber

científico) y el rigor en la construcción teórica, que permita captar la estructura social y subjetiva de su objeto (condición necesaria de todo saber científico). Esta dinámica se manifiesta en una polémica entre objetivismo y subjetivismo... En mi opinión la situación actual es diferente a la de hace años y así he intentado mostrarlo. Esta diferencia no estriba en la transformación masiva de las prácticas científicas dentro de la disciplina. Los datos existentes muestran que no se ha producido tal cambio en la cultura científica y que las prácticas investigadoras son muy similares a las de hace veinte años... Sin embargo, creo que se han producido avances importantes en los planteamientos epistemológicos y metodológicos de muchos psicólogos sociales y que van en la dirección de la superación de una falsa antinomia entre objetividad y subjetividad. Estos cambios los veo, desde el punto de vista objetivista, en un abandono de los modelos mecanicistas y neopositivistas como únicos modelos de actividad científica. El desarrollo de un modelo realista no mecanicista, como pueda ser el de Greenwood, aun con todas las dificultades que presenta, me parece un avance importante en el desarrollo de un estudio experimental de los procesos sociales; junto a ello, hay una receptividad cada vez mayor a los desarrollos de la filosofía y sociología de la ciencia, donde se plantea la pluralidad de paradigmas y de programas de investigación como una característica del propio desarrollo científico y no como una debilidad de éste.

This page intentionally left blank

Capítulo XXX

Conclusión: ¿qué es la psicología social?

Introducción

Llegados al final del libro, no quisiera terminarlo sin plantear la cuestión de qué es realmente nuestra disciplina, cuáles son las características propias y definatorias que la diferencian de otras ciencias sociales. Para responder a estas cuestiones, comencemos diciendo, con Grissez (1977, pág. 11) que «la psicología social sólo puede definir sus objetos científicos de una manera abstracta: la interacción, la comunicación, la influencia..., la psicología social se aplica a la mayor parte de las actividades humanas, puesto que todas tienen, en distintos grados, un componente social. Pero siendo difícil en qué y cómo está presente lo social en los comportamientos también lo es el delimitar su objeto científico». El problema de la definición de la psicología social, como ocurre con todas las ciencias, «es en realidad una de las cuestiones más debatidas pues implica un análisis cabal de sus principios y su investigación» (Germani, 1971, pág. 17). La cuestión de la definición en las ciencias sociales es algo sumamente complejo a causa de la unidad de éstas, pues aquí ninguna disciplina puede dejar de tener en cuenta el punto de vista de las demás. Y si ello es cierto en todas las ciencias sociales, pienso que aún más en la nuestra, pues las relaciones de la psicología social con las otras ciencias sociales son, o deberían ser, estrechísimas y por tanto aquí se hace más necesaria que en cualquier otra la *colaboración interdisciplinar*. De ahí la dificultad de demarcar con precisión y con fronteras nítidas el objeto de estudio de una disciplina necesariamente interdisciplinar como es la nuestra. Todo ello plantea, obviamente, enormes problemas tanto para definir la disciplina como para demarcar su objeto de estudio. Veremos a continuación ambas cosas, y las veremos por separado, por razones exclusiva-

mente didácticas, dado que epistemológicamente resulta imposible separar la definición del objeto.

Definición de la psicología social

Por extraño que a algunos les pueda parecer, son muchos los manuales de psicología social que ni siquiera dedican un solo capítulo al tema del concepto y el objeto de la disciplina. Así, Jiménez Burillo y colaboradores (1992) encontraron que sólo el 59,37 de los cuarenta manuales que ellos manejaron incluía un capítulo inicial sobre esta temática, aunque también eran muchos los que tampoco dedicaban ningún capítulo a las orientaciones teóricas (sólo el 40,62 por 100 sí lo dedicaban), a la metodología (43,75 por 100) o a las aplicaciones (56,25 por 100). Es más, son muchos los manuales que no se atreven ni siquiera a adelantar una definición explícita (intencional) de la disciplina. Así, de los manuales examinados por Jiménez Burillo, sólo 16 se atrevían a darla, y de ellos la mitad repetían la misma que en su día diera Gordon Allport, para quien (1954/1968, pág. 3), la psicología social es «un intento por comprender cómo el pensamiento, los sentimientos o la conducta de los individuos están influidos por la presencia real, imaginada o implícita de otras personas», definición, por cierto, excesivamente psicologista. Y en cuanto a la definición operacional o efectiva, la conclusión de Jiménez Burillo y colaboradores es clara: existe en nuestra disciplina una enorme heterogeneidad de contenidos, con una enorme dispersión de temáticas estudiadas por los diferentes manuales. Así, por ejemplo, es realmente sorprendente constatar que sólo un tema (cognición/percepción social) aparece en más de las dos terceras partes del total de los manuales analizados por estos autores, mientras que sólo seis aparecen en al menos un 50 por 100 de los mismos. «Existe, pues, una manifiesta falta de consenso: difícilmente es posible encontrar dos textos cuyos índices temáticos sean coincidentes» (Jiménez Burillo y cols., 1992, pág. 21).

Por otra parte, comienzan su libro Collier, Minton y Reynolds (1996) afirmando que «muchos de los problemas de la psicología social surgen de su definición. La psicología social ha sido definida tan ampliamente que incluye en la práctica a toda la psicología y a todas las ciencias sociales». Eso es cierto. Pero hay más. No es sólo cómo ha sido definida la disciplina, es que además han coexistido tradicionalmente muchos enfoques bien diferentes, y hasta a veces opuestos. Por no poner sino un solo e interesante ejemplo, Blanco (1988) habla de cinco tradiciones: grupal, individualista, institucional, lewiniana e histórico-dialéctica. Pero, como ya hemos dicho, destacan dos enfoques, el más psicológico y el más sociológico, hasta el punto de que se ha llegado a hablar de la existencia de *dos psicologías sociales*. En efecto, la psicología social, que nació como un proyecto intersticial entre la psicología y la sociología, pronto fue escindiéndose esquizofrénicamente en dos: Una *psicología social psicológica*, psicologista, individualista y experimentalista, que era mayoritaria y claramente dominante, y Conclusión: ¿qué es la psicología social? 447

una *psicología social sociológica*, más social y no experimentalista, pero también claramente minoritaria. De esta manera, para algunos, como F. Allport (1924) o Jones y Gerard (1967), la psicología social es una subdisciplina de la psicología general y experimental. En la misma línea se coloca la definición, ya citada, de Gordon Allport, que sería repetida después por muchos manuales (Kaufman, 1977; Rodrigues, 1976; Lamberth, 1982, Smith y MacKie, 1997, etc.). En cambio, para otros, la psicología social es una ciencia indiscutiblemente social. Así, Shibutani (1971) nos proporciona una definición más social al considerar que la psicología social se ocupa de «las regularidades de la conducta humana que surgen del hecho de que los hombres participan en grupos sociales» (pág. 30).

Pero tal distinción de dos psicologías sociales separadas proviene ya de primeros de siglo. Por ejemplo, para McDougall (1908, pág. 3), el objetivo de la psicología social era «mostrar cómo, dadas las inclinaciones y capacidades naturales de la conciencia individual, toda la compleja vida de las sociedades se ve modelada por aquéllas, reaccionando en el curso de su desarrollo e influyendo en el individuo». Se trata, pues, de una explicación claramente individualista, incluso instintivista, donde el medio social desempeña un papel muy secundario, como se refleja igualmente en esta nueva cita (1908, pág. 44):

Quítense estas disposiciones instintivas con sus poderosos impulsos y el organismo será incapaz de realizar actividad alguna; permanecería inerte y sin movimiento como un precioso reloj de pared al que se le hubiesen quitado las agujas o un motor a vapor cuyo fuego se hubiese apagado. Los impulsos son las fuerzas mentales que dan forma a todos los aspectos de la vida de los individuos y de las sociedades.

En cambio Ross, muy influenciado por Tarde, proponía una definición de la psicología abiertamente sociologista, considerando a la psicología social como formando parte de la sociología: «La psicología social se ocupa de las uniformidades debidas a causas sociales, es decir, a los contactos mentales o a las interacciones mentales» (Ross, 1908, pág. 3). De esta manera, quedaron constituidas, ya desde primeros de siglo, las dos principales tradiciones en psicología social, las dos psicologías sociales que de diferentes maneras han permanecido hasta nuestros días (Stephan y Stephan, 1985, 1991): *la psicología social psicológica y la psicología social sociológica*. En el fondo, la cuestión puede ser resumida de esta manera: ¿Es la sociedad la que constituye al individuo o es el individuo el que constituye a la sociedad? Pues bien, lo que he pretendido mostrar a lo largo de este libro, y de muy diferentes maneras, es que la pregunta está mal planteada. Individuo y sociedad son dos caras de la misma moneda, de tal forma que sin individuos no hay sociedad, pero sin sociedad tampoco hay individuos, pues la persona se construye en su esencialidad dentro y sólo dentro de la sociedad.

¿Qué es, pues, la psicología social? ¿Qué debe ser más importante para nuestra disciplina, el individuo o la sociedad? O dicho en otras palabras, ¿debe la psicología social dar más importancia a la intencionalidad y pro-

positividad del sujeto o a la fuerza restrictiva de las condiciones del medio, sobre todo del medio social? Según Giddens (1987), mientras que los teóricos de la acción social han centrado su atención en la reflexibilidad del comportamiento sin haber desarrollado ninguna idea de la estructura social, el estructuralismo y el funcionalismo tienden a caracterizar la conducta como el resultado mecánico derivado de un proceso de reproducción de estructuras sociales preexistentes. Pues bien, «las posturas representadas por ambos modelos teóricos no son, sin embargo, incompatibles. Junto a una concepción del comportamiento humano en la que se destaca el carácter intencional y propositivo del mismo y en la que los actores sociales tienen la capacidad de dirección reflexiva de su acción y el conocimiento de las condiciones sociales en las que aquélla se desarrolla, también es posible una interpretación estructural en la que se tengan en cuenta los condicionamientos y constricciones institucionales que facilitan el cambio o reproducción de la estructura social» (Álvaro, 1995, pág. 94). Y es que, como dice Eberle (1993, pág. 1), «la psicología no puede ser otra cosa que psicología social. Los mundos subjetivos no pueden ser separados de los procesos en cuyo seno son construidos, comunicados y mantenidos..., las identidades personales no pueden ser separadas de la estructura social en la cual son constituidas». Por consiguiente, individuo y sociedad son dos caras de la misma moneda, que están, por tanto, inextricablemente unidas. «La definición de la psicología social por la articulación de lo psicológico y lo social es una afirmación mantenida por muy diversos autores y que responde a las inquietudes que dan origen a esta ciencia. Esta perspectiva articuladora no es, sin embargo, diferenciadora de modo excluyente de la psicología social; es, en realidad, una característica de todas las ciencias sociales» (Crespo, 1995, pág. 22). Tal como señala Thomson (1984, página 148), «el problema de la relación entre individuo y sociedad, entre la acción y la estructura social, yace en el corazón de la teoría social y de la filosofía de la ciencia social». El objeto de la psicología social, concluye Crespo, no es, por tanto, un objeto claramente delimitado. El énfasis excesivo en la delimitación objetual sólo obedece a requisitos formales de territorialidad académica. Es perfectamente aceptable la definición del objeto de la psicología social que se hace en la corriente europea, y que, según Páez y colaboradores (1992, pág. 119), se concibe como «la articulación entre lo social y lo individual a partir de los procesos de interacción y de representación intra e intergrupos». La cuestión está, por una parte, en cómo concebir esa articulación, y, por otra, en el concepto de interacción que fundamenta tal articulación.

Así pues, ¿qué es realmente la psicología social? La respuesta, en principio, es fácil: es la disciplina que estudia el comportamiento social humano. Sin embargo, dadas las connotaciones mecanicistas que suele tener el término *comportamiento* o, más aún, *conducta*, creo conveniente sustituirlo por el de *acción*: la psicología social estudiaría, entonces, la acción humana, dado que la acción incluye también la intencionalidad.

diado por sociólogos, antropólogos, politólogos, etc., ¿qué es, pues, lo peculiar de la perspectiva psicosocial? ¿qué es lo que diferencia a la psicología social de esos otros enfoques? Mientras que esas otras ciencias sociales tienden a usar el *nivel societal* de análisis, utilizando amplios factores macrosociales para explicar la conducta social, como la clase social, factores históricos, etc., y los psicólogos suelen acudir a un *nivel individual* de análisis, utilizando las características individuales de las personas para explicar su conducta (factores cognitivos, rasgos de personalidad, etc.), en cambio los psicólogos sociales utilizan un nivel de análisis intermedio entre los otros dos, el de *las relaciones interpersonales* o mejor aún, el de la *interacción social*. Para entender mejor lo específico del enfoque psicosocial nada mejor que un ejemplo: supongamos que queremos analizar el origen de los crímenes violentos. Los sociólogos, utilizando un enfoque de nivel societal, buscarán la explicación en grandes factores sociales, subrayando, por ejemplo, que las altas tasas de crímenes violentos tienden a asociarse con la pobreza, la urbanización y la industrialización aceleradas de la sociedad, etc. Como vemos, sólo se ocupan de algunas grandes variables macrosociales sin tener en cuenta para nada a las personas individuales ni sus situaciones inmediatas. Por el contrario, los psicólogos, utilizando un enfoque individual, tenderán a explicar el crimen a partir de las historias de las personas implicadas y de variables individuales como los rasgos de personalidad del criminal, olvidando casi totalmente algo tan importante como el contexto social en que se produce. En contraste con los dos enfoques vistos, lo específico de la perspectiva psicosocial estriba en intentar comprender cómo la gente responde a las situaciones sociales inmediatas, considerando, por ejemplo, cómo la sociedad y los procesos macrosociales fueron formando a la persona concreta y sus rasgos característicos, qué situaciones interpersonales producen frustración, lo que llevará a la conducta agresiva, pero también por qué en unas culturas la frustración produce agresión y en otras no. La explicación de la conducta social está en la *interacción* del individuo con su ambiente, particularmente con su ambiente social, dado que, como escribe Barriga (1993, pág. 41), «ni lo psicológico se explica sin lo social, ni éste tiene justificación fuera de la realidad tangible de los sujetos individuales que integran una sociedad concreta».

Por otra parte, no son pocos los psicólogos sociales que, aun siendo demasiado psicologistas, aminoran este psicologismo exigiendo, como hacen Cvetkovich y colaboradores (1984), que para afrontar cualquier tema psicosocial tengamos siempre en cuenta estos cinco enfoques: 1) *enfoque individual* (rasgos de personalidad, etc.); 2) *enfoque situacional* (habrá que considerar también el ambiente físico y el social como determinantes de la conducta social); 3) *perspectiva grupal* (tampoco puede dejarse de lado el grupo a que pertenece el individuo así como el lugar que ocupa y el papel que desempeña dentro de él, pues todo ello influye, y de qué manera, en su conducta); 4) *enfoque de la socialización* (también hay que tener en

cuenta cómo se socializó el individuo, cómo los grandes grupos y las instituciones, empezando por la familia y pasando por la clase social, el estado,450

Anastasio Ovejero Bernal

la religión, etc. fueron conformando la personalidad individual, pues no olvidemos que es a través de los procesos de socialización, a través de la interacción social en definitiva, como todos hemos pasado de ser el organismo puramente biológico que éramos al nacer a la persona que somos ahora); y 5) *perspectiva cultural*, indispensable si, como hemos dicho en repetidas ocasiones, la conducta humana está histórica y culturalmente determinada (véase Berry y cols., 1996; Smith y Bond, 1994; Bond y Smith, 1997; Peplau y Taylor, 1997). En mi opinión, esta perspectiva es particularmente interesante pues permitiría conocer los límites de las leyes del funcionamiento psicológico (la hipótesis frustración-agresión no parece funcionar en todas las culturas; la forma de enamorarse depende del contexto cultural; existen importantes diferencias culturales en las emociones, en cómo nos hacemos una impresión de los demás, etc.). Así, por no poner sino sólo otro ejemplo, los estudios de Freud sobre el complejo de Edipo no hacían sino reflejar lo que les ocurría a sus pacientes. De hecho, como subraya el antropólogo Malinowski, los padres de familia de la Viena de los tiempos de Freud eran muy autoritarios y no era raro, pues, que las personas mostrasen sentimientos contra sus padres, pero no por causas sexuales, como suponía Freud. Una prueba clara de ello son los datos del propio Malinowski obtenidos entre los Trobriands, en el Pacífico Sur, donde el jefe disciplinario no era el padre sino el tío, el hermano de la madre. Pues bien, examinando el contenido de los sueños de estas personas observó que dirigían su hostilidad hacia el tío, no hacia el padre. De esta manera, si el complejo de Edipo fuera cierto habría en todo caso que restringirlo a las sociedades occidentales, e incluso eso sería exagerado: habría que restringirlo a las personas de clase media de la Viena de finales del siglo XIX.

En todo caso, el concepto que tengamos de psicología social está estrechamente unido al que tenemos de hombre. Y como dice Crespo (1995), las ciencias sociales, incluida la psicología social, están directamente vinculadas a los modelos de ser humano vigentes en las sociedades en las que estos saberes se desarrollan. En toda sociedad hay una (o varias) concepciones sobre el ser humano: quiénes son humanos y quiénes no lo son (el racismo supone la negación del carácter de humano a quienes tienen ciertas características físicas o culturales), qué es lo que determina el comportamiento de las personas (el destino, la voluntad, la biología, el ambiente) y, en concordancia con ello, qué es modificable y qué es inmutable respecto a las condiciones humanas de existencia. Pues bien, la psicología social está íntimamente vinculada al modelo de ser humano propio de la modernidad. Su evolución está ligada, consecuentemente, al desarrollo y crisis de esta idea de modernidad. De ahí que hoy día necesite cambios profundos y urgentes.

Objeto de la psicología social

Si resulta difícil definir qué es la psicología social, más difícil aún resultará concretar cuál es su objeto. De hecho, hace casi veinte años ya escribía Cartwright (1979, pág. 90) que aunque seguimos llamando psicología social a nues- Conclusión: ¿qué es l a psicología social? 451

tra ocupación profesional, sin embargo «no estamos muy seguros de lo que la expresión significa o cuáles son las demarcaciones que debemos asignar al campo». No resulta fácil, pues, concretar el objeto de la psicología social. Con mucha frecuencia se dice que es la *interacción social*, con lo que estoy totalmente de acuerdo, ya que es la interacción social la que articula las relaciones entre el individuo y la sociedad, entre lo subjetivo y lo social o cultural. Sin embargo, el problema estriba en qué entendamos por interacción social.

La interacción social no es un objeto, no es algo que encontremos «ahí fuera», en la realidad, como algo no problemático, que espera que desentrañemos su dinámica. La interacción social no es un objeto en el sentido habitual del término, como una cosa, una parcela de la realidad, acotada de modo más o menos preciso, con fronteras que supuestamente la separan de otras facetas de la realidad a cuyo estudio se dedicarían otras disciplinas. En realidad, la interacción social es un concepto que utilizamos, tanto en las ciencias sociales como en la vida cotidiana, para entender algunas facetas de la vida social y, como tal concepto, es una herramienta susceptible de ser entendida de muy diversas formas. La interacción social es, pues, un objeto de estudio teóricamente construido. El concepto de interacción social que tenga el científico delimitará su objeto, tanto desde un punto de vista ontológico, como epistemológico y metodológico (Crespo, 1995, pág. 107).

Así, para el conductismo la interacción social no consiste sino en meros estímulos y respuestas, sin intervención de conciencia o sujeto alguno, lo que es, a mi juicio, totalmente inadmisibles. En cambio, G. H. Mead ya intentó explicar la conducta intencional, que no puede ser reducida a lo meramente observable, como pretendía el conductismo. Más recientemente, el construccionismo se centra en la *actividad intencional* del sujeto. Así, Shotter (1980) señala que la psicología social se debe ocupar del mundo social considerado como un mundo intencional, a diferencia de un mundo mecanicista de objetos físicamente aislables, que caracterizaría a un enfoque conductista. Muy próxima a los nuevos intereses y planteamientos de la psicología social está, como subraya Crespo, la obra de Habermas, especialmente su teoría de la acción comunicativa (1987), donde vincula significatividad y racionalidad, lo que le permite una explicación menos marcada por el idealismo lingüístico que la que caracteriza a algunos construccionistas.

Es más, aunque venimos diciendo que es la *interacción social* nuestro objeto de estudio, también tenemos que añadir, con Crespo, que

el objeto de estudio de la psicología social no es un objeto en el sentido habitual de este término, como una cosa, una parcela de la realidad, acotada de modo más o menos preciso, con fronteras que supuestamente la

separan de otras facetas de la realidad a cuyo estudio se dedicarían otras disciplinas. Es muy discutible que haya algún tipo de ciencias cuya delimitación se haga de este modo, con una especie de criterio geopolítico. Éste es un criterio académico, para separar campos de influencia, pero no es un criterio científico (Crespo, 1995, pág. 18).⁴⁵² Anastasio Ovejero Bernal

Más que un territorio que comparte con otras disciplinas como la sociología o la antropología (la conducta agresiva, la comunicación interpersonal, etc.), la psicología social puede ser considerada, y así lo ha sido a veces, como una *perspectiva*, que «se define por la existencia de una posición relacional que intenta desentrañar los enigmas del comportamiento individual y colectivo a partir de la confluencia e intersección de diversos niveles y variables que establecen entre ellas una permanente relación de interdependencia» (Blanco, 1993, pág. 19). En todo caso, las relaciones de la psicología social con las demás ciencias sociales y humanas, sobre todo con algunas (psicología, sociología, antropología, lingüística), son algo más que meras relaciones de vecindad: se trata realmente de relaciones de constitución de nuestra disciplina. Es más, «todas las ciencias humanas están, evidentemente, en relación las unas con las otras. Sin perjuicio de los servicios que puedan prestarles en reciprocidad, no hay probablemente una disciplina a la que la psicología social no haya rendido, de manera efectiva y precisa, alguna ayuda aprovechable... Las diversas ciencias humanas trabajan sobre una materia común, distinguiéndose sobre todo por sus puntos de vista» (Stoetzel, 1966, pág. 31). Y es que los límites entre la psicología social y otras disciplinas afines son borrosas. Los actuales límites entre disciplinas son, en gran medida, la resultante de un proceso de institucionalización académica, no necesariamente regido por exigencias de racionalidad científica. De esta manera, la psicología social compartiría el mismo territorio con otras ciencias sociales (comunicación, comportamiento agresivo, relaciones intergrupales, liderazgo, etc.) y lo que le caracterizaría sería un abordaje propio, el *psicosocial*. Más en concreto, para clarificar algo más este asunto, aun a riesgo de no ser totalmente exacto, diré que la psicología social estudiaría, desde este enfoque eminentemente psicosocial, las relaciones interpersonales y el comportamiento social humano. Es decir, que frente a la psicología que sólo estudia los determinantes individuales del comportamiento humano, la psicología social estudiaría: el comportamiento social humano, los determinantes sociales del comportamiento individual, y el comportamiento grupal (efectos de la cohesión del grupo, facilitación social, relaciones intergrupales, etc.), sin olvidar nunca ni el carácter intencional, propositivo y simbólico del comportamiento humano, ni el origen social, cultural e histórico de tal comportamiento e incluso de la propia construcción del sujeto humano.

Conclusión

Como señalaba recientemente Jorge Edwards (1997), vivimos, principalmente en las grandes ciudades, acelerados, sometidos a presiones increí-

bles, desconcentrados, insatisfechos. Nuestro yo está saturado (Gergen, 1991). Los romanos de los tiempos de Claudio, Calígula o Nerón, vivían en un estado de ánimo bastante parecido al actual, sólo comparable, como lo repetía Séneca con insistencia, a la locura. Estaban los romanos de

Conclusión: ¿qué es la psicología social? 453

aquella época, añade Edwards, atiborrados de conocimientos de todo orden, de riquezas, de posibilidades que ni siquiera habían sido vislumbradas en épocas anteriores, pero carecían, en cambio, de la más mínima sabiduría. Séneca, con la fuerza contagiosa de su lenguaje, nos obliga a detenernos, a respirar con más calma, a reflexionar antes de actuar. Si pretendes estar en todas partes, no estarás en ninguna, nos advierte. Si aspiras a poseerlo todo, no poseerás nada: serás siempre esclavo de lo que todavía no posees. Y era muy moderno Séneca, o al menos muy útil para los tiempos actuales, porque su época era similar a la actual en muchos aspectos, épocas ambas de repliegue cultural así como de profunda desconfianza frente a las ideologías y a las sectas exóticas. En este contexto, una de las funciones de las ciencias humanas, y por tanto también de la psicología social, debería consistir en ayudar a la gente a salir de la confusión, al menos desvelando lo que se esconde tras las apariencias y desmascarando los intereses ocultos que se esconden tras los programas de investigación científica y tras las aplicaciones tecnológicas. Pues no olvidemos que la ciencia, y en concreto la psicología social, ha estado siempre al servicio de la industria y del ejército, sobre todo en los Estados Unidos, como subraya Wexler (1983), quien añade que hoy día cumple otro papel social adicional como consecuencia de la crisis del capitalismo liberal y de la reciente inestabilidad de la cultura liberal hegemónica: creación de métodos ideológicos de negación de las contradicciones sociales. Todo ello, añade Wexler, bloquea claramente el desarrollo de una psicología social crítica, con lo que está sirviendo para apuntalar el sistema liberal en decadencia, justificando y racionalizando su contenido ideológico. Es decir, que las ciencias humanas y sociales, particularmente la psicología social, en lugar de aumentar nuestro conocimiento sobre el funcionamiento de la sociedad y sobre la funcionalidad para el sistema de muchos de sus «errores» (por ejemplo, el fenómeno del fracaso escolar), está sirviendo para aumentar y fomentar lo que Wexler llama «ignorancia social sistemática». Es decir, que en vez de servir al cambio social hacia la mejora de la sociedad, ha servido al control y a la inmovilidad social (véase Ibáñez, 1987). En este sentido, una de las funciones de la psicología social debería ser no el ocultamiento, como ha ocurrido, sino el descubrimiento de lo oculto, la revelación de que incluso la propia ciencia y las teorías psicológicas y psicosociales están al servicio de quienes detentan el poder. Un ejemplo claro lo tenemos en las teorías del intercambio cuando se aplican por ejemplo al campo laboral, donde evidentemente las relaciones no son de intercambio sino de explotación, o al campo de las relaciones tradicionales de pareja, donde tampoco existe intercambio equitativo ninguno, sino un intercambio desequilibrado en perjuicio de la mujer.

Pero para ello, para hacer una psicología social liberadora y emancipatoria, nuestra disciplina debería cambiar de rumbo y, dejando atrás tanto los reduccionismos individualistas con los que ha ido identificándose a lo largo de este siglo, como su interés casi exclusivo por la predicción y el control de la conducta de los individuos, tendría que incorporarse definiti-

Anastasio Ovejero Bernal

vamente al campo de las ciencias sociales de donde no debió separarse nunca, pues, como dice Bergere (1996, pág. 270), «el afán que manifiestan bastantes científicos sociales, entre ellos los psicólogos sociales, por clasificar, etiquetar y, en definitiva, trazar las fronteras de sus territorios de conocimiento, con sus respectivos objetivos y teorías, contrasta con la ambigüedad definicional de las disciplinas, en particular de la psicología social. En este último caso, la ambigüedad no atañe solamente al contenido temático que varía en función del tiempo, el espacio, el enfoque y el autor, sino que es a menudo fruto de un posicionamiento aparentemente neutral que hace suponer que la psicología social y los psicólogos sociales están libres de la influencia de los valores del contexto cultural, social e histórico en el que se encuentran, neutralidad que lleva consigo, la mayoría de las veces, una toma de postura implícita que ha sido y sigue siendo todavía una despreocupación o un desinterés por las dimensiones macrosociales y culturales». Y es que aunque decía Jiménez Burillo que la psicología social es una, pero se dice de muchas maneras, yo creo más bien que son muchas y diferentes las psicologías sociales, pero se dicen de la misma manera: *psicología social*. En este sentido, no hace mucho Crespo escribía que «no existen, pues, a nuestro entender, una sino varias psicologías sociales posibles, según los presupuestos con los que se trabaje» (1995, pág. 16). Y es que la psicología social más que un territorio es un *enfoque*, un *punto de vista* desde el que contemplar y analizar la realidad social.

Según el punto de vista que aquí se mantiene, los límites entre asignaturas son fluidos, cuando no, a veces, arbitrarios. Admitir esta fluidez genera, en cierto modo, la inseguridad propia de quien no tiene una parcela o rincón en que moverse con absoluto dominio, pero por otra parte, supone una auténtica liberación, la liberación de quien no tiene inconveniente en ir a buscar la información y las ideas allí donde se generen, corresponda o no con la delimitación disciplinaria y académica en la que se encuentra adscrita. El conocimiento se hace entonces una aventura liberadora de las prácticas represivas que impone la disciplina (Crespo, 1995, pág. 16).

